Rusia

al desnudo

PANAIT ISTRATI

Rusia al desnudo

Empresa Editora Zig-Zag. — Santiago de Chile.

PANAIT ISTRATI

Rusia al desnudo

(El país de los Soviets en 1928-29).

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

EDITORIAL ZIG-ZAG

SANTIAGO 1935

INDICE

Prólogo .. .. ..

PANAIT ISTRATI

RUSIA

AL

DESNU-

DO

947.085
I91r.E

PANAIT ISTRATI

RUSIA AL DESNUDO

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR

FRANCISCO ALTAMIRA

PRIMERA EDICIÓN

MARIANO LATORRE

INSTITUTO PEDAGÓGICO
Universidad de Chile
BIBLIOTECA

57127

EDITORIAL CENIT, S. A.
MADRID, 1930

Prólogo

Los que no han vivido, es decir, los que no han gozado y sufrido intensamente, carecen de autoridad para hablarles a los hombres. Sus palabras no pueden tener más valor que el de un fuego de artificio. Pero aquellos que han sabido vivir, y vivir buscando la verdad y buscándose a sí mismos con fe, tienen derecho a que los hombres les escuchen, aun cuando puedan equivocarse.

Este es el caso de Panait Istrati. Su vida es la de un eterno rebelde, la de un vagabundo del mundo. Su pecho ha sido devorado por el fuego de las pasiones, y sigue insaciable; su espíritu ha sufrido todas las decepciones, y sigue teniendo fe; mil veces ha dejado de creer en los hombres; pero nunca en el Hombre... Los vencidos como Istrati, ¿no son los verdaderos vencedores?

¡Qué vida la de este hombre! Su padre era griego, oriundo de Cefalonia; su madre, rumana. Los recursos de la familia provenían, principalmente, del contrabando de los tabacos turcos. El pan de su niñez fué ya un pan prohibido y castigado por las leyes de los hombres. La infancia de Istrati, gris, triste, nos recuerda la de Los Tres, *de Máximo Gorki. De sus páginas* directamente

autobiográficas, y ellas abundan en la obra de este escritor, que mereció el sobrenombre de "el Gorki balcánico", se desprende un perfume de ternura amarga y dulce a la vez: amarga, cuando recuerda a los crueles que oprimieron su niñez; dulce, cuando su recuerdo va hacia los que acariciaron sus mejillas con bondad. Se comprende que el corazón de Istrati se lo disputen eternamente la amistad fraternal y el odio: los hombres suelen encontrar en el corazón del hombre lo que sembraron.

Impulsado por el demonio de la curiosidad, recorrió varios países: Turquía, Egipto, Grecia, el próximo Oriente. Sin equipaje, astroso, hambriento, sorteando los peligros, defendiendo contra todo y contra todos sus alas de rebelde... Se ejercitó en varios oficios: fué dependiente de comercio, panadero, criado, mecánico, aserrador, mozo de estación, pintor de paredes... Y hasta trabajó en el circo. Y así, hoy al lado de sus compañeros de trabajo, mañana viajando sin billete, solo o con otros vagabundos, aprendió el italiano, el árabe y el alemán.

Un azar le condujo, en 1913, a París. No conocía el francés, y su estancia fué breve. Pero la capital francesa le llenó de entusiasmo y prometió volver para tratar de penetrar en sus secretos. De regreso a Rumania, el rebelde que había en él se alió con otros rebeldes y fomentaron los primeros movimientos revolucionarios. Se hizo sindicalista; publicó su primer artículo incendiario. Habló en un mitin a favor de Rakovski, el líder socialdemócrata rumano, encarcelado por su acción revolucionaria. Y entre los dos hombres, entre el futuro embajador soviético y el futuro escritor de fama mundial, nació una amistad imperecedera.

Estalló la guerra. Istrati se refugió en Suiza. Se ejer-

citó en varios oficios más y hasta trabajó en el compo. Por las noches aprendía el francés y leía a los clásicos con ayuda de un diccionario. Finalmente, descubrió un libro que abrió ante él amplios horizontes: el ciclo de Juan Cristóbal, *de Romain Rolland. He hizo de este maestro su padre espiritual.*

Después del armisticio le encontramos en Niza, en el paseo de los Ingleses, ejerciendo la profesión de fotógrafo ambulante y leyendo L'Humanité. *Un día intenta degollarse con una navaja de afeitar. ¿Por qué? ¿Fué en un momento de desesperación? Sin duda. Pero no en un momento de desesperación personal, de falta de fe en sí mismo, sino en los hombres. Sus andanzas por el mundo habían llenado su alma de amargura. La última monstruosidad, la inhumana monstruosidad desencadenada por los hombres, la guerra, le había arrojado en la desesperación. E intentó suicidarse creyendo que ya no quedaba un lugar para él en la vida, entre los hombres que se asesinan entre sí. Pero la muerte no le quiso; la vida le reclamó: se salvó casi de milagro. ¡Qué magnífica obra se hubiera perdido con su muerte!*

Antes de su intento de suicidio, le había escrito una carta de cincuenta páginas a Romain Rolland. En aquella carta pintaba la tragedia de su alma de hombre. El glorioso autor de Dantón *descubrió en ella rasgos geniales. Y le incitó a escribir. Una vida como la suya no debía perderse.*

En 1923 aparece su primer libro: Kyra Kyralina. *Romain Rolland no se había equivocado: Istrati, novelista, cuentista, obtiene un éxito rotundo. Y el mismo éxito acompaña a sus obras sucesivas, y especialmente a sus* Relatos de Adrián Zograffi, *que es él mismo,* Panaït Istra-

vió en varios oficios más y hasta trabajó en el campo. Por las noches aprendía el francés y leía a los clásicos con ayuda de un diccionario. Finalmente, descubrió un libro que abrió ante él amplios horizontes: el ciclo de Juan Cristóbal, de Romain Rolland. He hecho de este mago un padre espiritual.

Después del armisticio le encontramos en Niza, en el hotel de los ingleses, ejerciendo la profesión de fotógrafo ambulante y leyendo L'Humanité. Un día intenta degollarse con una navaja de afeitar. ¿Por qué? ¿Al cabo de un momento de desesperación? Sin duda. Pero no en un momento de desesperación personal, de falta de fe en sí mismo, sino en los hombres. Sus andanzas por el mundo habían llenado su alma de amargura. La última monstruosidad, la inhumana monstruosidad desencadenada por los hombres, la guerra, le había arrojado en la desesperación. El intentó suicidarse creyendo que ya no quedaba un lugar para él en la vida, entre los hombres que se asesinan entre sí. Pero la muerte no le quiso; la vida le reclamó: se salvó casi de milagro. ¡Qué magnífica obra se hubiera perdido con su muerte!

Antes de su intento de suicidio, le había escrito una carta de cincuenta páginas a Romain Rolland. En aquella carta pintaba la tragedia de su alma de hombre. El glorioso autor de Danton descubrió en ella rasgos geniales. Y le incitó a escribir. Una vida como la suya no debía perderse.

En 1923 aparece su primer libro: Kyra Kyralina. *Romain Rolland no se había equivocado: Istrati, novelista, cuentista, obtiene un éxito rotundo. Y el mismo éxito acompaña a sus obras sucesivas, y especialmente a sus* Relatos de Adrián Zograffi, *que es él mismo, Panait Istra-*

ti. ¡Qué acento humano, al lado y aun dominando lo exótico y pintoresco! Los libros de Istrati son traducidos a treinta idiomas. Pero el triunfo no le vence, como a tantos otros. Lejos de entregarse a una vida cómoda, burguesa, siente en su espíritu las nuevas inquietudes ideológicas. No olvida que ha sido un proletario, un perseguido. Cuantos perseguidos llaman a su puerta, y ellos abundan en estos tiempos de terror blanco, de bohemia política, encuentran el pan y el agua de la solidaridad, de la fraternidad. Finalmente, Istrati retira su adhesión a la causa del proletariado; se hace comunista.

En París ha mantenido excelentes relaciones con Rakovski. Este, destituido de su cargo de embajador, se dispone a salir secretamente para Moscú. Panaït Istrati sale en su "auto" y entra así en Rusia, acompañando al gran revolucionario y al gran diplomático en desgracia, que iba a conocer muy en breve el destierro, el más amargo de los destierros, decretado por aquellos mismos con los cuales luchó toda su vida...

• • •

Se llevan escritos montones de libros sobre la Rusia de los Soviets. Que el tema interesa hoy como ayer, al día siguiente de la revolución bolchevique, lo prueba el éxito creciente que obtienen dichos libros. Y es que ningún país del mundo presenta el interés de la Rusia actual, donde se forja, no sólo un pueblo, sino quizá una nueva Humanidad.

Pero la mayoría de esos libros son simples relatos de viaje, más o menos pintorescos. No queremos dudar de la buena fe de los autores; pero tenemos derecho a sonreír

con un barrunto de escepticismo cuando, a través de las páginas no asistimos más que a visitas oficiales y a conversaciones con directores y jefes que constituyen el armazón burocrático del régimen, pero que no siempre son la expresión del pueblo. A Rusia no he ido, que yo sepa, con el propósito deliberado de atacarla o de defenderla, sino simplemente con el de observarla y comprenderla. Para comprender a Rusia, a toda Rusia, quiero decir tener en cuenta su pasado y su presente, su situación en la economía y en la política mundiales, sus virtudes y sus defectos, sus dificultades, las naturales y propias y las que le crea el odio de la burguesía mundial, quiero decir convivir, no sólo con los dirigentes, sino sobre todo con los dirigidos, con los obreros y los campesinos de las diferentes Repúblicas de la Unión.

Panait Istrati ha llenado todas estas condiciones y creo más. Ya en 1918, encontrándose en Suiza, fué uno de los primeros en saludar públicamente y con entusiasmo el nuevo régimen. Después ha seguido paso a paso las peripecias de su evolución, hasta el día de su llegada a Moscú, en noviembre de 1927, en calidad de invitado oficial. El espectáculo de Moscú en fiesta, en plena fiesta del aniversario, le emborrachó de entusiasmo y le impulsó a dar su adhesión al comunismo oficial. La Prensa comunista, la misma que ahora le llena de improperios y de calumnias, y hasta le acusa de haberse vendido a la Policía rumana—un solo hecho bastará para relegar esta acusación al lugar que se merece: los libros de Istrati pueden leerse legalmente en todos los países menos en el suyo—, registró esta adhesión con gritos de entusiasmo. Se precipitó demasiado... Terminados los festejos oficiales, Istrati decidió quedarse en Rusia, recorrer toda la

[illegible] hablar directamente con los obreros y los campesinos, ver por sus propios ojos la realidad soviética. Le esperaba una horrible decepción. Sin perder de vista y sin negar todo lo bueno que tiene Rusia, ha sabido ver también lo malo. Y unos diecisiete meses de estancia en la Unión, ha regresado a París enfermo, con el corazón destrozado, dando gritos de dolor y de protesta, no contra el pueblo ruso, sino contra la casta burocrática, que le niega el derecho de pensar y casi de vivir, que ha convertido a la democracia obrera en un espejismo, que persigue, encarcela y destierra a todos aquellos que no se someten. Istrati dió su adhesión sentimental en 1928, y la retiró efectivamente en 1927, al comunismo de Lenin y de Trotski, al comunismo que prometía salvar al pueblo ruso y a la Humanidad del caos; pero a ese comunismo de la casta burocrática actual, que conduce a la revolución hacia su termidor, no le dió su adhesión. Y si se la dió equivocadamente, ahora, con conocimiento de causa, con plena responsabilidad de sus actos, se la retira. Por encima de la verdad de unos cuantos, de una casta, de un partido, está la verdad de todo un pueblo, de toda una clase, de la Humanidad entera. Y esa es la verdad que defiende Panait Istrati en este libro que publicamos hoy, el más completo—no creemos que nadie lo ponga en duda después de haberlo leído—de cuantos se han escrito hasta hoy sobre esa sexta parte del Mundo que concentra las miradas del Universo.

Los tres libros que publico bajo este título: RUSIA AL DESNUDO, *han sido escritos en colaboración, pero cada uno de manera muy distinta. Si los publico únicamente con mi nombre, es, en primer lugar, sólo temporalmente, y también, porque los firmo con ambas manos, no para apropiarme sus ideas, sino para asegurar su difusión.*

Pues lo espantoso, en todas las épocas, y sobre todo en la nuestra, es que un hombre cuyo "nombre" no es conocido, no puede hacerse oír, aun cuando tenga cien veces razón. Ahora bien; yo quiero que se oiga lo más lejos posible la voz de mis amigos, voz que con frecuencia completa y aun contradice a veces a la mía; voz que incluso puede no ser una en su diversidad...

Aun cuando no fuese más que por suscitar el debate, prohibido en Rusia y en esta Internacional, cuya extinción queremos.

P. I.

TOMO PRIMERO

Hacia la otra llama

Después de seis meses en la U. R. S. S.

UNIVERSIDAD DE CHILE

Confesión para vencidos

Vencidos son todos aquellos hombres que, al declinar su vida, se encuentran en desacuerdo sentimental con los mejores de sus semejantes. Yo soy uno de esos vencidos. Y puesto que existen mil maneras de encontrarse uno en desacuerdo sentimental con sus semejantes, he de juzgar que se trata aquí de esa pena o sepultura que arroja a un hombre al margen de una clase, al calor de una vida de aspiraciones comunes a esa clase y a él, que, sin embargo, sigue fiel a la necesidad, que le ha impulsado siempre, de combatir por la justicia.

Porque la necesidad de justicia es un sentimiento, no una teoría. Esto lo sé hoy, después de haberlo experimentado en un vasto plano y con mil pruebas en mi apoyo. Salvo raras excepciones—excepciones magníficas, a veces, pero que en nada modifican el drama—, todos aquellos que llegan a la rebeldía por la teoría se marchan por la teoría, no más ni menos que quienes llegan al mismo terreno impulsados por los apetitos del vientre, o por la ambición, y que se alejan por el mismo camino. El sentimiento, en cambio, es la fuerza que abarca toda la vida y la esparce a todos los vientos. Quizá hubiera que definirlo mejor. Pero si yo tuviera que definirlo todo, ¿no habría sido mejor que siguiera de pintor de paredes?

Hace veintisiete años que, por vez primera, y en una callejuela de Braila, oí hablar de justicia. Mi ciudad acababa de verse rudamente sacudida por inmensos remolinos populares: unos tras otros habían caído en el viejo puerto los

elevadores de raíles y los elevadores flotantes, amenazando con el hambre a los 6.000 descargadores de cereales, que con sus familias y sus parientes formaban las dos terceras partes de la población de la ciudad.

—¡Justicia!—gritaron 40.000 pechos.

—¡Progreso!—respondió el perfecto, rodeado por sus compañías de soldados.

Yo no era descargador del puerto, ni lo era ninguno de mis parientes. Más aún: mi padre se pasaba la vida gritando la porquería de los que habían comprado los elevadores. Así y todo, la respuesta del perfecto me bastó para el resto de mis días. Por eso, precisamente, fui a recibir la respuesta de un orador socialista, que hablaba de justicia. Como quiera que los descargadores gritaron: "¡Tiremos al Danubio los elevadores!", él dijo:

—¡De ningún modo! En primer lugar, porque se lo perdirían amortiguados con los fondos, y luego, porque, cuando lo consiguiéramos, otros elevadores vendrían a sustituir a los destruidos: es la técnica moderna. Pero esta máquina que hoy es hierro tiene que convertirse en oro en propiedad vuestra y servir a los intereses de todos los que trabajan, como es de justicia.

—Bien—dijeron los hombres—. Dejemos que las cosas sigan su curso.

Y ha sido una larga espera, que todavía dura, en Rumania, como en el resto del mundo. Mientras tanto, es preciso vivir y luchar. Para vivir pueden encontrarse varios medios; pero para luchar no existe más que uno: armarse contra el adversario. Y mi adversario era, es y será el adversario de mi clase, aquel que construye los elevadores en su beneficio personal, hace pasar hambre a mi clase. Y, cuando clama justicia, la hace ametrallar.

Hace apenas un lustro, cuando andaba yo por los cuarenta años, todavía formaba parte de los hambrientos a quienes se ametralla. Y si hoy no me hacen pasar hambre, ametrallándome. Pues, suceda lo que suceda, no

Pues de esta disputa, que inicio severamente con mi clase, de lo que no cabe duda es de *que seguiré disparando sin cesar, de frente o por la espalda, contra todos aquellos que hacen pasar hambre a los hombres y encima los ametrallan.*

Y el día en que, como ya me ha ocurrido, llegue a encontrarme, con la mayor cortesía, sentado a la mesa de uno de esos causantes del hambre, con uno de esos ametralladores, que sepa que lo único que deseo es instruirme para poder atacarle mejor.

Si llego a apartarme de esta línea de conducta, que los míos me fusilen en la calle sin juzgarme.

Y ahora vamos a ver hasta qué punto soy un vendido, hasta qué punto me aparto de los míos, *sin dejar, ni por un momento, de combatir a los enemigos del hombre libre.*

Me aparto de mis amigos los comunistas precisamente en aquello que constituye su orgullo en Rusia: *la edificación del socialismo.* No deja de ser triste para nuestra vieja amistad, pero así es.

No discuto esta *edificación*, e incluso admito que sea socialista, aun cuando no se trate más que de empresas "modelos", que funcionan mal y seguirán funcionando mal mientras sigan dirigiéndolas comunistas ineptos. Y aun habría que perdonarnos que fuésemos incapaces. Que traten de hacer de mí un ministro, y en seguida responderé que no existe un solo departamento en el que mi gestión pueda ser de algún provecho; pero que me encarguen de la dirección de la pintura de una obra, y seguramente sabré salir del paso, demostrando mi competencia. Y del mismo modo seré útil siempre y dondequiera que me hagan comprender el funcionamiento íntimo de un resorte.

Pues no es la clase obrera la culpable cuando ignora lo que nunca le han enseñado. Pero los jefes que se imponen a ella son dignos de la horca cuando comprometen su porvenir haciéndola poner el carro delante de los bueyes, a toda costa, por todos los medios.

Pero aquí tenemos que abrir un paréntesis.

xismo crador popular,

Kerbal, me subyugó por su fuerza, su grandeza y su arrojo. Me alberi en seguida, al día siguiente de la revolución de octubre, sin tener en cuenta que por aquel entonces me encontraba en Suiza, y que aquel gesto podía costarme caro. Puede leerse la adhesión pública a que me refiero en *La Feuille* (desaparecida), del valeroso Jean Debrit, de Ginebra. Fué aquel mi primer artículo escrito en francés. Era, si se quiere, una respuesta a una conferencia que Birukoff, de regreso de Rusia, acababa de pronunciar en Ginebra. Enviado, sin esperanza de que se publicara, a *La Feuille*, apareció en primera página bajo el título *¿Bolchevismo o bolchevismo?*, y firmado por P. Iglesias. Esto me es para mí mucho más valioso que cuanto he escrito después de la edificación socialista de los comunistas rusos, el *bolchevismo* que yo saludaba en aquellas líneas hablaba al mundo obrero por boca de Lenin, y éste no parecía no-

tras haya revolucionarios a quienes envían a la muerte el capitalismo criminal, y a Siberia los excelentes comunistas.

Con esta rabieta en el corazón, y libre de las fantasías wilsonianas, desembarqué en París en la primavera de 1920. París, ciudad de la luz y hogar de la civilización occidental.

¡Qué pobres locos somos! Aún creía yo en esa palabrería. Quiero decir que tenía fe en el soldado que salía de las trincheras, y en una suprema *élite* del proletariado francés, de tradición revolucionaria. Acababa de leer el simplista libro de Barbusse: "El Fuego", y llevaba en el alma a Romain Rolland. Disimulando, pues, mi bolchevismo, creí por un momento en esas dos fuerzas de la Francia civilizadora.

—¡Ah!—me decía—; quizá la dolorosa experiencia de las cosas rojas, unida al arrojo del soldado revolucionario, logren salvar al mundo sin necesidad de la temible operación bolchevista.

Pero me equivocaba de medio a medio. El soldado en cuestión, orgulloso con su prima de desmovilización y con su cruz de guerra, cubierto de gloria por sus heridas, a poco me saca un buen día un ojo, en la plaza de la Estrella, por no haberme descubierto ante una mascarada guerrera. Era el camino abierto ante el fascismo naciente.

Y en cuanto al escritor francés de tradición revolucionaria, la cosa es un poco más larga de contar.

En primer término, yo mismo he tenido la desgracia de meterme a escritor. Al principio me produjo una gran alegría. ¡Hola, hola!, ¿conque París puede hacer milagros como éste: sacar a un vagabundo del polvo del camino y hacer que se le abran todas las puertas, todas las posibilidades? Esto no es un hecho banal. Pero no estamos solos. No se trata sólo de mí. Existe una inmensa familia de desheredados, entre los cuales yo no soy el mejor ni el peor, que vale mucho más que yo, no por lo que escribe, sino por la lucha que extrae del abismo sin lograr calentarse. En esta

Francia. Es el siguiente:

"(Un clavo) del campo, el mismo en cabeza que la noche con su jornal en labores de Luna, la cara sobre la mesa. Un machetazo de cuatro filos en brazo sangra el mismo jornal y lo arroja al fuego. El padre se apodera de su hacha y, de dos golpes, le corta las manos al pequeño. La madre, que estaba haciendo a un niño de pecho en la habitación contigua, corre, atraída por los gritos del hijo, y la horrible escena y con espanto. El niño de pecho se desangra en la habitación. Los gendarmes han encontrado al padre dormido entre los troncos, bajo un árbol.

Esta noticia corría ayer mismo de boca en boca en la página de *La Journal*. Ocurrió el hecho hace cuatro o cinco años. Desde entonces la dejada de leer los periódicos, para leer misma, o de jalea de rosa, más calmantes todavía, sobre la primera página de *La Journal*. Reproducimos lo que dice, sin cambiar una palabra:

"*Una madre*, sobrecogida por la muerte, cerca a hombres pequeños e inocentes cuidadosamente por la [illegible]."

"*Rennes, 3 de julio.*—En la comuna de Breal-sous-Montfort acaba de desarrollarse un horrible drama. En la aldea de Launay-la-Porte vivía una humilde familia compuesta del marido, M. Colombel, el obrero agrícola; de su mujer y cuatro niños. El mayor de éstos trabajaba en una propiedad, mientras los otros tres (una niña de seis años y dos gemelos de tres) vivían con los padres.

"En la casa reinaba la miseria. Impulsada por la necesidad, la mujer de Colombel había cometido últimamente un pequeño robo. Condenada a dos meses de cárcel, se había sentido vivamente afectada.

"Entonces decidió acabar con su penosa existencia y arrastrar a la muerte a su hijita y a sus dos gemelos.

"Ayer noche, cuando éstos acababan de dormirse en su lecho, la madre empuñó un hacha, se inclinó hasta las tres cabecitas hundidas en el almohadón, y, blandiendo el arma tres veces, abrió el cráneo a sus tres hijitos. Salió la sangre, y la muerte fué instantánea.

"La Colombel se encarnizó entonces contra sí misma, tratando de suicidarse. Se cortó el pie, se seccionó completamente la muñeca izquierda, e intentó degollarse con un cuchillo. Por último, se desmayó.

"La horrible carnicería no se descubrió hasta esta mañana. La criminal madre yacía en medio de un charco de sangre, al pie del lecho en que se encontraban tendidas sus tres víctimas. En el suelo encontraron la mano que se había cortado.

"La Colombel ha sido trasladada al Hotel-Dieu, de Rennes, en estado desesperado."—(*Le Journal.*)

Algunos lectores me dirán que estoy fastidiándoles, y me preguntarán adónde quiero ir a parar. A lo siguiente:

El sentimiento del bien y de lo bello es infinitamente más poderoso que el del mal y lo feo. Constituye la base de la vida. A él le debemos no ver quemar a un caballero de La Barre "por no haber saludado, en tiempos de Voltaire, el paso de una procesión", cuando todavía nos rompen la cara

[illegible] de pensamientos generosos.

[illegible] Rafael Barcos, o en la inmensa

[illegible] dirle cuentas.

[illegible] necido.

[illegible] pudia de algunas francesas, ricas y pobres, que [illegible] preguntó repentinamente:

—¿Conoces París?

—Un poco.

—¿Qué?

—Los museos, los monumentos, los bulevares...

Titubeaba en ti olvidos. Se burlaban de mí.

—¿Has visto a la mujer que exhibían en un [illegible]

—No.

Hace un par de años, encontrándome en una tertulia de artistas franceses, fines y varios, una de ellas me preguntó repentinamente:

—¿Conoces París?

—Un poco.

—¿Qué?

—Los museos, los monumentos, los teatros...

Escallaron en risotadas. Se burlaban de mí.

—Has visto a la mujer que adoras con un pañuelo

—¿Y a los hombres que se ayudan unos con otros?
—Trabajan.
—¿Y la casa privada donde van no pueden explorarla "hombres", con la cara cubierta, a hacerse visibles?
—Trabajan.
—¿Y el hospital en que se acuestan en un ataúd?
—¿En un ataúd?
—Como la oyes.
—Debiera ver ese hospital.

Los coches tomaron la dirección de la rue de Provence. Una bocanada diurna. A nuestra entrada, un timbre sonó ridículamente, dando la señal de alarma. Nos hacen visitar la casa y un empleado a su frente nos explica.

La mercancía no tiene nada de extraordinario, una horrorosa de prendas para todos los gustos.

—Todas son obligatoriamente femeninas, señores—dice el amo.

Que Dios proteja a los pueblos, y Francia a sus prostitutas.

—Vamos a ver el ataúd.

Una habitación con las paredes cubiertas de paño negro. Al lado de una de ellas, el ataúd, un verdadero ataúd, a ras del suelo. Es de dura madera, con el interior lujosamente acolchado y provisto de un pequeño almohadón para que **la mujer apoye en él la cabeza.**

Separan las cortinas Indígenas de Isabel Dequeb, cerca la inscripción: "para", "doble", "china", "japonesa", "turca", de diferentes colores: "rojo", "verde", "azul", "amarillo", hasta llegar a la cola de la "flagelación", que es una especie de cabello ignominioso. Un poco más allá que la habitación del ataúd. Hay una cruz en medio—¡pobre cruz!—y, al pie de la misma, un simulacro de hoguera. Cadenas. Látigos. Se sujeta a la mujer o al hombre, según el desequilibrio cerebral del "cliente" millonario, y se les da de latigazos, aun cuando el látigo no sea el mismo; inofensivo para la mujer y terrible **para el hombre.**

Llegamos, por último, a la piscina. Suntuosísima. El amo nos enseña el hermoso decorado **del muro.**

—Ha sido pensado por un primer premio de Roma en
Roma.
—Pensado por el primer premio de Roma!
Pregunta:
—¿Puede usted decirme cuánto ha costado cons-
truir este burdel?
—Cuatro millones.

Voy a dejar de hablar a ustedes hasta, para ahorrarme la conclusión:

Cuando una civilización cualquiera burdelea por valor de cuatro millones de francos, sumidos por sus componentes explotados por la minería, matan a sus hombres y hembras, esa civilización no tiene derecho a existir, sus artistas se convierten en bufones y sus filósofos en charlatanes, el mejor de cuyos sueños es pasar a la historia como un payaso de pueblo. Esa civilización debe caer en la ruina en pocos días, enterrar sus millones definitivamente y morirse sin dejar un solo monumento, ni material ni intelectual, que pueda ser aprovechado por la especie humana. De lo contrario...

De lo contrario, todos los cerdos nos lo comeríamos para nada.

Y ahora, perdonadme esa parrafada.

Sí: no sería la primera vez en la historia que una civilización pereciese en medio de la inmundicia y que se viese a lamer a lengua las letrinas a latigazos. El látigo se llama hoy ante ella, terriblemente amenazador, Ese látigo se llama bolchevismo.

Este bolchevismo ha pasado por esas pruebas. Irreprochables. Ha llevado a cabo un buen trabajo. No existe un solo trabajador, manual o intelectual, que pueda dejar de aplaudirlo.

Cuando visitáis el paradisíaco Livadia y veis a doscientos setenta mujiks ocupando el palacio imperial en que Rasputín metía sus dedos en la sopa y se los hacía lamer después por la zarina; cuando os enteráis de que esa zarina hacía olvidar, como casualmente, por descuido,

una estación perdida de las inmensas estepas, los vagones abigarrados de soldados prisioneros, que se convertían poco a poco en mil esqueletos cubiertos de moscardones; cuando veis y sabéis eso, nada más que eso, trabajadores, no podéis menos de ser bolcheviques.

Yo lo soy. Y quiero, a costa de mi vida, contribuir a destruir las civilizaciones zaristas, con sus Rasputines, sus cuarteles, sus burdeles decorados por un primer premio de Roma, sus engañosos monumentos y sus hipócritas bibliotecas; quiero contribuir a destruirlas *por todos los medios*. Pero aguardad un poco...

Al cabo de miles de años de miseria y de martirio, creo que mi clase... Pero, ante todo, ¿sabéis de qué clase se trata? ¿De la de la fábrica? ¿De la de los campos? Si y no. Yo he visto, y todos han visto, a obreros y a campesinos cambiar de clase como de calcetines, por la especial o por la estafa, lo cual poco importa, ya que para mí, mi clase no es un obrero, ni un campesino.

Desde el instante en que hay que dividir al mundo en clases, eso quiere decir, a todas luces, que separamos a seres que difieren entre sí. Pero que difieren ¿en qué? ¿En que los unos explotan y los otros son explotados? ¿En que los unos comen y los otros no? Y aun cuando así fuera, ¿qué vais a hacer de las clases cuando una pase a ocupar el lugar de otra, como ocurre desde hace millares de años, con clases enteras, al día siguiente de las revoluciones. Y, diariamente, con algunos hombres? ¿Creéis, acaso, os pregunto, que eso resuelva el problema de mis pintores de brocha gorda, que me ven comer a mí cuanto me apetece, mientras que ellos siguen reventando de miseria? ¿Creéis que a la milenaria humanidad doliente le importa un bledo que Pedro el Mísero se arrastre en la mina o que dicte sus órdenes sentado en un cómodo sillón?

No. Por eso, precisamente, dice el almirable mandamiento socialista que hay que suprimir las clases y, con ellas la explotación del hombre por el hombre. Obra inmensa, ja-

queríamos darle al mundo el ejemplo de lo que debe ser la Vida Nueva, ha cometido el crimen, en su calidad de juez, de mandar a un inocente a Siberia a fin de apoderarse ilegalmente de sus propiedades (1).

Debemos dar pruebas de este entusiasmo si queremos justificar nuestros crímenes y conservar alguna posibilidad de salvación.

Pero esto no es posible a toda una clase. ¿Por qué? Sencillamente, porque tienen los mismos deseos y las mismas apetitos que la otra clase. Si en ella la muerte y no la propiedad, no es por la pureza de su alma. Es por la imposibilidad en que se halla de apoderarse de la riqueza. (No me acuséis, amigos, de traidor, por esto. Comprended. Nosotros matamos con una santa, pero en el fondo muy humana, razón de nuestros unos muriendo. Y esto no hay derecho a exigirlo a ningún "revolucionario," es decir, a todo aquel que, sinceramente, no haya hecho de su lucha un "imperativo".

Dicho en otra forma: creo que todos, más o menos, somos lo mismo. ¿Cómo es, pues, que los espíritus vomitan más alientos generosos que estiércol de la T. S. H.?

Porque sólo somos lo mismo sobre *poco más o menos*. Esto, en primer lugar. Y, en segundo, porque la inmensa mayoría de la humanidad se compone de sedientos de justicia. Los sedientos de justicia y aquellos que tienen derecho a llamarse mejores, llenan los aires de clamores que conmueven los espíritus, crean las corrientes revolucionarias y consiguen con frecuencia hacer retroceder a la bestia capitalista-imperialista. Unos y otros caminan, cogidos por la mano, y van ganando terreno al enemigo actual de la humanidad: al capitalismo.

Desgraciadamente, entre estos *hombres mejores*, que re-

---

(1) No exagero; en Rusia se ha dado muerte a más de un hombre para quitarle los zapatos.

Esta especie humana le presenta un tipo muy frecuente de militante revolucionario, difícil de identificar en una gran movimiento de masas, ya que reúne todos los grados, desde el aprendiz hasta el héroe. Abarca de estudiante y pretende ser superior a la masa y más decidido que el hombre de buena fe. Se convierte en el agitador profesional. En una época en que las conciencias que suelen revelarse se alistan voluntariamente de la multitud que rechaza la vida a toda costa, este militante responde a una potencial moral, ni más ni menos que un capitalismo en tiempos de paz. No se hace de rogar. No tropieza con la menor competencia. No hay nadie capaz de hacerle frente. Es, por otra parte, temerario. Allí donde la gran figura revolucionaria teme fracasar, él no teme nada. Todo contribuye a su triunfo, incluso la derrota, pues sabe sacar inmediatamente una ventaja de ésta en su provecho personal.

Conozco esta especie y la persigo desde hace veinte años. Sus rasgos me son hoy familiares. Sin embargo, no quiero referirme aquí más que a los argumentos, cuya detestable acción es verdaderamente inconsciente

Los hay de dos clases: los *moderados* y los *fanáticos*; unos y otros, igualmente nefastos. Los primeros han hecho el juego a la socialdemocracia. Los segundos se han introducido en el comunismo.

La socialdemocracia de antes de la guerra ha dejado de existir y su militante se ha hundido con ella. Aquellos que hoy se encuentran, son, salvo raras excepciones, gente que ha conseguido sentarse a la mesa de la gran familia. Si hacen el becerro, es con la esperanza de ver alargarse un día la mesa y multiplicar las sillas.

No sucedía lo mismo antes, cuando no existía la mesa. No existían mas que algunos asientos de amaestrados o de ladradores, rudamente estrechos. Había que dar pruebas de gran prudencia si uno quería hacerse notar, en su casa o en la casa de enfrente, y, de un modo o de otro, realizar el deseo de todo buen socialdemócrata: la entrada en el divino Parlamento, Edén de la patria agradecida, en aras de cuya salvación debía morir en breve el entusiasmo disciplinado.

Los sindicalistas, bolcheviques en gestación por aquel entonces (*¡abajo el parlamentarismo! ¡acción directa!*), no éramos del agrado de esta "élite" de primera categoría, que daba órdenes en nombre de la clase obrera, acaparaba la tribuna y la Prensa, y nos excomulgaba y asesinaba, con el evangelio seudomarxista en la mano. El militante avisado, dotado de buena voz e imbuido de marxismo, representaba entonces exactamente el mismo papel tiránico que su comparsa comunista de hoy. Sólo él representaba la "conciencia revolucionaria", las "aspiraciones", la "ideología" del proletariado. Nosotros éramos "traidores", o poco menos.

La masa escuchó y siguió a aquel militante hasta la gran matanza, que constituyó la desgracia para la una y la dicha para el otro.

Pero todo esto pertenece a la historia.

Pasemos a la actualidad.

Esta es mucho más trágica.

"revolucionario". Y aquí

de cada disparate

Una vez más

mento, cuando parecía

las reacciones.

Pero una vez hecha esta distinción, ¿quién, luego de haber leído la relación de Gorki y quedado impresionado" Cómo que no hay hombres, cómo no hay "gallinas", con sangre de horchata en las venas, que no se sientan indignados, hasta las profundidades de su ser en la raíz de la misma condenada y odiosa de las clases de justicia social.

Aún hay más—y es esto un horror que los hace temblar, con la pluma, a veces con el hacha, el obrero (¡al obrero!) que se niega a hacer el becerro el poder tiránico.

¿Puedo tener miramientos contigo, ¿Puedo olvidar que fuí a tí de la manera más desin-

sada y que falló muy poco para que me lo llevara en tu bolsillo? ¿Puedo—por darte gusto, o, según se dice, para no "ofrecer armas a la burguesía"—[illegible] de la masa que arrojas por tierra, de su porvenir que ayudas y de sus mejores combatientes, a los cuales destierras, encarcelas y hundes en el hambre, en nombre de una ética doctrina que sólo tú pretendes entender? ¿Puedo aceptar *sin reservas* la extensión por el mundo de tus métodos de convicción de la clase obrera y creer que sólo tú tienes razón, que sólo tú tienes derecho a hablar, que sólo tú debes construir el socialismo?

Pero, tratándose de la U. R. S. S., había que saber, además, si debemos distinguir el stalinismo-estado del bolchevismo-revuelta, o confundirlos a los dos en el mismo tipo de malhechor. Pues ocurre lo siguiente: en Rusia se cuelga en una institución, en un tranvía, en un local público, un cartelito con este cartelito y esta invitación: *Camarada, participad en la lucha contra la burocracia.*

Es impresionante. Comunica de golpe la conclusión de que debe existir un aparato dirigente en lucha contra un *aparato burocrático*. Una sola cosa es cierta: el aparato dirigente no es otro que el partido comunista, mientras que los burócratas son, sin duda, hombres llegados de todas partes y puestos al servicio del Estado provisorio. Estos últimos son, pues, gente sin fe, sin ideal, sin convicciones, toda vez que se os dice que hay que combatir su tendencia a crear situaciones personales, en detrimento de la comunidad, así como su sabotaje de cargos subordinados.

Es un cartelito llamado a estimular a un hombre como yo. Y si hubiera salido de Rusia al cabo de unas semanas, como todos los delegados que asistieron al décimo aniversario, hubiera escrito artículos desfavorables a este respecto. Hubiera respondido, en rigor, a mi interlocutor: Sé lo que es un hombre de fe. También sé que la tierra no está llena, ni mucho menos, de esos hombres. Pero el partido comunista debe contar con legiones de ellos, des-

sada y que faltó muy poco para que me hundieras en tu bolsillo? ¿Puedo—por darte gusto, o, según se dice, para no "ofrecer armas a la burguesía"—desentenderme de la masa que arrojas por tierra, de su pervertir que apuñalas y de sus mejores combatientes, a los cuales destierras, encarcelas y hundes en el hambre, en nombre de una dística doctrina que sólo tú pretendes conocer? ¿Puedo aceptar *sin reservas* la extensión por el mundo de tus métodos de convicción de la clase obrera y escribir que sólo tú tienes razón, que sólo tú tienes derecho a hablar, que sólo tú debes construir el socialismo?

Pero, tratándose de la U. R. S. S., habría que saber, además, si debemos distinguir al *militante-creído* del burócrata, o confundirlos a los dos en el mismo tipo de malhechor. Pues ocurre lo siguiente: en Rusia se edita en una institución, en un tranvía, en un hotel, son tropezar con este cartelito y esta invitación: *Camarada, participad en la lucha contra la burocracia.*

Es impresionante. Conmovedor. Surge en seguida la conclusión de que debe existir un *aparato dirigente* en lucha contra un *aparato burocrático*. Una sola cosa que ese aparato *dirigente* no es otro que el partido comunista, mientras que los burócratas son, sin duda, hombres llegados de todas partes y puestos al servicio del Estado proletario. Estos últimos son, pues, gente sin fe, sin ideal, sin convicciones, toda vez que se os dice que hay que combatir su tendencia a crearse situaciones personales, en detrimento de la comunidad, así como su sabotaje de cangrejos roedores.

Es un cartelito llamado a entusiasmar a un hombre como yo. Y si hubiera salido de Rusia al cabo de seis semanas, como todos los delegados que asistieron al décimo aniversario, hubiera escrito artículos ditirámbicos a este respecto. Hubiera respondido, en rigor, a mi naturaleza. Sé lo que es un hombre de fe. También sé que la tierra no está llena, ni mucho menos, de esos hombres. Pero el partido comunista debe contar con legiones de ellos, des-

[redacted]

[redacted]

[redacted]

sionieros de ella; han declarado guerra sin cuartel a los grandes y pequeños funcionarios corrompidos, y se han hecho asesinar como moscas. Bien es verdad que los asesinos han sido ejecutados; pero esto no ha resuelto el problema para las víctimas y menos aún para la obra de saneamiento.

Entonces han surgido los *rabcors* (corresponsales obreros) fabricados en serie. Estos, comprendiendo que el mal no está en los pies, sino en la cabeza, a la que está prohibido tocar, se han creado un chivo lustrativo eligiendo al cabeza de turco, condenado a servir de gozne, y denunciándolo. Sus inútiles experimentos literarios, que han de sonreir a los iniciados, se publicaban en todos los periódicos, y, pomposamente, en la oficial *Pravda*, que les dedicaba, una vez por semana, una página entera; bajo este arrogante título: *control-masas*. Tanto "control" de las "masas" había allí como en Inglaterra en el Polo Norte y voluntad de desarmar en la Sociedad de las Naciones.

En mis interesantes viajes de un extremo al otro de la U. R. S. S. he encontrado con frecuencia no pocos de estos *rabcors*. Entre ellos, he encontrado algunos raros individuos que me han hablado con orgullo, pero a los cuales se les hace dura la vida, pues caen uno tras otro. Otros, muy difíciles de descubrir, son unos tímidos que no se atreven a afrontar vuestra mirada. Los demás son animalejos que se mueven a vuestros pies. Por uno de estos bribones me enteré de un hecho bastante interesante, a mi llegada a Sukhum, en el Cáucaso, en noviembre de 1928.

Candidato a la celebridad y sabiendo cuán pronto habían llegado a triunfar aquellos de sus colegas que han sufrido el martirologio del oficio, el *rabcor* soborno a un borracho y le enseñó la manera de hacerle una ligera herida en la espalda con un puñal. Esto ocurría en una noche oscura, y sin testigos. El borracho fué demasiado lejos. Al día siguiente encontraron al *rabcor* medio muerto, en medio de un charco de sangre. La Guepeú, emocionada, se dió a buscar al kulak criminal o al vindicativo di-

[illegible]

[illegible] el país que aspira a un [illegible] [illegible] [illegible]

el hombre es un animal nocivo y donde la existencia no es más que una manera de matar la vida?

Digamos que ha habido dos millones de comunistas ultraizados de doctrinas, sin corazón y sin cerebro, víctimas del fanatismo y de la amoralidad, para los cuales los sentimientos no son más que prejuicios burgueses y el amor un simple coito; pero todavía quedan a los millones, toda una humanidad, que vive y quiere vivir cada vez mejor aquello que existe de más sano y conmovedor en nosotros.

¿Debe ingeniárselas que vivan?

—¡Al contrario!—me dirán, recordando bien la Convención soviética—. Esos pueblos dejemos ahora de lado mismos.

Contestaré: Sí, dispongo de mi persona, a la manera de aquellas jóvenes de la Edad Media que eran libres de roser a su gusto, pero que se hacían encerrar en un convento en cuanto se negaban a casarse con el hombre elegido por sus padres.

Una noche tuve una larga conversación con una campesina inteligente (lo recuerdo bien, no puedo precisarlo, pues con ello podría hacerla reconocer a Stalin). Esta mujer me dió una versión de cómo una madre soviética puede disponer de sus hijos, que condicionan toda su vida.

—Nosotros no somos comunistas—me decía—, porque no sabemos a ciencia cierta lo que es el comunismo. En nuestro pueblo, los comunistas son unos intrigantes. Todo se reduce a la "política". Y desgraciado del que no piensa como ellos.

"Nosotros nos encontramos al lado de los bolcheviques desde el comienzo. Mi marido se batió durante la guerra civil, formó parte del primer soviet y murió a consecuencia de sus heridas. Yo no soy más que una pobre madre que quiere criar a sus hijos—este chico y esta chica—lo más honradamente posible. Aquí no hay ningún adversario del régimen, ningún contrarrevolucionario. No hay motivos

[illegible] V. sin embargo, se nos priva d[illegible] ¿Por qué? Porque [illegible] [illegible] [illegible]

un vencido. Aquellos en quienes creía—con la firmeza de una piedra—poder apoyarme, tampoco son más que una peste, una peste capaz de sacrificarlo todo *por la salud de su cara doctrina, aun aplastando a los inocentes.*

¿Cómo queréis que mida los términos, que consulte mi incomprensible cuaderno de notas, que conteste a todo el mundo y a mi padre? Sólo sé una cosa: sólo sé que una aplastante mayoría de hombres de mi clase ha llegado al Poder; que, después de llegar a él, se ha puesto en seguida a tragar, y que, con la boca llena, arroja de su mesa y deja morirse de hambre a todos los bocadillos que no son de su opinión. Y, siendo esta la verdad—y ya veremos hasta qué punto lo es—¿qué pueden importarme los testimonios, los documentos, la imparcialidad, la simpatía y demás zarandajas?

¿Qué me importa, tampoco, escribir o no escribir un libro a este respecto? Una página, una línea, un gran grito lanzado a todos los vientos, bastarían. Pues el dolor, lo mismo que la alegría, surgen por sí solos de la tierra para vivir en la eternidad.

Cuando no tenía yo más que dieciocho años, me pasaba las noches—solo, con dos o con diez—buscando lo sublime en los libros o en el corazón del hombre. Aún hoy sigo lo mismo, con la pequeña diferencia de que en aquel momento el libro estaba escrito por los Balzac, y cuando lo había sido por una Madama de Staël, volvía era casi sagrada, mientras que hoy, los Balzac practican el homosexualismo literario y las Madama de Staël anuncian la aparición de sus libros de la siguiente manera:

¡Ah, hombre, si supieras!...
No habría mujer que te resistiera.

Pero, señora: ya sabemos que no puede usted resistirnos hasta el mismo vientre. ¿Y qué? Al fin y al cabo, todos practicamos el mismo sacerdocio, ¿no es verdad?

En Rusia (y lo mismo puede decirse del resto del mundo) no hay necesidad de conocer el idioma del país para enterarse de lo que sucede. Ni tan sólo es necesario leer las noticias publicadas por los periódicos que figuran entre sus Repúblicas[1] el nuestro y el

---

[1] Antes de los bolcheviques se llamaba [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] es con los que se constituyen la [illegible] ; es decir, que [illegible] [illegible] del proletariado, en la [illegible] a los que se califica de "traidores", [illegible] [illegible] en el seno de su [illegible] [illegible] Rusia hasta la publicación [illegible] [illegible], nueve meses. Hoy me [illegible] [illegible] publicar este libro a los [illegible] [illegible] No he querido hacerlo. Conservaba [illegible] esperanzas, y, sobre todo, la esperanza de oír [illegible] [illegible] de Máximo Gorki.

[illegible] en su lugar, durante las tres horas que [illegible] en su intimidad, no quise hablar. Su rostro [illegible] nado por unos [illegible] que podía ser lo que [illegible] [illegible] Gorki no me [illegible] [illegible] cima. Se le [illegible] [illegible] [illegible]

En la U. R. S. S.

Sobre el viaje

No hay que esperar que relate detalladamente y de una manera pintoresca, aun cuando valiera la pena de hacerlo, todo lo que he recogido, visto, sentido y pensado, entre el 15 de octubre de 1931, fecha de mi salida de París, y el 15 de febrero de 1932, fecha de mi regreso. No me es posible hacerlo, por varias razones, la principal de las cuales es que no me encuentro con bastante ánimo para ello. Fui allá con unos pensamientos y unos propósitos que murieron en el camino.

Además, aun cuando no me faltaran ganas de hacerlo, me detendría un temor: vendría obligado a dar los nombres, los hechos, los dramas íntimos y las diversas localidades, y entregaría así a una persecución despiadada a miles de inocentes. Y aun cuando se tratara de verdaderos culpables, me negaría a denunciarlos, pues no es contra los pequeños ratones contra quienes me levanto, sino contra los grandes, y, sobre todo, contra los métodos de "revolucionar" el mundo.

Por último, me veo también paralizado por el lugar que ocuparían estas denuncias, lo cual me impediría llevar a cabo una obra útil, como trato de hacer en estos tres volúmenes.

Piénsese en este viaje, de más de veinte mil kilómetros—por ferrocarril, en barco, en automóvil, a caballo—, que comenzó en Alejandrovsk (pequeña localidad de pescadores lapones, situada a la entrada del Océano Glacial del Norte, en el golfo de Kola, sobre Murmansk), y que

[illegible] Entre estos dos extre[illegible]
[illegible]tro de Moscú a [illegible]
[illegible] Moldavia a Crimea, al Volga
[illegible] [illegible] regulares [illegible]
Rusia; 2.°, L'crania, [illegible] del Caspio, y 4.°, [illegible]
ciudades, su delta, la [illegible]
cera.

En todos estos volúmenes, para conseguir lo que se propone, no es menester, ni mucho menos, que haga literatura". Los actores, los hombres, sus trajes, y un poco de mi misma, hacían [illegible] lo [illegible]. No he podido [illegible]. Aun cuando permaneciera más que un mes, una semana, un día o una más que una hora, he vivido por doquier, pues no he tregado a los hombres, [illegible] tregado a mi [illegible] pliar. He [illegible], bebido, cantado, bailado y llorado veces durmiendo juntos. He llegado casi siempre a estos lugares de esta manera. Durante he gado mi tiempo, mi invisibilidad y mi calor al [illegible] de entre ellos, pues aun el más insólito encuentro [illegible] grano de soledad, y, por consiguiente, [illegible] de nuestro corazón.

He visto rincones donde unos hombres que habían vivido siempre juntos, sin [illegible] casi el contacto de una exclamación de repente en medio de la alegría general

—Nunca nos hemos querido tanto como desde que se encuentra usted entre nosotros. Viuda usted. Quédese aquí.

Y se arrojaban los unos en brazos de los otros. No siempre estábamos borrachos. Estábamos, sí, ebrios de vida, de sufrimiento, de esperanza. ¡Ah, vosotros, a otros que me arrancásteis la promesa —cuando no la [illegible] espontáneamente— de volver y construirme una vida entre vosotros: quizá no os vuelva a ver nunca!

Todo es ilusión. ¿Pero no es esto [illegible] la vida?

Una pregunta

Teniendo presente lo que impropiamente he dado en llamarse mi cambio, o, como han escrito ya en *Monde*, en la *Littérature Générale*, "la doble cara de Paul Istrati (1), podría hacérseme, ahora que entramos en Rusia, la siguiente pregunta:

—¿No estaba usted al corriente de todos esos asuntos antes de visitar la U. R. S. S., o fundamentalmente después? Pues era usted conocido más bien como *bolchevizante*.

Y yo contestaré:

Bolchevizante, es decir, partidario del poder para la clase obrera y de la destrucción del capitalismo, hoy y siempre siendo en las condiciones que en vez cuando se haya leído este libro. Esas condiciones son un duro del bolchevismo a lo Lenin, a lo Trotsky, a lo Dzerjinski, así como de todos los héroes de la revolución de octubre que no se han convertido en los asesinos de su propia obra.

Añadiré que no existe ni cambio ni "doble cara", por la sencilla razón de que, después de haber vivido diecisiete meses en la U. R. S. S., y cuando hubiera podido escribir y publicar holgadamente, por lo menos, seis artículos *bolchevizantes*, sino cincuenta, y muy bien pagados, no se me podrían enseñar tres que puedan considerarse tales, ni una interviú, ni un discurso que hayan sido revisados y corregidos por mí. Esta reserva es desconocida para los *Amigos de la U. R. S. S.*, de los cuales soy en Francia uno de los dos vicepresidentes de honor.

"Doble cara". ¡Pobre gentuza! Caras tengo yo treinta y seis mil; ahora, que no para las *Littératures Générales*.

Y, respecto a la pregunta en sí: *¿Estaba al corriente?*, responderé: *No*. No existe una décima parte del proleta-

---

(1) Después de mis interviús de febrero y marzo de 1929 en *Les Nouvelles Littéraires* y en *Monde*.

que esté enterado el pobre chi-

sabe poco o nada o mucho.

sabe poco o nada o mucho.

sabe nada o mucho.

sabe nada o mucho.

*sabe

y tengo confianza en él. No es posible que deje de aprovechar la espantosa experiencia que tiene ante los ojos y que conoce como nadie.

De su oposición no sabía ni quería saber nada antes de visitar Rusia. Me decía: "¡Bah!; en todos los duraznos hay ranas. No debe tratarse más que de una simple cuestión de poder, de una escisión provocada por la muerte de Lenin". He seguido diciéndome esto mismo, en Rusia, durante meses enteros, y ya se verá en qué circunstancias.

Respecto a Trotski, veía muy bien que parecía enredado, desde hacía varios años, por un silencio cada vez más opaco. Pero ¿cómo iba a pensar que le preparaban el camino de Alma-Ata, el de Estambul, y el epíteto de "contrarrevolucionario"?

Puedo decir que no nos conocemos personalmente, y que hasta el presente no le he escrito una sola carta, ni desde aquí, ni durante el tiempo que permanecí en el Caspio, a unos dos mil kilómetros de su Prinkipo. Digo todo el bien que pienso acerca de él, de la manera más desinteresada.

Pero nos hemos estrechado la mano una vez, y a buen seguro que le sorprenderá mucho saberlo. Fué, si no me engaño, en Bucarest, en 1911 o en 1912. Nina Arbore, hermana de la doctora Ecaterina Arbore, a quien había de encontrar más tarde de Comisario del Pueblo de la Moldavia soviética, vino un día a preguntarme:

—¿Quieres conocer a un pájaro viajero?

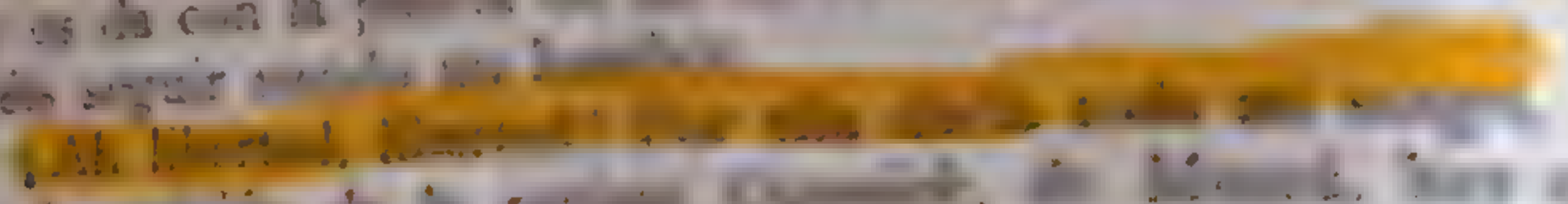
—¿Quién es?

—Un desterrado de nota: León Trotski, ex presidente del Soviet nacido de la revolución de 1905, y el orador y publicista más brillante de la Rusia revolucionaria de nuestros días.

—¡Cómo que si quiero conocerlo! Corramos.

Me condujo al hotel High-Life, en la plaza de la Episcopia. León Davidovitch, con su cabeza clásica, sus ojos feroces y con una blusa negra, permanecía en pie, apoyado contra la cama, en una modesta habitación. Como no

La salida. Cristian Rakovski. Siebeja



A petición de la redacción de Monde, en el 1927 un "retrato" de Rakovski, que en aquel momento, que estuvimos a punto de publicarlo, pero que no lo hicimos, en un momento en que Rakovski era todavía, pero en que su desgracia había sido ya decidida en las alturas. Y eso que mi artículo no contenía ninguna palabra, pero nos abstuvimos a tal hora de provocar toda una de la gente oficial. ¿Qué decía de un extraño? No dirijo al diario. Quiero precisamente a los extranjeros [illegible]

Por lo que a mí se refiere, sigue los acontecimientos de Si lo que quieren preparar en [illegible] [illegible] [illegible]

tarle la vida, en un momento dado, a la revolución. A esto contesto: *nuestra tiranía la ha asesinado mucho más.* Y no será el ingreso de otro Gorki en la cofradía de hoy lo que la resucite, por mucho que os disguste.

Es una verdadera desgracia que tenga que hablar con tal dureza a hombres que, después de todo, son víctimas de un sistema cuyo advenimiento no cabe reprocharles; pero no puedo dejar de hacerlo. Ya me comprenderán. No tenían más que no haberme invitado a las fiestas del aniversario. Y el primer culpable de ello ha sido Rakovski, al cual le pregunté antes de nuestra salida lo que era la Rusia soviética, y que me dió la siguiente respuesta de diplomático:

—Si te contentas con mirar a la superficie, no quedarás satisfecho. Pero si sabes ver, amarás nuestra revolución.

¡Arreglado estaba! ¡Como si la revolución pudiera confundirse con la realidad humana! Hubiera preferido que me hubiera dicho sinceramente la verdad, la verdad que yo no podía ver por mis propios ojos y sin ayuda del cielo. Pero todos esos bolcheviques son mudos como tumbas, aun cuando sean amigos y camaradas de uno.

Y Rakovski no constituye una excepción. Jamás he podido obtener de él la menor declaración, una de esas declaraciones de que hoy he sido cien veces confesor. En Francia le perdonaba su silencio. Era embajador. Yo, uno de esos que no saben callarse. Pero es que permaneció encerrado en el mismo mutismo durante todo el viaje. En cierta ocasión, cuando entrábamos en Alemania, le hice la siguiente pregunta, ante la cual una franca respuesta hubiera bastado para revelarme la verdadera actitud de la oposición y la suerte que en breve había de correr:

—¿Ha sido Francia la que te ha arrojado, o son los tuyos quienes te destruyen?

Por toda respuesta, sacó su reloj y dijo:

—Llegaremos a Francfort hacia las once de la noche. ¿Tienes mucha hambre?

O, lo que es lo mismo: "Guárdate la lengua para comer embutido con coles en Francfort".

Y, sin embargo, más de una vez me había dado verda-

[illegible] corriendo en mi socorro la penuria de "cuentista [illegible].

[illegible] viendo un [illegible] la vieja, una mueca de [illegible] a hacerle la [illegible] y de admiración [illegible]

—Buena, Cristián: ya se que el [illegible] como el [illegible] el cuidado de los fondos secretos. Pero, ¿les ve- [illegible] que es lo [illegible] que tiene que llevar una cuenta [illegible] esa?

Volvió a defenderse:

—¿No dices más que [illegible]? Deja en paz a mi [illegible]

Una vez, en la [illegible] me [illegible]:

—Cuando no sea nada y tenga que ganarme el pan [illegible] un médico que [illegible] medicina, no dejaré de ejercerla si eres rico, ¿verdad?

Precisamente acababa de [illegible] un artículo a cuenta de mis derechos de autor por los libros vendidos en Rusia, los cuales, [illegible] por el [illegible] contrato, no se me debían. Hizo esto bajo su responsabilidad. Yo había [illegible] en relación [illegible] una broma, [illegible] era posible que la Rusia soviética pudiese [illegible] de un diplomático como Rakovski?

¡Pobre de mí! He comprendido mejor este [illegible] un año más tarde, me enteré de que el embajador de la vigilancia hacía que su mujer vendiese los objetos de su [illegible] casa de Moscú para comprar pan.

Pero ya volveremos a encontrarlo en su destierro de Astrakán, donde pasó ocho días en su compañía, y donde atrapé, lo mismo que él, la malaria.

Conservo de este viaje memorable el hermoso recuerdo de nuestra llegada a Sirbeje, estación fronteriza soviética [illegible] por Riga, vuelta que dimos a fin de evitar [illegible] por Varsovia.

¡Qué hermoso recuerdo! Y maldita sea la vida que me

todas las bellezas, de que tan ávida se muestra nuestra alma! ¡Cuántas veces no lancé este grito durante este viaje que vuelvo a recordar ahora sobre el papel! (Y menos mal que no quiero volver a pasar por todas partes, revivirlo íntegramente, pues en ese caso [illegible])

Se ha escrito mucho, y a veces con gran acierto, sobre La entrada del tren en Rusia, cuando pasa bajo el famoso arco rojo con el terrible mandamiento, que parece una predicción, realizada en parte, del porvenir: *¡Proletarios de todos los países, unios!*

¡Oh, mis hermanos en infortunio! Unidos de una vez o id en masas compactas a miles y miles, a ver con [illegible] a que vuestros corazones palpiten un momento ante la entrada majestuosa del tren rojo, en tierra roja, por debajo del arco rojo con letras de fuego.

Si alguna vez una orden, nacida de los cerebros de un amigo, os ha impulsado y conmovido en [illegible]:

¡Proletarios de todos los países, unios!

Unios y dejaos de mandar delegaciones de bobalicones que no ven nada y nada os traen. Pero id vosotros, sin jefe, y sentiréis mucho más que todos los jefes del mundo, aun cuando seáis tan tontos como vosotros [illegible].

Pues no es la inteligencia sin corazón la que realiza esos milagros, sino los dos juntos, o, mejor aún, el corazón solo. ¡Y vaya si tenéis corazón, hasta dejarlo por jirones en todas las trincheras, entre los alambres con púas, y en todos los engranajes de vuestros precisos mecanismos!

Esos arcos de gran triunfo y esas letras flamantes de las fronteras soviéticas, han sido construídos y pintados con la sangre generosa de vuestros millones de corazones. Y si es necesario que un día no quede en pie nada de cuanto habéis construído y soñado con construir allá abajo, entonces, desde el primero hasta el último mercenario que sea capaz de lanzarse al asalto de la Rusia roja, para devorarla, no pasará bajo esta anunciación de vuestro destino sin caer fulminado por el terror.

Aquí se encuentra cuanto continúa viviendo, detrás de las revoluciones que asesinan los hombres.

En Solijskaia Nabierejnaia

—No salen, en esta ocasión, lo que hacen casi todos los días— Los ojos más negros de Rusia y el que menos cuantas placas

En espera de que la institución por la cual había sido invitado, la *Voks*, se ocupara de mí, acompañé a Bajanova a *Sofijskaia nabierejnaia*, donde se encuentra la residencia de los diplomáticos, un imponente palacio, donde vivía como un rey del azúcar.

—No estarás mal aquí—exclamé yo al entrar.

Mi amigo se encogió con desdén. ¿Pensaba ya en los palacios de Astrakán, que en breve habían de devolverle su felicidad para el resto de sus días?

Nos llevaron directamente al comedor, donde se nos sirvió el excelente té que tanto me gustó, acompañado de un espléndido desayuno ruso. Seguidamente nos introdujo en un amplio salón lo más

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Preludios de fiestas y divagaciones de un hombre solitario

desde el instante en que admitimos que no es posible realizar el socialismo en un solo país, que es menester tratar de propagarlo por todas partes, y aprovechando todas las circunstancias. El décimo aniversario era una de estas circunstancias.

Los huéspedes invitados con no poca precipitación, eran lo que el mundo de los "espíritus independientes" de hoy les ofrecía de más cómodo y a la altura de los potentados bolcheviques; los invitados no podían ver más que lo que se les hacía ver, y decir lo que era de rigor.

Aquí reside la equivocación. Tanto de un lado como del otro, se interpretaba al revés la moral de la sentencia rumana, que declara *que aquel que hace lo que puede dice lo que sabe*. Los comunistas hicieron todo lo contrario de lo que podían. Y esto no tenía que darles el resultado esperado. Pero los invitados decían lo que no sabían. Y esto tenía que darles el consiguiente resultado: a un ladrón, ladrón y medio.

Cuando un Estado proletario—que debe ser ante todo moral, y que si es el más pobre es porque quiere serlo—emplea toda su fortuna en la estafa, no puede encontrar en su camino más que estafadores. Y no sólo nos referimos a las fiestas, sino a toda la táctica comunista.

Los astutos idealistas de todos los *Politburos* y de todos los *Comintern*, pueden jactarse de su sabiduría política y doctrinal, de su ciencia para el levantamiento de las masas; mas para construir necesitan empezar por aprender a fabricar ladrillos, y la clase obrera no puede hacer ladrillos como no sea en el tejar y bajo la dirección competente y responsable de los ingenieros. De esto se trata y no de otra cosa. Pueden recomendarme cuanto quieran a Marx y a Lenin: yo sé que se trata de esto, lo sé por una experiencia y una comprensión de la vida, de que no pueden hablar aquellos que se han pasado la existencia hojeando libros y falsificando el sentido de los mismos.

La clase obrera lo hace *todo* y *todo* se le debe. De acuerdo. También las ovejas se lo deben todo a sí mismas. Sólo que para hacer felices a las ovejas, basta con exterminar

[illegible] cierra su culo. Y esto no se solu-
[illegible] excitando los ánimos al grito de:
—¿Quién quiere estar con nosotros? Este es el camino
de la libertad!
—Yo, yo! —contesta un negro llegado de los países
del Africa para unirse al Congreso mundial de los pueblos
y razas oprimidas.
—Ah! ¡Un negro aquí! Estupendo!
Corre a su encuentro, le besa, le estrecha en todos los sen-
tidos, le hace saltar sobre los hombros, y a seguida, sin
dejarle la absoluta libertad de continuar saltando, le sen-
Lla en el trono sangriento de los Romanof y los Hapsbur-
gos.

Todo eso lo hacían en Moscú. Yo lo he visto hacer
cido tarde. De lo contrario, me habría marchado en se-
guida. Yo veía, como todo el mundo, a mi regreso de esa re-
partimento digna de todas las bendiciones. Precipitábase en
todas las tribunas, se ponía parlanchín con todos los peligros e
inconvenientes del comunismo de guerra, hacíale regalos de
bestia a los amos de la *Internacional* y me obligaba, con
lentamente, a seguir su ejemplo y a hacer uso de la palabra
tratando la victoria de la U. R. S. S.

Era un espectáculo que daba náuseas.

Un mes antes de mi salida de Rusia, al entrar en el
de un fotógrafo de la Tverskaia en busca de unas fo-
fías para mi pasaporte, vi un gran cuadro. En el cen-
Estaba sentado en un suntuoso sillón, con la cara
risa, separados los brazos y las piernas, y en una postura
indecente. Examinándolo mejor, distinguí, encima de él

cabeza, y destacándose en relieve, la corona y las águilas imperiales.

—¿No es eso el trono del zar?—le pregunté al fotógrafo.

—Justamente me respondió él.

Yo no salía de mi asombro. Para mí todo era todo. De seando información, me enteré de que el negro en cuestión, miembro del "Partido de Lenin", y encargado de una organización comunista de negros, había sido puesto a la cabeza de la misma y se había hecho célebre, sin necesidad de ser "oposicionista".

Después de esto, e incluso antes de esta gente [illegible] rusa, bastante bien instalada al lado de un "salón" comunista "en la luna", podía percibirse a una gran [illegible] amiga (para espiarme y después [illegible] toda clase de excusas), que corrían por [illegible] de rumores sobre mí. No por [illegible] conocimiento de que el trono del zar, [illegible] de la mesa del tirano, puede ser [illegible] medio de una gran política, pero no [illegible] objeto de mascarada mundial. [illegible] cido de que ser princesa, e incluso pretisa, no quiere decir nada, aun cuando [illegible] mismo que se estila hoy.

Y en resumidas cuentas, yo no creo que la clase obrera tenga nada que ganar sufriendo que en Moscú se ofrezca hoy el trono del zar a las panaderas de un negro ladrón, y mañana la corona del mismo zar a un gran escritor francés, uno y otro igualmente "en la luna", y que [illegible] esc negro ladrón y a ese gran escritor, cada cual con un despojo del zar: el negro, bajo su brazo, y el escritor, en sus manos y exhibiéndolo muy alto, en la portada de las revistas, como para decir al proletariado que, puesto que no pueden darle trigo, se contente con eso, que siempre es algo, en espera de tiempos mejores.

No. No es así como debe ser, a mi juicio, un revolucionario.

En torno a las fiestas del décimo aniversario

[illegible] hice que dijeran a la [illegible] de las bocas, a cucharadas de [illegible] ¿qué le llamas a [illegible]?

Me encontraron en [illegible]. Al principio fuimos a una buena habitación en el Hotel Internacional, que daba a la Tverskaia. Tenía como vecinos, a mi derecha, a Trotski Jourdain y a Leon Sedov, que ocupaban la misma habitación. Moussinac estaba enfermo en cama. Junto a su expresión continuamente preocupada, desconfiada, cerrada por los viajes que le hacían hacer por los Soviets en ruso, en alemán y en otras lenguas que había tenido que aprender particularmente, la [illegible] siempre de acuerdo. ¡Qué [illegible]!

Pero hay que ser justos: un país, y sobre todo un país como ese, no os invita para enseñaros la cara de la miseria. Es una estupidez acusar a los comunistas rusos por un empobrecimiento en enseñaros lo bueno que han realizado, y ocultar lo malo. ¿A qué habríamos ido allí, manteniendo, alojados y pagados como parásitos, entre [illegible] y [illegible], a costa de la primera hospitalidad? No era, seguramente, para que ignorasen con sus cuantiosos ojos sus pantalones zurcidos, a cambio de recuerdos transportables.

Otra cosa es cuando, declarándoos dispuesto a [illegible] os digan cuánto cuesta a los trabajadores [illegible] la formidable jauría de ladradores de la [illegible]

Pero, hombres dispuestos a defenderlos a costa de su vida, no se hubieran encontrado veinte entre los dos mil invitados a los festejos de octubre. Esto saltaba a la vista. Fuera de algunos hombres íntegros y verdaderamente abnegados, devotos de la causa de Rusia, cuyo modelo, a mi juicio, era el excelente escritor alemán Arturo Holitscher, en compañía del cual recorrí el Cáucaso, los demás no eran más que un hatajo de aprovechados circunstanciales.

Precisamente por esto, el Congreso mundial, desde su apertura, no me entusiasmó lo más mínimo, cosa que declaré inmediatamente escribiendo el artículo *En torno a un Congreso*. Entregado al representante de *l'Humanité* demás habían cometido la ligereza de publicar como artículo *líderes* algunas entusiastas impresiones de mi llegada, aquel tímido artículo llenó de confusión al pobre redactor. Pierre Naville se apoderó de él y lo hizo publicar en *Clarté*, con una introducción en que, empleando por las palmas, me arrojaba a la cabeza del órgano oficial del partido francés. Esto produjo un rápido efecto de frialdad en nuestras carantoñas de novios jóvenes.

Y, sin embargo, dicho artículo era un elogio de la U. R. S. S. Pero no podía dejar de observar que sus huéspedes le engañaban. La multitud de razas que se apretujaban en el vasto palacio de las columnatas, bajo el fuego enceguecedor de las lámparas y el ruido de los aparatos parlantes, formaba ese mismo caos que se observa en una reunión electoral de gran estilo, con la diferencia de que aquí, a lo menos, podíamos contemplar, en medio de la presidencia, el doloroso rostro de la demasiado resignada Krupskaia, la compañera de Lenin, la única criatura de todo este Congreso que no merecía semejante compañía.

¿Sociedad de los amigos de la U. R. S. S.? ¿Por qué no? Como decía el otro: ¿apoyaríais el dedo en un botón, colocado en vuestra habitación de París, para matar a un mandarín en China y enriqueceros en una noche? Claro está que ser presidente de una sección mundial de los "Amigos de la U. R. S. S." no enriquece a nadie, pero siempre depara ocasión de hacer un gran viaje gratis y percibir, ade-

[illegible] representa uno de los [illegible] de [illegible] por medio de la [illegible] de [illegible] pulsa un botón [illegible] de [illegible] del aparato que [illegible] una cuenta de tanto [illegible] que se [illegible] de dichas secciones han dejado de subir [illegible] cero en Alemania. Cada [illegible] que [illegible] con más luz la misma [illegible] que [illegible] en el [illegible] y cuando [illegible] la [illegible] de esta [illegible] en el [illegible], [illegible] [illegible] [illegible]

de la vida por encima de las paredes de mi habitación, si es que puedo decir que tengo una habitación.

La que ocupaba en el Hotel Internacional no me proporcionó más que un desfile de personas amables, en su mayor parte periodistas, que solicitaban artículos de todas las notabilidades europeas presentes. Pero no pasaban de ser amables. Yo, que no abrigaba grandes dudas de que las cosas pudieran ser muy diferentes, esperaba, sin embargo, oír una campanada contraria al repique oficial y ver surgir caras menos sonrientes.

Pero no fué así, en aquella habitación. Y pocos días después de mi llegada la abandoné, para que me expidieran a Leningrado con otros invitados. Una semana después, de regreso en Moscú, encontré mis bagajes amontonados en un cuartucho. Entonces me alojaron en el *Hotel Passage*, que se convirtió en mi hotel predilecto durante mi estancia en Rusia, y cada vez que volvía a Moscú. Pero vale la pena de que diga cómo se presentó a mis ojos el mundo soviético, desde los primeros días, en el Hotel Internacional.

Mi testimonio aquí ha de inclinarse apasionadamente a favor de los Soviets, y destruirá, con justicia, mis pocas leyendas. ¡Dios, y qué triste resulta tener que conceder con cuenta gotas lo que yo creía que era un himno a la *Nueva Vida!* Pues, de no cegarle a uno la mezquina parcialidad política, tiene que reconocer que los Soviets—mientras persiguen un objetivo determinado—fueron en esta ocasión nobles, generosos y sinceros, como solamente puede serlo la infancia de una vida nueva. Pocos lo comprendieron así, y de todos aquellos con quienes hablé, el más emocionado, sin sentirse por eso beatamente seducido, era Francis Jourdain, contrariamente a la nube de los saltamontes democráticos, que no habían venido más que a roer, con su hambre canina, su insensibilidad, su falso entusiasmo y su ingratitud.

He conocido casos en que las exigencias y la perfidia de los visitantes eran tales e iban tan lejos, que la mejor respuesta hubiera sido darles un puntapié en el trasero. Pero

He dicho que los Soviets fueron generosos. Pero no todo lo que pretendieron comprar les costó dinero. Esto es falso de medio a medio. Nadie, ni durante los festejos ni durante el almuerzo, vino a proponerme el más mínimo compromiso, y el mío propio yo mismo como ejemplo, es porque [illegible] podría observarse hasta qué extremo se me consideraba de la familia, hasta qué punto había declarado yo mismo formar parte de ella, y cuán precisa les era mi adhesión.

¿Se les abonaban derechos de autor a aquellos que tenían obras traducidas al ruso? Sí, y en las condiciones más normales. Y, a mi juicio, era ésta la menor de las

[illegible]

[illegible] para [illegible] la [illegible] [illegible] la [illegible] [illegible] [illegible]

He dado, asimismo, dos o tres trazos literarios viejos y nuevos de permanencia en Rusia, por de otra manera y porque pensaba

Octubre rojo

Cuando los gusanos hayan acabado de roer mi cuerpo —mis ojos que han visto, mi cerebro que ha creado, todo mi ser— y las pasiones que los hombres de entonces me ha sido dado vivir por anticipado en mi propia existencia, en mi *Octubre Rojo*.

¿Seguirás, entonces, sobre mi tumba, la huella de la fatalidad que encierras en los pliegues de tu manto de lana? Si hubiera que juzgar un árbol o la especie merecería que se pusiera en los pies, que se le hundiera en la tierra, porque no ha sabido elevarse de la tierra y hundirse en los cielos, alcanzando frescura y en los más altos, como la [illegible] verdura, y te olvidas. Tu hacha y caigo en [illegible]

Pero en mis horas [illegible] en mis [illegible] en los amigos a quienes quiero y en aquellos a los que no conozco en mí: en los días felices que he sufrido y en los que me esperan. [illegible] peño en hacerte mejor, aun [illegible] rante una buena existencia, si [illegible] biera perdido totalmente el tiempo? Se verá [illegible] ron levantar las Pirámides ¿Por [illegible] No lo sé. Pero puesto [illegible] de esos feos montones de piedras [illegible] a preguntarme si no han sido erigidos a fin de

ver a los Faraones el placer de ver un día a los esclavos ingleses trepar estúpidamente, con un pellejo de vaca sobre de un brazo y otro enfundados por sus protectores inglés. Y respecto al objeto a que se refería el poeta, que no crito sobre los Pirineos que con su mano *han fatigado el tiempo*, creo que el tiempo hubiera podido pasarse muy bien sin esta fatiga absolutamente [illegible] a los veinte mil esclavos que trabajaron para los ingleses

"Miserables esclavos... A cuatro mil años de distancia ya no se os hace erigir Pirámides. Pero construís túneles y "metros", en donde se os obliga a vivir, como si vuestra existencia tuviera que ser negra y privada de aire y de sol, cada vez que recorrés el camino, a la ida y a la vuelta, entre vuestras lastimosas casitas y vuestros presidios fortificados, que es lo único que hacés, de ida y al cabo, de un extremo al otro de vuestra amarga vida. Y si hacéis algo más, es divertiros vulgarmente durante vuestros domingos de esclavos, o celebrar todos los días de fiesta de vuestra esclavitud, durante los cuales organizan para vosotros estas diversiones: los toros absolutamente *carreras*, en las que perdéis el pan de vuestros hijos; los deportes modernos, que no son más que grandes empresas mercantiles, donde dejáis los restos de vuestras cortas inteligencias; nacionales desfiles por debajo de "la eterna llama" de vuestros amos, por delante de su virtuosa "Desconocida", *por delante del cadáver de uno de vuestros ilustres verdugos*, cuando os precipitáis en masas compactas para aclamar al hierro caliente que puede en que se os permite prosternaros gloriosamente de rodillas contra el suelo.

"Tristes parias... No os hacen hacer más que eso. Pero ¿qué tirano se ha inclinado sobre vuestras cunas, y, después, sobre vuestros rostros quemados, para deciros: el hombre no es un bruto; su primer deber consiste en ser bueno, justo, humano? ¡Desgraciado aquel que no lo sea! Pues vivir para la Comunidad es realmente vivir, y vivir

---

(1) Campesino de Egipto.

riosa del artista, sino la función moral más alta de los

—¿Cómo habéis podido, en pocos días de luchas y contratos en todas partes, haceros con tantos cañones y volver en esta sexta parte de la tarde?

—No hemos sido nosotros quienes nos hemos batido en todas partes; ha sido la *rebelión*. Ha sido la rebelión que se ha batido y la que ha vencido. Nosotros no hemos hecho más que darle un expresión, un cuerpo y un alma. Ya a ver a los mismos de la revolución los primitivos cañones que los reyes de

tenían solos, durante la guerra civil, que estallaban por los dos extremos y que espantaban al carnicero, como no lo ha hecho ninguna *dicha Bertha*.

En aquella época, el bolchevique era un héroe, un titán, un dios. El primero de todos, era el último en abnegación, y no conocía el descanso. Su pecho servía de escudo por el frente de la revolución que daba cuerpo a la vida para el resto, todo para la Comunidad. Y todo de crímenes de injusticias y de muertes horrores entre los hombres. Entre, aun cuando hubieran debido perecer en sus tres cuartas partes en el entusiasmo de esa inquietud, tenían el deber de arrancarle a sus propios cerebros el sueño que debía dejar de ser para siempre un monstruo humano.

Así fué el *Octubre Rojo*.

Yo he visto festejar su décimo aniversario y he llorado de alegría. He llorado, sencillamente.

Metido a la muchedumbre, en un lugar especial al cual se reservado, he luchado con todo el mundo por conquistar un peldaño que me permitiera abarcar el conjunto de la plaza Roja, donde estaban todos reunidos desde todos los puntos cardinales, sin excepción la estupidez.

Esta encontraba su cuenta en la exhibición, cuidadosamente organizada, de las ridículas maravillas de Chamberlain, de Briand, de Mussolini, ante las narices del cuerpo diplomático. Si lloraba, esta ni siquiera se podía, sin embargo, sino hacerme llorar de despecho, así como el gran despliegue de las fuerzas militares rojas, cuya verdadera fuerza era exactamente lo contrario de lo que los explotadores. Pues el bolchevismo no ha triunfado en la U. R. S. S. gracias a los furiosos cosacos armados de irresistibles lanzas; y el día en que no tengan más que lanzas para atravesar el corazón de los hombres, sus días estarán contados.

Afortunadamente, nos encontrábamos allí con la idea, con el sentimiento, con el impulso del porvenir. Veíamos

el día de su libe
millón y me
con la
había ejercido
se hubieran fundido ante la
verdad que nada resiste a aquel que
ta. Ya no veía al ejército
do hacia la plaza Roja. En un grupo que
rro simbólico, que representaba al gran
tillos, con todas
reconocí a un obrero ruano, que
civil en Ucrania

—¡(Gran)
Me saltó al cuello y me abrazó

—No, hermano mío; ni esta noche ni
de es lo que hicimos aquel día del Octubre Rojo de 917!

Al día siguiente del octubre rojo

Nada se libra—¡viva Dios!—de la
sale de las manos del hombre. Pobre,
el diablo podría llevárcete
ra más de ti!

No más tarde del día siguiente de

das del aniversario, reventó ante nuestros ojos uno de los tumores de la revolución: Joffé se suicidaba la tarde de los vasos en señal de protesta contra los rudos tratos de que habían sido víctimas sus amigos la oposicionistas, contra los festejos [illegible] de un [illegible], que nos era [illegible] de los jerarcas de Rusia. Joffé [illegible] Luego había, también, al lado de los [illegible]

Ya era [illegible] de día, el mismo día de la procesión, cuando la [illegible] dejó caer su voz y los [illegible] aplaudieron. Habían encontrado [illegible] a la [illegible] que se produjo debajo del balcón donde se encontraba y desde el cual los jefes [illegible] de dar por la palabra a la multitud. La gente [illegible] Lenine a tierra, en el preciso instante en que los [illegible] a cuello se alzaban para oírle la multitud y en que una [illegible] a unos manifestantes tan [illegible] que [illegible] por [illegible]: todos habían [illegible] en la cárcel, durante varios [illegible].

Una sola duda se apoderó entonces de mi espíritu. ¿Qué era, después de todo, aquella oposición? ¿Qué quería? ¿Y por qué no le permitían que se expresara desde la tribuna o en los periódicos?

Otro hecho, todavía más indignante que el anterior, vino a escandalizar a todos los delegados o invitados extranjeros. El poder hacía publicar, expresamente para [illegible] un periódico de cuatro páginas, impreso en tres idiomas: francés, inglés y alemán. Este periódico nos traía, de un modo sumero, al corriente de cuanto ocurría [illegible]. Pero nos hablaba mucho más extensamente de la oposición "trotskista" y de Trotski, con un odio tal, que nos dejó asombrados. Por primera vez leíamos los epítetos de "traidores", de "bandos", de "contrarrevolucionarios", de "mencheviques", etc. Nos relataban un cuento horrible sobre una supuesta "imprenta clandestina" creada por

[illegible]

[illegible] que publiquen ustedes tales noticias para que las lean los extranjeros. Si son ustedes [illegible]

[illegible]

[illegible] de la tarde. (Se [illegible] general)

[illegible]

[illegible]

[illegible]

kilométricas y el incienso de la *Internacional*, que me abrumaban literalmente.

Siempre he sentido una profunda adversión hacia la parada, cualquiera que sea. Y durante aquellos días de fiesta no asistimos a otra cosa. Y si los primeros días pudo impresionarme, al cabo de una semana estaba ya fatigado. Fábrica tras fábrica, museo tras museo, hospital tras hospital, escuela tras escuela, banquete tras banquete. Y, por todas partes, los mismos interminables discursos. Y en no pocas circunstancias —recepciones, congresos, conferencias—, cada orador era saludado, al final, con la misma música, que todo el auditorio tenía que escuchar de pie. La primera vez me sentí agradecido por la atención. Aquello era sencillamente grandioso. A la segunda vez, ya no sentí nada. Había perdido la ingenua emoción hay que sentir. A la tercera vez ya no pude más, y me aburrí.

Los bolcheviques poseen, respecto de los occidentales, la superioridad de convertir en espectáculo en cosas banales lo que constituye la grandeza de la vida.

Hubo otro aspecto de la parada que contribuyó, sin duda, a alejarme. Observé que por todas partes a donde nos llevaban, los comités de recepción estaban compuestos generalmente, de personas inoportables. Mientras los unos os complacían con su franqueza, su simplicidad y su pureza, los otros tracionaban su falsedad y su arrivismo.

Más de una vez me he encontrado ante verdaderas asambleas, a las que la gente oficial no había dejado penetrar más que a esta canalla llena de sanas intenciones y que manifestaban un entusiasmo de amigos. Sus declaraciones de amor me ponían enfermo. Y era menester, de mejor o peor talante, contestarles en el tono empleado por ellos.

Empecé a esquivar de la compañía de mi equipo y de su "comandante". Prefería vagabundear solo o con un acompañante simpático. La calle, con su muchedumbre, llevando un pan bajo el brazo, con el rostro natural, franca la mirada, la conversación sincera, me reconfortaba. Después me encerré en mi habitación, a donde venía no

[illegible] serie de cosas, sin dar ab[illegible]
[illegible] Había dado, así, el prim[illegible]
[illegible]

—No le hemos molestado a usted para que se encie[illegible]
[illegible] ni para que se aísle de su grupo. Le pi[illegible]
[illegible], como todo el mundo

—No tengo n[illegible] Se "todo el mundo" [illegible]
[illegible] Considéreme como a un ciudada[illegible]
[illegible] "invitado". Dispongo de medios para vivir.

Los [illegible] del Estado, en efecto, [illegible] que le
para un contrato excediendo la cantidad [illegible]
un anticipo de mil rublos. Tenía mil [illegible] en el b[illegible]
[illegible] Además, mis ocho libros se vendían por [illegible]
[illegible] de ejemplares. La película realizada [illegible]
[illegible] sin consultarme, por Vanilkov, consti[illegible]
[illegible] fortuna, que no se me había ocurrido [illegible]
podía vivir muy bien sin necesidad de la protección del

Pero tenía que aguantarme todavía por espacio de [illegible]
[illegible] Organizamos expediciones [illegible] al Cáucaso
Mar[illegible]-Ucrania, Georgia, el Mar Negro... Me invitaban
formar parte en una de ellas, en compañía de [illegible]
delegados más, y siempre a costa de la burguesía pa[illegible]
cera.

En la estación nos esperaba un vagón especial, del mi[illegible]
me disponía separarme más que al final del recorrido en
de los "comunistas", que debían servirnos de gu[illegible]
recorrían todo Moscú a fin de reunir, a la salida [illegible]
de salida, a todos los pluralistas.

¿Creéis que no había motivos para ponerse a gr[illegible]
ción al comunismo? ¡Qué Dios nos guarde de encontrar todos en la misma lotería! Nos habíamos colocado como se colocaban los ladrones en la feria

Un compañero de ruta

Nada quiero decir de este primer viaje a la Transcaucasia, pues temiendo que hacerlo de nuevo un año más tarde, y de manera extraoficial, hablaré de él entonces. Pero le debo uno de los más bellos encuentros de mi vida, y al explicarte, lector, en qué consistió ese encuentro, haré una nueva digresión, pero te demostraré, si acaso eres misántropo, que la vida vale la pena de ser vivida, aun cuando haya instantes en que te obligue a chillar como si te hubiera picado una víbora.

Mi historia no tiene mucho que ver con Rusia: pero, de todas formas, se me ocurrió de no haber hecho más que tantear, explorar el terreno. Sí, mis lectores ocultos del lápiz rojo y con un corazón lleno de todo respeto, sí: a mí me gusta explorar el terreno. Tratan de explorarlo también ustedes, con su cautela habitual como una hembra blanda: al primer contacto con la hembra en fuego de que terreno, se quemarán ustedes el culo. Pero los cuerpos preferidos de mi fantasía los ha creado el diablo con un incensa y pensada cola y los ha fecundado Dios con un ardiente cimiento. Todo llega profundamente, menos la lenta muerta de vuestros pensamientos de cumenos.

Pero, entre este todo, es el amor al hombre, la pasión por el amigo, lo que crece allá abajo, como un árbol, cuya copa rozará los astros, y cuyas raíces se hundirán en el fuego de la tierra.

Hombre con el rostro llameante de deseos... surcado por las angustias... pletórico de generosidad... Hombre que surgiste en mi camino con tu existencia milenaria: yo no soy más que un infiel, pero cuando tomo tu rostro entre mis manos y lo contemplo, hasta tal punto bebo tu fuerza, que puedes volver después a tu valiente soledad y pensar en nuestro encuentro durante toda tu vida. Pues en ese minuto te he vaciado como tú mismo me has vaciado. Me

[illegible] Para mí, no. A menudo [illegible] absurda como una [illegible]

[illegible] la [illegible] de [illegible] [illegible] [illegible]

los cefalonitas son los hombres de Grecia a quienes más quiero. Son superiores en raza a los demás.

Y me describió a aquellos hombres de raza, mientras caminábamos: los de Grecia, y los de toda la tierra. Parecíase todo aquello como se vean una sarilla del bebedizo cuando éste está lleno.

—¡Qué lástima!—le dije—. Tenemos que separarnos dentro de un par de días.

—Se estremeció, y esto me gustó

—¿Adónde vas?

—A Transilvania

—Yo también voy, como tú

Y partimos.

En el vagón-bar-fumadero, tendidos los dos en los asientos del mismo compartimento, los viajeros amigos nos hundíamos en la noche, pródiga de nuevas sensaciones. Transcurrían las horas de marcha vertiginosa. Parábamos en las estaciones para alimentar a la bestia de hierro, aquí o allá, a fin de barrarla o de engrasarla.

El centauro estaba empapándose de lluvia, nieve, tempestad, sudor. No hablaba con nadie. No preguntaba a ninguna circunstancia, a pesar de las novedades. Iba entregándose a las visitas a las fábricas e industrias. A cada momento se encendía para encender los cigarros, las nuevas inspiraciones, la calle. Pero lo que más ardientemente buscaba era el documento humano, el héroe. ¡Con qué ímpetu se arrojaba sobre todas las ficciones, para descubrir, a veces, una radiante realidad! Jamás he encontrado un hombre dotado de mayor sed de pureza y de heroísmo que él.

Nacido de un campesino cretense, con pocos de bronce y con la caja de caudales llena de libros extranjeros, bañóse abrevado de toda la sabiduría antigua, de toda la ciencia moderna, y después se había separado de su padre, de su clase, de la propia ser-atez para adherirse al bolchevismo, en sus comienzos entonces, y todavía heroico.

—Es el porvenir del mundo—me decía— El bolche-

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

El comisario era uno de esos hombres de almacenada cólera que sufre una idea de pánico a una mujer. Se equivocó. Aquella mujer, que le creía presta a huir, se había quedado. Se quedaba en silencio, inmóvil. Para esa mujer [illegible] y se esperaba [illegible] de todo un discurso y se esperaba una bofetada.

Y la bofetada esperada de cada una [illegible] humillada [illegible] hombre alegre a carcajadas [illegible] a una de esas mujeres [illegible] y [illegible] que [illegible] en el pueblo vecino de los pobladores salvajes, indómitos.

—Te estimaba—se decía—. Pensaba en [illegible] más nueva como entre el [illegible], con cuanto [illegible] de mi clase a prender la humanidad le dieron con [illegible]. No valiera si no muy poco [illegible] que pensaba; pero la pensaba toda, hasta la [illegible], y en la soledad que nuestra cuerpo siente [illegible] Rompe la barrera de las [illegible].

Inmediatamente después de terminada la guerra civil, una alborozada delegación de dorados visitó al comisario del pueblo en la Inmaculada:

—¡Hola!—dijo éste—. ¡Habéis conquistado vuestra libertad! Contadme todo lo que habéis hecho.

—Tovarich Lunatcharski—exclamó el jefe de la delegación—: hemos conquistado mucho valor. Hemos hecho de mis chicos a prender la humanidad le dieron con [illegible]. No valiera si no muy poco [illegible] que pensaba; pero la pensaba toda, hasta la [illegible], y en la soledad que nuestra cuerpo siente [illegible] Rompe la barrera de las [illegible].

—Sustituir a un jefe con un brujo no constituye un gran progreso—replicó el comisario—, pero habéis hecho lo que os ha dado la gana. Y la libertad es eso. Lo demás ya vendrá después, y a vuestro pesar.

En Alemania

A través del viaje al Cáucaso [illegible] un hierro candente [illegible] Pueblos y más pueblos de gris deliruron. recibían a los de [illegible] [illegible] [illegible]

no disponiendo más que de un camino, nada tememos. Para probarle nuestra franqueza, nos dirigimos ahora a Grecia, donde gritaremos nuestro entusiasmo por todo cuanto hemos visto en la U. R. S. S. Después volveremos, a fin de vivir y aprender a luchar.

Esta carta, que certificamos, está esperando todavía por la respuesta de Stalin. Y si ustedes me dicen que soy un imbécil, les replicaré que Stalin es, efectivamente, Stalin; es decir: un hombre que necesita algo más de lo que nosotros le ofrecíamos.

Pero que sepa, sin embargo, que jamás hubo dos hombres que le hicieran olvidar la de sus vidas de una manera más desinteresada.

¡Ay, pobre creyente mío! Lo que necesitas los poderosos no son leones, sino perros. Sólo un dios humano, necesitas héroes, y los encontrarás a millares y millares que resurgirán de sus propias cenizas y te salvarán. ¡Y también dioses vencidos! Vencerás, a pesar de los envenenados y de sus perros, pues la humanidad puede vivir sin pan y sin fuego, pero no puede vivir sin ti, hombre libre, sin ti, sin la vida y calor de nuestra alma. He aquí tus pies ensangrentados, tus manos que han tocado en vano las pezuñas de tus verdugos, y estoy dispuesto a sacrificar la parcela que me han donado, a costa del sacrificio de mi vida.

¡Carnaza gobernante!

Pero, de momento, dejemos a un lado el veneno. Todavía me encuentro en Odessa, abrasado por la más terrible de las llamas. Beso a todo el mundo, y a la brisa que me flagela el rostro. Sin ropa de abrigo, sólo con mi gabán de todo tiempo, a pesar de mis tres mil rublos. El cocinero se ve obligado a dejarme su forro de pieles. Y corremos en trineo por las calles transformadas en pistas de patinar; corremos durante todo el día, de institución en institución, pues llegamos la víspera del día de nuestra salida, y no disponemos de asientos en el tren, ni de dinero cambiado. Obtenemos los asientos; pero cuando tratamos de cambiar todo nuestro dinero, nos mandan a paseo. Y está muy bien,

sin duda, que resulta a [illegible] a todos aquellos que quieren explotar sus ruinas, pero quizá fuera más prudente no incluirlo a [illegible] en aquellos que no saben llevar a cabo las mismas gestiones.

Tratamos de hacer intervenir, por telégrafo, a la Comisión de [illegible] de Odessa. Sin embargo, antes de comprarnos un [illegible] con que dejarnos [illegible] la respuesta no llega, y salimos con lo que el Banco concede, con arreglo a la ley, a todo el mundo: [illegible] por persona. El resto lo dejamos en el Banco de Odessa.

¿Qué importa? Dinero no falta en parte alguna. Se le ofrece a uno incluso allí donde no [illegible] [illegible] vigue. Y Grecia, que es [illegible] mar, también por sus derechos de autor, para no hablar de [illegible] tedes a figurarse que yo podía ser a la vez bolchevique y fascista, cuando [illegible] a los comunistas presos y los [illegible] sería poco a poco y cuando hay una conferencia que pronuncia mi [illegible]. No deben creer esto ustedes, que me creen ya rendido a los Soviets.

¡Señor, qué destino el mío!

En el activo de mi vida habría que inscribir, aquí una de las páginas más grotescas.

¿Grecia? Un pueblo valiente como todos los pueblos, más generoso y más avaro, a la vez, que todos los demás, según lo que exijáis de él. Yo no venía a pedirle nada. Nada más que volverlo a ver después de quince años, conocer sus nuevas leyes, y decirle, respecto a los recuerdos, mi pensamiento. ¿O es que ya no hay medio de decir lo que uno piensa en nuestros tiempos?

No. No se puede.

Para empezar, casi toda la prensa de Atenas vino a saludarme, como no lo había hecho nunca, ni siquiera a Moscú. Yo saludé, a mi vez, a la patria de mi padre y a sus presos, a sus desterrados, sus sufrimientos. Las [illegible] mis dulces saludos del Año Nuevo griego; saludos a que

respondieron los saludables con una avalancha de telegramas y de cartas en que se me invitaba a hablar.

Me dirigí, ante todo, al *Eleftheros Logos*, el primer periódico de Grecia. Su director me declaró su hostilidad. Me consideraba un mercenario, comprado en Madrid. Me gritaba los gritos más feos, a condición de que en ellos se me permitiera gritar. *Vima* me lo consintió todo, si bien poniendo la sordina a mis gritos. Alianza barcarola. Su redactor, el mismísimo de este órgano, después de los automóviles bolcheviques, que pasó por los más bellos alrededores de Atenas, y después volvió a dejarme en mi hotel, desde el cual, desde el día siguiente, de los más feroces ataques.

Jamás me vi tan injuriado como lo fui entonces. No encontré virgen por delante, o casi virgen, que no defloremos. El órgano oficioso del Gobierno, *Laós*, llega a tratarme en un editorial de *pseudo*, que quiere decir impostor puesto. Cualquiera que no lo soy, ni *pseudo* ni nada, me quedaba a dar crédito a lo que leían mis ojos, no obstante mi conocimiento de los matices latinos, y de los matices griegos, sobre todo, en un idioma en el que las mejores familias se arrojaban la palabra *pseudo* a la cara, ante las barbas de sus padres, como unas *fantasías*.

Después de la prensa, llegaron las injurias al Parlamento. Y entonces, para demostrarme que toda Grecia se estaba contra mí, el ministro de Agricultura, Papanastasiu, me defendió desde la tribuna, con el prefacio de Romain Rolland en la mano, y vino después a invitarme a una velada íntima, organizada en mi honor.

¡Nunca lo hiciera! Esto, y, por añadidura, un rencor político, hicieron que el bueno del hombre perdiera su cartera.

Yo seguía con la mía, a pesar de que no había quien la quisiera. Y llegó la conferencia de la Alhambra, que a poco más degenera en batalla callejera. Una visita a los bolcheviques presos que clamaron su fe en las luchas del proletariado, y otra a *Sotiria*, casa de los muertos que no conoció Dostoievski, fueron como aceite arrojado al fuego. Abrióse una instrucción judicial contra mí, contra el ciclostil y

Regreso a la Patria del proletariado

El [illegible] de la Grecia [illegible] lo de mí mismo los [illegible] [illegible] en igual [illegible] [illegible] la [illegible] del mundo que trabaja y que sufre. [illegible] a su [illegible] con la resolución de quedarme allí. Y,

para mayor limpieza moral, me traje a mi compañera, que posee un carácter de una sola pieza. Mejor que yo y mucho más reflexiva, aun cuando sea mucho más joven, me servirá de gran ayuda en mis momentos de debilidad, de cólera o de incomprensión.

Ahora somos dos para ver y sentir, en espera de que el cretense y su mujer se unan a nosotros y constituyamos un bloque de cuatro conciencias al servicio del mundo libre.

Desembarcamos en Odessa, con un frío que pela los piedras, vestidos con una ropa imposible en tal país, y que nos obliga a atrincherarnos en nuestra habitación del hotel. Los periodistas, los fotógrafos, los operadores cinematográficos salen a mi encuentro, advertidos por el agregado de T. S. H. del "Chidherna", que anuncia a la U. R. S. S. mi expulsión de Grecia. Sepan, por desgracia, afortunadamente, que han terminado los festejos. Las calles ya no están empavesadas; la iluminación de los escaparates es menos fastuosa; ha disminuido el ir y venir de la gente. De esta vez me encuentro en la patria auténtica de todos los días, que es la que nosotros queremos, la que necesitamos.

Pero, por vez primera, tengo que preguntar cuánto. Me entero del valor del rublo: medio dólar. La habitación, apenas habitable con una mujer—no hay agua caliente ni la mejor jofaina—, cuesta de cinco a siete rublos diarios, sin contar el impuesto. Una comida para dos, en el hotel, de cuatro a cinco rublos. Al cabo de una modesta semana, me he gastado ciento cincuenta rublos, comprendiendo todos los gastos. Llevamos una vida de *nefmen*. (Como quiera que yo no lo soy, solicito la reducción que se concede a los inmigrados políticos, entre los cuales creía encontrarme. La pido suavemente, pues me horrorizan los regímenes de favor, y me entero de que hay que llenar mil formalidades, llevar a cabo las más aburridísimas gestiones, exponerme a tropezar con una negativa o, en el mejor de los casos, no llegar a obtener más que una reducción del 6 por 100. Renuncio a toda gestión. Ya que no me es posible vivir como inmigrado, viviré como *nefmen*,

para mayor limpieza moral, me traje a mi compañera, que posee un carácter de una sola pieza. Mejor que yo y mucho más reflexiva, aun cuando sea mucho mas joven, me servirá de gran ayuda en mis momentos de debilidad, de cólera o de incomprensión.

Ahora somos dos para ver y sentir, en espera de que el cretense y su mujer se unan a nosotros y constituyamos un bloque de cuatro conciencias al servicio del mismo ideal.

Desembarcamos en Odessa, con un frío que partía las piedras, vestidos con una ropa imposible en tal país, y que nos obliga a atrincherarnos en nuestra habitación del hotel. Los periodistas, los fotógrafos, los operadores cinematográficos salen a su encuentro, advertidos por el aparato de T. S. H. del "Chodorow", que anuncia a la U. R. S. S. mi expulsión de Grecia. Suerte por demás, afortunadamente, que han terminado los festejos. Las calles ya no están engalanadas; la ausencia de los escaparates es menos fastuosa; ha desaparecido el ir y venir de la gente. De esta vez me encuentro en la paz de una vida de todos los días, que es la que nosotros queremos, la que necesitamos.

Pero, por vez primera, tengo que pagarlo todo. Me entero del valor del rublo: medio dólar. La habitación, apenas habitable con una mujer—no hay agua caliente ni la mejor jofaina—, cuesta de cinco a siete rublos diarios, sin contar el impuesto. Una comida para dos, en el hotel, de cuatro a cinco rublos. Al cabo de una modesta semana, me he gastado ciento cincuenta rublos, comprendiendo todos los gastos. Llevamos una vida de *nepmen*. Como quiera que yo no lo soy, solicito la reducción que se concede a los inmigrados políticos, entre los cuales creía encontrarme. La pido suavemente, pues me horrorizan los regímenes de favor, y me entero de que hay que llenar mil formalidades, llevar a cabo las más aburridísimas gestiones, exponerme a tropezar con una negativa o, en el mejor de los casos, no llegar a obtener más que una reducción del 6 por 100. Renuncio a toda gestión. Ya que no me es posible vivir como inmigrado, viviré como *nepman*,

Aquí—mucho antes de que comience la verdad, como ya no sucederá con [illegible] después, y, en todo caso, cuando ya he salido de Rusia—debo advertir al lector que estos conflictos internos y su fealdad, como [illegible] cales con toda su crueldad, esta degradación moral, [illegible] ca en el mundo, de grandes cajas [illegible], constituyen la única documentación que me interesa. La única que recorré a fondo y que traigo conmigo de la U. R. S. S. Ella constituye la base del crimen que son los fundamentos de nuestra de progreso social. Quisiera a mi vez, ser la espada de Damocles, la esfinge del monstruoso engendro o el cerebro *blasé*, pleno del legislador, que al pretender llenarse a transformar el orden humano, a fin de darle un rostro menos abyecto que el que presenta hoy, [illegible] cha milenaria en favor de un bienestar individual, en detrimento del bienestar de la comunidad

Ahora bien, cuando se [illegible] can en el [illegible] fangoso fondo del alma humana tales bajos reflujos, que hacen retroceder a la [illegible] odioso contienen nuestros instintos, no se hace [illegible] que afear todavía más su rostro. La mentira, la [illegible] sía, la delación, el asesinato, se convierten, desde este

[illegible]

[illegible]

[illegible]

A través de ciudades y pueblos, estepas y mares, montes y ríos

tión, cuatro permisos para recorrer libremente toda la U. R. S. S., por tierra y por mar. En la mayor parte de las Repúblicas, los más hermosos "autos" del gobernador o de las instituciones oficiales valían en busca de nuestro grupo de cuatro peregrinos y nos hacían rodar durante millares de kilómetros. Fueron puestos a nuestra disposición, para conducirnos a los lejanos países, dellas y ríos, canoas automóviles, e incluso las bicicletas. En el Cáucaso, montados a caballo y rodeados por seis caballeros, visitamos el castillo en ruinas de la reina Tamara y las cavernas de trogloditas de Vardzia. En la Moldavia soviética, en Beltzi, algunos viejos amigos, antiguos comisarios del pueblo, salieron a recibirnos al tren, con hogazas y sal en la cabeza, según la tradicional hospitalidad vista ante la cual dominé personalmente mi hipersensible horror de la bestia humana cuando se exhibe demasiado en favor de mí. Me concedieron algunos títulos honoríficos. Y el hecho capital, en fin, es que he sido cobijado por millares de hombres, entre Murmansk y Erevan, entre el Dniestr y el Volga. He estimado a un gran número de entre ellos. Y a todos he jurado servirles.

¡Cómo quisiera volver a ese día en que mi madre me trajo al mundo, cuando una imposible política, dotada de una incomprensible doctrina, me separan ahora de aquello que constituye el eje de mi fe y me cubre el rostro con el velo de la apostasía, que, aun cuando no sea más que aparente, no por eso me hace menos miserable!

Malditos seáis, políticos y dogmas que cometéis tales crímenes, que ponéis frente a frente a hombres que tienen las mismas creencias, que sembráis el odio en el corazón de los hermanos humanos, que hacéis desconocido el rostro del amigo y hacéis fracasar unas obras que jamás serán creadas por otros hombres ni en otros tiempos. ¡Malditos seáis, políticos y dogmas!

Y ahora emprendamos, corriendo, perdiéndolo todo en el camino, pero cronológicamente, nuestro inverosímil viaje:

Odessa

—Me hubiera muerto como un bolchevik, si no llego a pasar por aquí los bolcheviques—exclama con horror.

Es un intelectual exquisito, que se apasiona por la arquitectura, la pintura y los libros raros. Se pasa la vida de la manera más contraria a sus aficiones, combatiendo a los bolcheviques ahorcan sacerdotes a los nuevos libros y otras tonterías.

A él le debo cuanto sé de más elogioso para el activo del comunismo ucraniano.

Y a un obrero rumano debo el horrible relato del asesinato, por los tropas blancas, de la maestra francesa Jeanne Labourbe, entre otros mil, de que el proletariado y los maestros franceses deben exigir cuenta un día a los imperialistas de su país.

pero en Odessa entró por primera vez en la casa de un director comunista puesto al frente de una gran empresa del Estado, visita que me produjo extraña impresión. Es el primer ejemplar de un nuevo tipo, la pareja burguesa, revestida a toda su pavura. Llega de cenar fuera. Va cargada de pertrechos, y su estado es un resultado elocuente que no cabe en el de pocos ante la abundancia de que la saben en carnes de comunista.

Abandono Odessa, dejando tras el vacío, que me deshace entrañas y me recomienda un cerco negro en Crimea.

Crimea

Llegamos a Crimea en barco y bajo tempestades de nieve. Se encuentra a bordo un equipo de cineastas, que me reconocen en seguida. Entusiastas, profesan de la Idea entrega a ella con frenesí, y encuentro en ellos compañeros. Se trata de jóvenes que han hecho la guerra civil y que me refieren hazañas increíbles e inimaginables. Me parecen locos de atar, capaces, valientes y fieles de corazón. Como quiera que llevo cubierta una carta de recomendación, en cuanto llegamos a Yalta, cubierta de nieve, me conducen directamente a la antigua *Kustfabrik de Vanflen*, donde los habitantes se apretujan en poco y me reservan una pequeña habitación. Está adornada con algunas chucherías, procedentes del palacio de Livadia, y que, según parece, son producto de las compras mismas de la emperatriz de "todas las Rusias". Esto basta para hacérmelas odiosas, a pesar de su destrozo.

En Yalta tropezamos con nuestra primera personificación bolchevique, fanática, que fué para nosotros un amigo tierno, sentimental, inteligente. Es Mucha Pugatchov, guardián responsable de esta fábrica abandonada. Mucha es un hombre puro, sincero, todo un corazón. Al principio, y sin sabiendo, lleno de admiración, quién es el huésped de toda confianza a quien recibe, su deber le impone una reserva cortés, reserva que habrá de transformarse, algunos días

[illegible]

[illegible] de la cual me acordaré siempre. [illegible] en [illegible] en tres, inclusive, ya [illegible] en dos [illegible] en tres, inclusive, ya que mi conocimiento de esta lengua tanto como yo mismo. En la [illegible] pronunciación correcta, [illegible] empero. Después de [illegible] mente, no cesaré [illegible] extranjeros, y aunque [illegible] acaso mis parientes a hablar el ruso, lo [illegible] jamás [illegible] que los pequeños.

A pesar de la vasta [illegible] que [illegible] a entenderme hablan en las [illegible] [illegible] cerca de la costa, empezaban [illegible] que [illegible] entre sí [illegible] [illegible] a [illegible] entonces en [illegible] este [illegible] [illegible] [illegible]

Toda esta dicha para la salud y para los ojos se encuentra hoy en manos del pueblo.

Bien es verdad que los más astutos se quedan con la parte del león. Todas esas *dom-otdykha* (casas de reposo) no siempre están ocupadas por aquellos que más las necesitan. Los funcionarios, que saben distribuirse los días de descanso y reparten las pensiones, se reservan de vez en cuando las mejores. Pero, ¿no se dice que la justicia perfecta no es de este mundo?

No importa. Yo deseo que la clase obrera francesa convierta la Costa Azul en lo que la clase obrera soviética ha convertido la Crimea y el Cáucaso. Aunque de una manera imperfecta, incluso cometiendo injusticias, las cosas serían infinitamente mejor que ahora.

A pesar de todo.

Ucrania

A fines de abril, después de [illegible] en Crimea que me había encargado *l'oufkom*, abandonamos la Crimea y subimos hacia el Norte. La separación de Malva nos es verdaderamente dolorosa. Hemos vivido durante un mes, como buenos hermanos. El mercado y la comida de cada día en común, las conversaciones instructivas, los lugares que hemos visitado juntos, los proyectos para el porvenir, nos habían unido el uno al otro más que si hubiéramos pertenecido a la misma familia.

Pero mi destino es así: en todas partes y en ninguna parte; con el mundo entero y con nadie.

Llegamos a Kiev en vísperas del 1.º de mayo. Kiev es una de las ciudades más bellas de toda la Unión. Hombres y mujeres forman una raza superior, artista de alma, laboriosa, limpia, un poco orgullosa de más, y excesivamente nacionalista. Abundan los *nepmans* y las prostitutas. Estas, muchas veces, son jovencitas de catorce o quince años.

Quiero a Ucrania, que es la región más próxima a mi Rumania, y es una verdadera lástima que no pueda decirle todo el bien que pienso de su hogar revolucionario (no pue-

[illegible] pero [illegible] nacional, que se [illegible] Kurbas. Los [illegible] y aplaudían al [illegible] plenarios.

El Kim-Vanfhan, que acaba de [illegible] cuales más modernos del mundo, me parece que [illegible] que realiza. Mi entusiasmo, por el que me [illegible] y otro que consigue en cabeza de [illegible] por el cual nos dieron la misma [illegible] de ver de cerca lo que sucede en esa [illegible] bates y un gran desaliento. Hay [illegible] pagados y que no se realizan. Todos [illegible] de las cosas, de artistas y de [illegible] cooperativas y a los obreros.

¿A qué se empeña en [illegible] Por qué, en provecho de [illegible] que estos artistas parisinos, cuando el mundo entero de [illegible] la cumbia y demuestra?

¿Qué empeño en esto de seguir el ejemplo de una civilización que se opone a la vida?

Moscú

Me encuentro con una capital tranquila. Se acabaron los banquetes. Se acabaron, también, los cocktails de lujo que movilizaban autobuses enteros. En las cooperativas de consumo no se ve ya el lujo de [illegible] en chocolate, entre dos pellas de manteca. Siguen celebrándose congresos, conferencias, y pronunciándose discursos, pero sólo para los oídos de la galería interior. La [illegible] cional descansa.

Desde el Hotel Passage, donde alquilamos una habitación, me cuesta mucho trabajo obtener comunicación con algunas de las personas conocidas durante el anverano. Rakovski ha sido desterrado a Astrakán. Trotski está en Alma-Ata. En el "Petit-Parisien", entusiasta lugar de reunión de todos aquellos que desean el bien de la revolución, pero sin tener los ojos tajados, Pedro Pascal sonríe tiernamente, habla mucho y no dice nada. Me entero, por fin, de que en casa de Pascal me tienen por "semiburgués", y que entre la gente oficial se me considera un semigamberrista. Con esto me veo lanzado en un atolondramiento que no deja de gustarme, pues soy aficionado de la broma. ¡Haya paz las hostilidades!

La primera me acerca un golpe que me hace poner el grito en el cielo; mi mejor amigo de Rusia, el publicista francés Victor Serge (Kibalchitch), está detenido en Leningrado desde hace un mes. ¡Lo que es eso, no me lo trago sin protestar!

Había conocido a Victor Serge durante los festejos, en noviembre de 1927, cuando nos hicieron visitar Leningrado oficialmente. Habiendo leído algunos de sus escritos, fui a verle a su casa, Jelialova, 19, donde le encontré en medio de una numerosa y honrada familia de trabajadores, sus suegros, sus cuñados, su mujer y su hijo, nueve personas en total, toda una colonia, todos valientes, y expresándose en francés.

Desde el primer momento siento que me encuentro en el seno de una de esas honradas familias judías que tanto he frecuentado y querido en mi vida. Además, esta familia se compone por entero de revolucionarios que han prestado grandes servicios a la obra soviética y que han sufrido mucho por la idea. Todavía parecen luchar de una manera bastante dura, pues les veo en torno a una mesa en la cual el caviar brilla por su ausencia.

Yo sabía que Victor era un oposicionista. Tanto mejor. También los oposicionistas tienen derecho a la vida. Sería una verdadera desgracia que no los hubiera, sobre todo aquí, donde hay tantas cosas que se hacen mal y que son

dignas de crítica. Y hasta, en mi [illegible] que su situación [illegible] adivinar en él al verdadero revolucionario, al partidario [illegible] volucionario, a quien he [illegible] inmediatamente nos sentimos unidos por una amistad que [illegible] ha de atravesar por todo género de pruebas, [illegible] cuyas [illegible] en el molde, en el horrible asunto Rusakov ([illegible] que encontrara en mí un [illegible] impotente.

Aquí no existimos más que al preludio. [illegible] Víctor Serge, en abril de 1928, terminaba [illegible] París. En el 9 de mayo. Para salir de la cárcel a Víctor Serge, para evitarle que en cualquier momento [illegible] en manos de la Ogpeú, a un amigo, el cual me contesta que soy un pelmazo. ¡Claro es preciso publicar un artículo en París, un panfleto! Si no se hace, el que el régimen. ¡Y para salvar a un hombre, nada!

Me siento como una fiera en su jaula. Doy vueltas en mi cuarto al siguiente dilema: o Víctor ha cometido un crimen, en cuyo caso debe ser castigado, o es inocente, y se le debe, por consiguiente, una reparación. ¿Cómo determinar de la verdad? Me respondo que nadie en cuyas manos [illegible] es culpable o inocente, para no ser dan las razones que [illegible] ha habido para detener a alguien. Pienso. Como esto por una calumnia. Sin embargo, me digo que si la verdad es tal como me la pintan, me marcho inmediatamente de Rusia, vuelvo a Francia, y promuevo un escándalo de todos los dobles. En este momento, tengo una confianza absoluta en la moralidad de los Soviets. Los creo incapaces de cometer una iniquidad consciente, y, si me engañan, estoy dispuesto a gritarlo por encima de los tejados.

En primer lugar, corro a la Guepeú. Converso allí a un hombre que tiene todos los hilos en sus manos, que me estima, y a quien estimo. Le digo la gran amistad que me une a Víctor, y mi fe en su integridad moral.

Me escuchan con todo género de atenciones, y, por

días después, ponen a Víctor en libertad. Me siento lleno de júbilo. ¿Lo ven ustedes? Se equivocaban de medio a medio. Las dolorosas sonrisas me ahorran una respuesta que los acontecimientos habían de darme más tarde, apalastándome, toda vez que el imbécil era yo.

Pero, de momento, me creo más que nunca un hombre capaz de hacer mucho bien. ¿No la sabía cifra mi voz por la insituación más temible de la Rusia bolchevista? ¿Qué más necesito para ser un bienhechor? Determinaciones, pues, un poco, y cultivemos estas relaciones, preciosas entre todas.

Bekowo

Visito los alrededores de Moscú, y alquilo tres habitaciones de una *datcha* (casa de campo), a unos cuarenta kilómetros de Moscú, en la línea de Kazán. Me encuentro en el hermoso Bekowo, por tres meses: mayo, junio y julio.

¡Cuántas cosas he aprendido! ¡Cuántas cosas tengo que decir! Pero todo ha quedado muerto y bien enterrado, a no ser que el diablo me conceda los días suficientes para volver a la tarea.

En Bekowo nos encontramos en pleno bosque. Lleno de ruiseñores y de mosquitos. Aire, frescor, soledad: es un rincón pintoresco. Las *datchas* se alquilan sin parar. Y los campesinos hacen malévolas reflexiones a cuenta de los judíos, que son los únicos que pueden alquilar a cualquier precio.

—¿Por qué son esos judíos los que se dalan *antes* mejor vida, y los que *ahora* siguen dándosela también?

¿Acaso lo sé yo? Además, ahora no creo ya en el *judío*, sino en el *hombre*. Por otra parte, ni sé una sola palabra de su buena vida de antaño, ni de la de hoy. En cambio, observo que hay campesinos envidiosos, llenos de odio, que construyen *datchas* en torno nuestro, y que se hacen pagar trescientos rublos por dos o tres habitaciones vacías, o, si tienen un pobre lecho, tres mil seiscientos francos por todo

—Nada que lo exagere.

Murmansk

yo

el [illegible] Y si el judío [illegible] ¡por el Sol, ¿[illegible]

[illegible] tu [illegible]?

Nuestra patrona es de las más amables. Nos habla en ruso de una manera tan inteligente y nos escucha con tal [illegible] que llegamos a entendernos a [illegible] Tan amable que nos admite con [illegible] Nos cuenta [illegible] de la familia, pues la polaca [illegible] la ocasión de hacerse con las carreras más fáciles.

—¿No tiene usted un piano, por casualidad?

—Sí, pero se encuentra a [illegible] de aquí.

—Mucho que lo trasgo.

Nos ponemos de acuerdo sobre el precio y la [illegible] escribe a su marido. Este llega un buen día con el [illegible] Ha sufrido lo indecible para traerlo hasta aquí, por caminos imposibles. Trae en [illegible] de sus hermanos [illegible] Nos preguntamos por cuántos grados de harina han [illegible] adquirirlo, dentro la sartén [illegible] en aquella época en que, según se dice, el emperador regía "por la gracia" un palmito del [illegible] que le podía un vaso de agua.

¡Excelente [illegible]! Nada en cuanto de sufrido [illegible] gota de sangre por el progreso de este mundo, hagan a mejor suerte!

Murmansk

Hacia mediados de julio, empezaba a creer [illegible] sobre la moralidad del régimen soviético, pero indudablemente se trata más que de dudas. Cuando me encuentro con los unos, los documentos, los otros tan ligeros en sus críticas, que me arrancan gritos de indignación; y cuando paso la velada con los otros, con la gente oficial, me oponen tales argumentos, que casi siento ganas de pedirles perdón por haber sospechado de ellos. Y decido no moverme. Seguir al paso de Rusia.

En esto recibimos nuestros pases para recorrer Rusia y nos largamos hacia el Océano Glacial del Norte. Va [illegible] gado el cretense. Nos acompaña un camarada [illegible]

se pone también, y en calidad de guía-intérprete, pero a expensas mías. Somos cuatro camaradas, unidos a mi condición, en libertad de subir y de bajar como queramos por toda esa sexta parte del Globo. Pero lo es ésta una razón para renunciar al espíritu de jubilo. Yo no olvido, en efecto, que, si bien no pago el tren-hotel, y si a veces se nos acoge y festeja, es porque antes que yo hubieron llegado a Rusia diez novelas y una película sobre mí, que me han hecho popular en toda la Unión, como no lo soy en Francia, ni incluso en la propia Rumania. ¿Ha llegado el día de pagarnos nuestras cuentas? Sería, ante todo, muy triste. Pero muy favorable, en última instancia, para mí.

Nos dirigimos directamente hacia el norte, con una escala en Leningrado. El paso por Carelia me impresiona profundamente, con sus mil kilómetros ininterrumpidos de bosque y sus innumerables lagos desiertos. Este ferrocarril, construido durante la guerra, ha costado la vida a millares de prisioneros, víctimas del tifus y del cansancio. Normandía es el final del mundo civilizado. Nos encontramos en pleno círculo polar. Dunas sinuosas. Una ciudad de barracas. Todo huele a pescado en salazón. Algunas mujeres bebientes, con la cabeza gacha, y andando lentamente, se cruzan con nosotros en grandes terrenos vacíos que no se podría llamar calles.

Un incidente. En cuanto descendemos del tren, un agente de la Guepeú nos contempla un momento; después, haciendo una seña con el dedo, llama a nuestro guía, le interroga y se lo lleva. No muy lejos: frente al ferrocarril, donde se encuentra el puesto. Vemos a través de la ventana, cómo lo registran. Gracias por el pase. ¿Van a detenernos a todos?

No. No hay nada que temer cuando uno es todavía un semioficial. Pero todo llegará. Yo hago votos, incluso, para que llegue. Hay que conocerlo todo. Pero los Soviets quieren ahorrarme esta experiencia, y no conozco las prisiones comunistas más que por haber visitado algunas en calidad de hombre libre.

El camarada guía sale furioso, vejado por esta humilla-

[illegible] Quiere presentar una reclamación ante el Comité I [illegible] entre local. Vamos a dejar nuestras maletas en la [illegible] y subimos inmediatamente en busca del Comité I [illegible] del cual todo era fiebre, y nada sabe, sobre todo, [illegible] desde ayer. Entre un pueblo comunista en Murmansk y [illegible] Todo lo ignora.

Pero aquí está la *Polarnaia Pravda*. Una *Verdad Polar* [illegible]. ¡Bien!—debe ser realmente ¡polar!

Nada de eso. Los periódicos más avanzados viven en los [illegible] Nos enteramos de ello al dar nuestros nombres [illegible] y nuestra condición. El mismo *Polarnaia Pravda* anuncia el [illegible] Mudover el Comité. Son cosas nuestros lectores no [illegible] Spasski.

Visita al Museo polar. Muy interesante y muy moderno. Nada más, en Paris, en qué ignorancia vivimos.

Visita a los grandes talleres de Murmansk. Las instalaciones más modernas. Las oficinas y las oficinas, llenas de impulso y [illegible] en la cuenca polar. Mucho [illegible] laboriosa.

Salimos a una de las excursiones más duras de mi vida: cuatro horas en camión automóvil, en el golfo de Kola, hasta Alejandrovsk, entre dos colinas que claman al cielo un desierto lunar.

Visita al Instituto biológico. Verdaderas maravillas marinas, que os obligan a ruborizaros de vuestra ignorancia. El director es un hombre serio, cajeo: un hombre de ciencia y de fe. En este extremo de la tierra, su cargo no es, precisamente, una canonjía.

Regresamos, por fin, bajo el famoso sol de media noche. Quien no lo ha visto esto, debe venir aunque sea a cosa de cometer un robo.

Kem

Bajamos hacia el Mar Blanco. Queremos visitar las [illegible]bles islas Solovki, donde languidecen los presos políticos. Hay que embarcarse en Kem. Pero no poseemos el permiso especial necesario. Telegrafío a Moscú. En espera de

la respuesta, nos vamos a comer, y nos encontramos de repente en el restaurante más bello y mejor de toda la Unión Soviética. Pertenece a la Guepeú, y está administrado, como debe estarlo cuanto a la Guepeú pertenece: militarmente.

No existe ningún empleo retribuído. Desde el director hasta el que friega la vajilla, e incluso la orquesta, todos son presos y libres. Libres de moverse por Kem. Es una situación preferible a la que han conocido en Solovki. Cada cual pone de su parte lo que puede, y todo marcha como sobre ruedas.

Servicio europeo impecable. Cocina por encima de toda crítica. Y sirvientas ideales: bellas "ex nobles", amables, un poco melancólicas. Tratamos de hacerlas hablar. Imposible. Permanecen mudas.

En el restaurante, los campesinos ricos, con sus familias, dejan cantidades impresionantes.

Pero si se puede comer bien, en Kem no hay medio de dormir ni bien ni mal. No hay nada. Protestamos. Nos instalan en dos habitaciones cuyo único mobiliario se compone de dos camas, cosa que no nos estorba. Pero nos estorban mucho menos las chinches que caen sobre nosotros en cataluata, en cuanto nos tendemos para echar una pequeña siesta. Hasta la vista, queridas. No tardamos en quedar pies en polvorosa. Nos trasladamos al hospital, donde nos encontramos a los cuatro en el cuarto de guardia, dos en una cama y los otros dos en el suelo. Y así pasamos la noche, atronados por los chillidos de una mujer que, en una habitación contigua, no puede dar a luz a su becerro.

Abandonamos Kem al día siguiente, renunciando a Solovki y a la respuesta de Moscú. Esta, afirmativa, llega a los tres días, pero ya no nos encuentra.

R. S. S. A. M.

Abordamos un largo descenso de tres mil kilómetros, que ha de conducirnos hasta las puertas de Odessa, a Tiraspol. Vamos a la R. S. S. A. M., letras cuyo sentido jamás podrían adivinar mis amigos de Rumania. Se trata de la

por lo que no quiere hacer!

Ahora bien: la U. R. S. S. es la única [illegible]

una vieja puerca, a quien el orgullo de un parto a treinta costa le interesa más que la salvación del niño y las condiciones en que debe nacer.

En ninguna parte, en toda la extensión de la Unión, encontraréis, como en Moldavia y en Armenia, hombres más sencillos ni más desinteresados, ni entregados con mayor ímpetu a la obra de embellecimiento social. Una sola idea parece dominar todos los músculos del multimillonario Estado: todos hacen hacia un solo objetivo: alimentar con una vida nueva a todos aquellos que constituyen el número, y sólo a ellos. Escuelas, hospitales, sanatorios, fábricas modernas, fábricas de energía eléctrica, jardines de la infancia, edificios en que guardarlos, *kolkhoz, sovkhoz*: todo nuevo y otros muchos, hasta el extremo de que no reconocerá la misma región al año siguiente a vuestra primera visita. En cada una Repúblicas hubérfanas, los comunistas del poder van a recibir como mendigos y se las arreglan con hombres trabajo a fines de cada mes. De uno al que, para poder acompañarme, tuvo que pedir prestados veinte rublos, a fin de dejárselos a su mujer durante su ausencia. La doctora Catalina Arbore, comisaria de Salud pública de Moldavia, al volver a su condición de simple ciudadana, no encontró medios de subsistencia en Moscú; y eso que no era "trotskista".

¿Dónde se ha visto nunca cosa semejante, si no es en esta tierra?

Y, sin embargo, la obra se ve amenazada por la ficción, por el hundimiento, como en nuestra bella leyenda del monasterio de Argesh, cuyos muros se caían por la noche a medida que los levantaban durante el día. ¿Cuál es el sacrificio que habrá que hacer para acabar con esta desdicha? En la leyenda, bastó con un alma humana. Y el arquitecto, el maestro Manolo, no vaciló en emparedar a su propia esposa, a fin de que triunfara su obra.

¿Qué es lo que tendrán que emparedar los arquitectos comunistas para ver triunfar la suya? ¿No tienen también ellos una esposa, que se llama Doctrina, infinitamente más

El Volga

Nijni-Novgorod-Saloboo

[illegible] en excelentes condiciones. Nuestro [illegible] en duda. Más aún: [illegible] probable suelo de algunos camarotes [illegible] platea imperdible de cuero, otros un [illegible] ridículos el Volga cercado por almenadas [illegible] cumbres, con una temperatura primaveral y [illegible] color fatiga.

Nos encontramos con una novedad que [illegible] fuera, pero que saboreamos con gusto [illegible] *chez, Prenda, Lorenzini, Espléndor, III° Internacional*, y otros muchos más: barcos [illegible] "confort", cuya cocina, así como el servicio y la [illegible] la ejecución del itinerario, no tienen nada que envidiar a los mejores rivales de la Europa occidental. Y no es extraño, incluso, en ningún barco de Europa el esturión, el caviar fresco —y si el cangrejo en la península [illegible] sueltas del Volga— entremeses, platos y postres—, de que nos hartamos hasta reventar con [illegible] Nijni y Astracán.

Un poco caro resulta, a decir verdad, para la bolsa de un proletario; pero el precio está muy por debajo de los que os hacen pagar en cualquier hotelejo un poco lujoso de París. Podéis comer, en primera clase, por cuatro rublos, lo que sólo el Volga puede ofreceros, y beber el *Jereskdali* o el *Naparouli*, que sólo maduran al sol del Cáucaso.

Hemos decidido caer en Nijni de improviso, a lo de ver y de oír, rodando solitarios, por aquí y por allá. Nos va, en efecto, no contamos ya lo que el guía, un con el per-

[illegible] Somos libres. Somos dos pueblos en lucha de la fe. Y contemplamos, durante esta mañana de septiembre de inexplicable, como unas compañeras que nos entristecen. Estas compañeras deben multiplicarse en lo excesivo y deben ser, poco más o menos, lo mismo en todas partes: la mujer del obrero que no es más que obrero, la del empleado que no es más que empleado, o, peor aún: la mujer del trabajador que murmura, no sin razón de conquistadora bajo la dictadura comunista. De ese lado, poco trabajo y mal retribuido, y paro, privaciones, penurias; del otro, favoritismo, privilegios exhibidos, orgías, bebidas, desfalcos, suplantación, peculado... Aquellos que nos hablan, sin comercios, vitrinas exteriores y sin gente, se frotan con nosotros, sinceros, fieles y siempre fieles al régimen, cuyo porvenir tiene que ser su propia obra. Pero sufren, se quejan, y quieren que cambien las cosas.

Necesitamos un poco de paz, una brisa de libertad, una existencia con el trabajo asegurado. Basta de discursos, de paradas y de política vacía. No podemos aguantar más. Pero esto no le importa a nadie más que a nosotros. Y que sepan los extranjeros que nos hablan de nosotros siempre como leones, y mejor aún que hace diez años, pues ya sabemos que lo que pueda venirnos de fuera será peor que todo esto de que nos quejamos.

Es un lenguaje verdadero. Puede entristecernos, pero no por eso deja de reconfortarnos. Y ya no tenemos nada más que aprender, cuando vemos llegar a las personalidades oficiales, enseñándonos sus caras radiantes y pintándonos unos cuadros que ya no son para nosotros más que una decoración, una decoración real de la cual quedará una parte real, pero que no por eso deja de ser una decoración.

Así fué en Nijni-Novgorod y así será en todas partes. Querríamos encontrar la misma expresión en el rostro del camarada Barbusse, con quien nos cruzamos aquí, y con quien nos volveremos a cruzar en Sukhum. Pero se encuentra enfermo, en Nijni, en el hospital, porque viaja en

[illegible]

[illegible]

[illegible]

por eso, la obra comunista más hermosa que puedan realizar los tártaros, será el magnífico Instituto destinado a luchar contra esa terrible enfermedad de los ojos. Después nos llevan a un centenar de verstas de allí, para que veamos al ignorante, al hermano: al campesino fanático, supersticioso, sucio y recalcitrante. Estos no se jactan como los otros, sino que nos dicen sencillamente, abriendo los brazos:

—Ahí tenéis lo que hemos heredado del zar. Tenemos que levantar a ese hombre, pero somos pobres.

No son glotones ni borrachos. El banquete que nos organizan es, por el contrario, frugal. En lugar de discursos, gritos nacidos del corazón.

En el desembarcadero, tanto a la llegada como a la salida, vemos una verdadera muchedumbre, exuberante y tímida. Y, antes de separarnos, nos ofrecen a cada uno un gorro y un par de babuchas tártaras.

¡Ah, honrado Kutui! ¡Fazil Mahmud Nurdin Sultanov! ¿Cuándo volveremos a vernos? Y tú, Tughirov, que me parecías el más sólido de todos, ¿por qué te saltaste la tapa de los sesos? ¿Eras un hombre de fe o un bribón?

Samara

Aquí me ocurrió un incidente que tuvo eco en Francia y que fué amañado de manera tan malévola, que me veo obligado a restablecer los hechos. Reproduzcamos, ante todo, el eco en cuestión, tal como apareció en *Le Temps* del 16 de octubre de 1928:

"*Rusia.*—El comisariado de Instrucción pública continúa revocando a los antiguos altos funcionarios que ocupan diferentes puestos en las administraciones científicas y en los museos.

Han sido revocados ya los señores Gravé, ex miembro del Tribunal de casación; Childlovski, ex gobernador; Minkovitch, ex director del departamento del Interior.

Respecto a los empleos en los museos, se destituye a todos los titulares que, en el pasado, han sido hostiles al bolchevismo.

Un detalle curioso: esta medida parece que ha sido inspirada a los comunistas por el escritor Paul Morand, que, visitando el museo de Samara, hizo la observación de los estudiosos soviéticos sobre el hecho de que en el museo existía una barbacoa colocada de manifiesto de Africa, mientras que no se veía por ninguna parte el hacha de guerra y las guerras cubes."

Ya no les inspiró nada a los comunistas el juicio "humorístico" llamado la atención de los estudiosos soviéticos sobre nada parecido (3): lo he leído una vez y otra la vergüenza que se verá en la tercera parte de este libro; pero ese sólo encontró eco en el dolor humano, y no pudo (¡oh!) adoptar la postura de un sayón, como insinúa *Le Temps* respecto al incidente de Samara.

Esta ciudad, centro que fué del hambre más terrible que sufriera nunca la tierra, no conocería nada que pudiera acercar hacia ella al humorista o al escritor de los salpicadas, fuera de un museo donde debería encontrarse toda la documentación correspondiente a la abnegada que costó la vida a seis millones de seres humanos, durante los años 20 y 21. Y, naturalmente, a nuestra llegada, pedí que nos llevasen a este museo, no dudando de que existiera en un país de imbéciles museómanos.

Nos llevaron, en efecto, al museo, y pasamos de una sala a otra sin ver otra cosa que las curiosidades que suelen amontonarse en cualquier museo de provincias de cualquier país.

—¿*Dónde está su museo del hambre?*

—Aún no lo hemos instalado, camarada. Todavía no tenemos local.

—¡Cómo! ¿Tienen ustedes local para amontonar todas esas cosas, y no lo tienen para instalar lo que sólo ustedes poseen en el mundo? Enséñenos usted los documentos.

—Están encerrados, y la llave la tiene el doctor, que se encuentra ausente.

—Le ruego que vaya en seguida a buscar al director o la llave. Sólo a eso hemos venido.

Salen corriendo. Viene a abrirnos un hombre viejo, con barba. Nos encontramos en presencia de un material hu

mente tal, que nos estremecemos de horror. Las fotografías son imágenes de pesadilla. Las muecas de lo que fue ayer el hombre de "just" en tiempos del hambre, son inverosímiles. Los informes de los antropólogos, que dicen a hacer una excursión a los lugares en que se practicaron estos de antropología, son extraordinarios como ficción. El conjunto habla de una época que sería capaz de inventar. El conjunto habla de una época de suplicios que es indigna de la condición humana.

Pero casi todos estos documentos, excepción en un reducido número, están ya determinados. Y como sobrio algunas pruebas de las fotografías, que contemplo que el museo no posee los clisés.

—Fué un fotógrafo parisiense quien los hizo, pero trabajó en plena labor, contagiado por los bandidismos que fotografiaba.

Los hechos, naturalmente, suceden. Y no me parece mucho sino con desprecio a los pobres diablos que exponen en nuestra protección los procesos de conciencia, para analizarlos de nuevo, durante años y años. Desde hace un cuarto de siglo, un día, más que un museo de policía. Y cuando nos ofrecen el registro, para que *inocentemente* nuestras *expresiones impresionadas*, escribo: *Los conservadores de este museo no son responsables, son contrarrevolucionarios.* Y enumero las razones de mi apreciación.

Aquí, los *periodistas* que nos rodean, recogen la pelota y la arrojan a lo lejos. Lo sucedido más tarde no lo he sabido sino por *Le Temps*, que lo sabe todo y lo dice en buen francés, sin asomos de honestidad. Este órgano, para el cual no he existido nunca, no me descubre como no sea para referir mi expulsión de Grecia y para hablar del terrible *chekista* que me he vuelto en Rusia.

¡Pobres diablos!

Saratov-Pokrovsk

Lo más importante de Saratov consiste en la visita a la República de los alemanes del Volga, cuya capital, Pokrovsk, se encuentra al otro lado del río. Por desgracia, sólo pudimos visitarla de prisa. Pero bueno es mirar a esos hombres para darse cuenta de la diferencia de raza y de costumbres. Aquí, como en la Moldavia soviética y en el Cáucaso, descubrimos el mismo cielo claro, sereno, bueno organizador, inteligente, bajo, bruto para crearse, duro luchador que era, el mujik bermejo pudo. En Rusia podía ver se una cara colorada y próspera, empleada como prenda de civilización en medio de una miserable barbarie.

Idéntica así, de ejemplos concretos alemanes, las encontramos, también, en Rusia. Yo los vacío y creció en su vecindad. Al lado de Rusia, en Moldavia, puede verse el *Soleu Mountok* (el pueblo alemán). Allí se ven las casas más bellas, el mejor ganado, los hombres más pacíficos, ni más ni menos que en Rusia, cuyo campesino es el hermano desgraciado del nuestro.

¿Qué harán los comunistas con esos hogares prósperos? Me ha parecido ver, en los ojos de los dirigentes de Pokrovsk y en sus firmes palabras, la decisión germánica, preparada en todo momento a rebelarse contra cualquiera tentativa que amenace reducir la confortable holgura de *schnitzel* que la vida debe a todo buen alemán.

Fué el único país en que nuestro paso quedó reducido a unas cuantas visitas, sin comidas, sin bebida, sin el menor discurso. De todo ello conservo un buen recuerdo.

Pero, como teníamos hambre, al abandonar su República rogamos al guía que nos llevara a cualquier parte de las espesuras del Volga, donde pudiéramos saborear un *borchtch* de esturión, preparado adrede por auténticos pescadores. Nuestra canoa automóvil partió como una flecha. Durante un par de horas olvidamos el hambre para devorar el espectáculo que nos ofrecían las salvajes orillas del

grandioso río. En él revivía mi infancia, el teatro de *Cosacos*, el imperio de nuestro salvaje Danubio.

Abordamos una de las costas más ocultas a la "civilización", donde hombres, mujeres y niños salían como fieras de las cavernas abiertas en la arena. Poseían bellísimos y numerosos instrumentos de pesca. Soledad hostil. Ninguna acogida.

—Hemos llegado a la casa de un pescador *kulak*—dijo uno de nuestros guías—. No nos tiene mucho cariño que digamos.

De sobra lo veíamos. El dueño, orgulloso de su riqueza, y aunque aborrecía a los comunistas, vino, a pesar de todo, a nuestro encuentro, sin abandonar su dura expresión, a preguntarnos qué diablos habíamos venido a hacer allí. Al expresarle nuestro deseo, sacó del Volga un esturión grueso como un becerro, nos lo enseñó un segundo, dijo el precio, y lo arrojó de nuevo a su prisión sumergida, sin esperar nuestra respuesta.

Nos alejamos. No era el precio el que nos alejaba de allí, sino el odio del hombre, ya que no sólo habíamos venido por el esturión. Fuimos un poco más lejos, a abordar la orilla hospitalaria de los pescadores pobres, que nos recibieron fraternalmente, encendieron un gran fuego y nos prepararon un pantagruélico *borchtch*, a pesar de que sus esturiones no eran más gruesos que gatitos abortados.

—¿Cómo es que siendo los mismos pescadores, y en la misma orilla, unos pescan becerros y los otros tan sólo gatitos?

—¿Qué quiere usted? Los unos cuentan con capital, mientras que los otros no tienen más que su buen corazón.

Stalingrado

Tovarichtch Stalin, al igual que el pescador *kulak*, no debía querernos mucho, pues la noche en que nos aproximamos a la ciudad que lleva su nombre, nuestro barco embarrancó en la arena. Fueron necesarias muchas y largas

horas para volver a ponerlo a flote. Nadie fué a esperarnos al desembarcadero de Stalingrado, adonde abordamos con gran retraso. Y nosotros tuvimos prisa por llegar a Astracán, a casa de Rabovski, término de nuestro viaje por el Volga.

No nos movíamos.

—¿Hay alguien que quiera visitar la ciudad de este Estado del comunismo?

—No.

—Adelante, entonces, hacia el embarcadero cubierto en desgracia.

Astracán

Embarcadero del Volga. Ciudad cosmopolita. Miríadas de mosquitos. Peste, malaria, cólera.

—Camarada, llévenos al mejor hotel de la ciudad.

—Los llevaré al *Comunal Gostinitza*.

En el *Hotel Comunal* pido dos habitaciones.

Limpias, ¿eh?

—Limpias.

Inmolan las camas, que me parecen buenas compañeras. (Ya tengo experiencia). Les doy vuelta y me veo a las espantosas chinches, de que tan rico ha sido mi pueblo. Pero ahora ya no quiero más. También yo tengo derecho a vivir sin chinches, sobre todo cuando tengo que pagar caro.

Colérico, salgo al corredor oscuro, y armo un escándalo a la rumana, convencido de que a los hombres puede perdonárseles todo menos que se dejen devorar por las chinches y que vivan acomodándose a esos parásitos, fáciles de extirpar, como vive y se acomoda uno con una pata de madera. En mi pobre infancia he probado de todo, menos este suplicio, que mi madre no podía tolerar. "La holganza y el bienestar son difíciles de soportar—me decía—, pero la limpieza está al alcance de todo el mundo". Y cuando he visto en Crimea las casas para la recreación de niños abandonados, donde esta infancia era prisionera

de miles de chinches, dije que era preferible pegarles a aquellos niños y obligarles a limpiarse, que no mostrarse dulces con ellos y dejarles creer que la miseria forma parte integrante de nuestro organismo.

Así, pues, empecé a echar pestes en el corredor, reclamando unas camas sin chinches. En esto se abre una puerta, en la oscuridad, y un hombre robusto se dirige a mí:

—¿Eres tú quien juras así?

—¡Rakovski! ¡Cómo! ¿Vives en un hotel lleno de chinches?

—No. Casi no hay chinches. Es que ha habido que buscar camas en cualquier parte, a consecuencia de un congreso que se celebra en este momento.

Penetramos en su morada. Se compone de una sola habitación, en la cual pueden entrar apenas cinco personas. Un biombo oculta la cama y el lavabo. Unas maletas repletas de libros. Una mesa abarrotada de papeles. Rakovski trabaja en una *Vida de Lenin*. Por eso lo encuentro grueso, hinchado, blanducho, pues es un hombre hecho para guerrear, no para escribir. Pero Adolfo, tiene la malaria. Tiene, también, no sé qué otra enfermedad, que no puede curarse en Astrakán.

Pero no siente el menor aburrimiento. Siempre está dispuesto a latirse y más convencido que nunca de... ¿De qué? No sabría decirlo. Sus palabras son reflejo de no pocas convicciones; pero sería perder el tiempo tratar de definirlas. Pues, aun cuando sean amigos, los embajadores bolcheviques son siempre diplomáticos.

Prefiere hablarnos, con gran entusiasmo, del loco, que se empeña en vivir aquí, como si fuera en Egipto, y nos describe su melancólica existencia de flor atacada por el frío. También nos exalta la obra de fertilización de las arenas que nos rodean, por millones de hectáreas, con ayuda de plantas especiales.

—Debéis ver esos dos milagros del delta del Volga.

Nos quedamos allí ocho días y vamos a verlos. A las arenas, aun cuando se encuentran muy lejos, nos acompaña él mismo, benévolamente invitado por las autoridades

[illegible] que le tuerza [illegible] la tarea al viejo amigo que
ayer tarde él. Y hubo aquí oficialmente admitidos en la in-
timidad del gran proscrito, que inmediatamente mientras entra-
ría en esta ciencia pastillone en una alegría de todos los
minutos.

El comunista Orlof—un hombre que bajó cierto día
a un pozo para dejarse allí los dos [illegible] de [illegible]
el fundador de esta clase de [illegible], que quiere, tan sólo
[illegible] los [illegible] que [illegible] pueblos enteros y con [illegible]
can obstruir la embocadura del [illegible]
sibles al cultivo. Es un cuadro digno de [illegible]
[illegible] digna. No puedo seguir las explicaciones
que me da con volubilidad el [illegible] paralítico, pero adivi-
no en ti y la de [illegible] [illegible] que le
[illegible] pedido, no [illegible], como [illegible], se juega el
todo y parte con él a través de la estepa, donde resulta im-
posible seguirles entre la maleza que nos llena de sangre
las manos y el rostro.

Se olvidan de nosotros. La caída de la noche nos arran-
ca a uno de otro. Un silencio de [illegible] abraza las
voces de las que se llaman, cada cual [illegible] por encon-
trar el camino que [illegible] al [illegible] que nos aguar-
da a una legua de distancia.

Sólo el cojo y el desalado, en lo alto de la colina, con
los [illegible] enojecidos por los [illegible] rayos [illegible]
res, gesticulan, se precipitan a derecha e izquierda exami-
nan la broza, describen grandes círculos con los brazos,
que quieren abarcar la tierra, y se trazan el uno al otro
la marcha del bolchevismo en el mundo.

Algunos días después visitamos, esta vez sin Rakovski,
el lote, que se encuentra a una jornada, en barco, en el
lado sur del delta, inmenso injerto de plantas raras, de
animales y de pájaros silvestres, donde no se concede a
nadie el derecho a cazar ni a pescar. Nos acompaña un se-
mibolchevique, el *Tov. Stalin*, dirigido por [illegible] eléctrico, entre
la cual, uno, que parece ser el jefe de la expedición, me
parece muy poco inteligente. Me reprocha mi simpatía por
la oposición, cuyos líderes no son más que unos [illegible]

res". Y, para darme una prueba de ello, se sirve de un argumento delicioso, arbitrario e inédito:

—¿Sabe usted lo que han dicho los habitantes de Alma-Ata al ver llegar a Trotski?

—No.

—Pues han dicho: *Es el antiguo régimen que vuelve.*

—¿? ¡!

La Transcaucasia

Tiflis

Salgo de Astracán llevando conmigo la malaria. Las últimas cuarenta y ocho horas que estoy en esa ciudad, tengo que pasarmelas en cama, con una fiebre devoradora. A pesar de lo cual me levanto y salgo hacia la región del Caspio, hasta Makhatch-Kala, donde tomamos el tren para Tiflis.

Es la segunda vez que entro en la capital de Georgia. Volveré otras tres veces, después de haber visitado Erevan, Bakú y Kakhetia.

Tiflis es la ciudad más hermosa de la Unión, y aquella en que se forma cola durante más tiempo para poder obtener pan. Estas colas comienzan a las tres de la mañana. De éstas y de no pocas cosas más, no dicen una palabra los escritores comunistas franceses, comunistas "en la forma".

Yo podria escribir, a mi vez, un libro, e incluso dos, únicamente destinado a Georgia, aun cuando no fuera más que para llenar los inmensos vacios de esos libros muy sensatos, estúpidos, absolutamente falsos y totalmente inconcebibles, hijos de la pluma de un escritor que ha sido una vez *hombre* y que hubiera ganado con seguir siéndolo.

Pobre mundo. Pobre arte. Pobre conciencia humana. ¡Cuán dignos de compasión y cuán despreciables sois! Un huesecito para vuestro vientre y una miga de vanidad para vuestro corazón seco os bastan y os colman de felicidad y de quietud, os vuelven ciegos, sordos y mudos; os transforman en moluscos y os hacen olvidar la extensión del

Unión Soviética entera

Borjom

Nuestro itinerario prevé, para este día de septiembre, un mes de descanso, a fin de clasificar nuestras impresiones, y a ser posible, escribir nuestro primer volumen. Por mi parte, dudo que mis lectores perdidos de mi pluma no vuelva ya una sola vez a oírme. Pero el proyecto, que es muy preciso, está de tal modo sujeto a posibles dudas de salud, que hará posible la publicación de nuestro libro en Moscú. Muy bien. No deseamos otra cosa en Moscú, en fin: no deseamos otra cosa que poder publicar nuestros escritos, que "estén en la línea". Tampoco la vemos mal esto a nuestra bolsa común, bastante enferma; pero no queremos hacerlo así como así.

Rogamos al Gobierno de Georgia que nos facilite la estancia por espacio de un mes, sin pedirle otra cosa sino que nos ponga en las mismas condiciones de existencia de que goza todo ciudadano soviético que no sea enfermo o convaleciente del paludismo, pues ya no podemos pagar por una habitación para dos personas cinco o seis rublos diarios.

Se nos colma de generosidad: el Gobierno nos ofrece hospitalidad completa en su propia casa de reposo, en *Lanskii-Dvorets*, cerca de Borjom. Santa sencillez. Nos encontramos en el antiguo palacio de verano del duque Mikhail Nicolaevitch Romanof, al cual mataron. Huele un poco a sangre y a la nueva felicidad sangrienta.

Es una estancia inolvidable, a veces triste, frecuentemente melancólica. Región divinamente pintoresca; montañas salvajes; ríos... Después de la famosa ruta militar de

Vladikavkaz, que recorremos en "auto", saliendo de Tiflis, nos dirigimos hacia Tsikhisvari y Abastuman. Hay momentos en que me niego a creer que pueda existir tanta felicidad, reservada a una ínfima parte de la humanidad, en la tierra.

Y el cretense escribe, escribe, mientras yo me canso y tomo quinina cuatro veces al día.

Eriván

El armenio es hombre a quien conozco bien, tan bien como al griego y al judío. Los tres son muy parecidos, a pesar de sus defectos, entre los cuales el que más se les reprocha es que, si el sol desapareciera para siempre, serían los primeros humanos capaces de arreglárselas sin él.

Esto no es precisamente un defecto. Me convenzo de ello en Armenia, que no es más que una horrible ruina y que será la primera en levantarse de esa ruina, gracias a la capacidad de adaptación del armenio, y a pesar del comunismo. Sí, a pesar suyo. Pues hoy, que ya sé (y más adelante se verá), en qué se ha convertido, en las inmundas manos del hombre, ese comunismo no es ya a mis ojos más que un despiñarrador de vidas. Para él no somos, ¡ay!, más que carne de cañón, ni más ni menos que para el capitalismo, aunque por razones diferentes, lo cual le importa poco al obrero de la fábrica.

La falsía del hombre que detenta el poder y que juega con la verdad, aparece tan evidente en Eriván como en el resto de la Unión y en la Internacional. Ese hombre apesta a mentira, a hipocresía, a entusiasmo falso y a las ventajas de que goza.

Pero aquí se realiza cada día, al lado de la mentira, un gran trabajo. Y es que el armenio es más sobrio, más ahorrador que los otros. No pierde nunca el norte. ¿Se le prohibe enriquecerse solo? Pues se enriquecerá colectiva-

Akhaltsikh-Bordzio

na parte tenemos que hacerlos a caballo. Quiero, con

llamar a esto un país "más tranquilo". Pero, a pesar de todo, seguimos adelante.

No lo lamentaremos nunca.

En este camino hemos visto una estación agronómica construída sobre una antigua prisión zarista. ¿Por qué, cuando se es bolchevique, no se es más que eso?

Bakú

No hay que esperar que exalte las sondas, que tan bien conozco por haberlas visto en mi país. No se trata más que de petróleo, del cual no se sirven hoy más que para pasear, por tierra y por los aires, a la putrefacción de este mundo y el germen de la próxima matanza universal.

Residimos en Bakú por segunda vez también. No nos han olvidado. Surgen caras conocidas, muy amables, pues el hombre es amable en cuanto le hacen una sonrisa. Y no podíamos por menos que sonreír, ante unos hombres que no son los principales culpables y que nos reciben con los brazos abiertos.

Nuevas visitas a las sondas o pozos, que se hacen densos como un bosque. Respecto a la condición del obrero, ¿qué sé yo? ¿Qué puedo saber cuando compro las cifras? Conozco la suerte del obrero cuando me encuentro codo con codo con él. Pero hoy, que no bajo de los coches oficiales más que para sentarme a las mesas oficiales, no quiero ni siquiera ir a interrogarle. Se burlará del señor en que me he convertido, o me mentirá. Y a mí no vuelven a engañarme así como así.

Vemos, a decir verdad, "trece barrios obreros, que ofrecen alojamiento a veinticinco mil almas", todos nuevos, confortables, demasiado confortables. Penetramos en varios hogares. Bellos, cómodos. Se nos aclama. Respondemos con sonrisas. "Deme usted el ruibarbo y yo le daré el espantalobos".

Telav (Kakheti)

a la ida y a la vuelta.

[illegible] las luces, cruzan por todo el país, que se mueren de hambre y duermen en las estaciones. La para morir de tristeza.

Lo que han hecho de Gorki...

¡Pobre hombre!

Balum, Sukhum, Novi-Afon

Yo encuentro, dice, en [illegible] de la fe. La Providencia, bajo la advocación de la Virgen, se da la mano en el Cáucaso, país de los bravos y de las orgías cruentas y comidas copiosas, con la reja puesta de la U. R. S. S. No sabe el mozo cuán lo observo desde hace rato. Quizás desde antes. Los pueblos georgianos explotan en locos más que alcanza a llenar el ojo de la pálida en vigor al día siguiente. Ahora [illegible] de melancolía en [illegible] y de [illegible] en la boca como si el perdido [illegible] de las noches.

Los médicos, sobre todo si como la *Zdi* [illegible] (ex ministro) [illegible] de una cuenta [illegible] que no podía compararse a la [illegible] no era más que una pálida [illegible], por cuya [illegible] no cumplían una sola. Ahora, la [illegible] la mano en el vientre del hombre, no [illegible] más que en su derecho de pensar; si el hombre [illegible] como el oso, se expone a perder un [illegible] o su vida, o las dos a la vez. Todo esto [illegible]. Hay, en cuanto de este "cuaderno negro", el hombre sigue sin [illegible]. Ayer o [illegible], el mismo, a pesar del "cuaderno negro", seguía siendo un obrero digno de empleo y de tener un alojamiento.

No sucede lo mismo hoy, cuando no se piensa como el Politburó. La mano feroz del partido y la del *Zdi* lo detentan todo, el pan y el abrigo. Una sola sospecha basta para que tu puesto en la fábrica, o tu vivienda, se vean amenazados. Un paso más por el camino de la insumisión,

[redacted]

Lo que dice Lenin...

Pero en la lucha y se hace algo más valioso. Y he aquí el resultado de ello:

[redacted]

En Asturias, uno de estos "camaradas chóferes" (el chofer y el chófer del propio dictador), mandados, dicho por "camaradas" de partido y no dicho por mí, tuvieron de pasar bromas a nuestros compañeros, cuando atropelló a un niño y le pasó por encima. Afortunadamente sin matarlo. Yo me levanté y le dí al chófer unos cuantos puñetazos, como suele hacerse entre los que no son comunistas, y a pesar de ser el chófer del dictador y de la presencia de Rakovski en el "auto".

Eso es "lo que han hecho" de la normalidad [redacted]

A nuestra llegada a Nova-Mesto (Neustadt), en el

viembre, escribí mi primera carta el 4 de diciembre de 1928, a una institución de Moscú, carta en la que digo cuanto veo, sé y creo. Lo digo en la forma más austera, pero franca y categóricamente.

Y después de pasar unos quince días en aquel formidable claustro—un magnífico país que ríe al sol y al Mar Negro—, tomamos el tren para Moscú.

Gagri-Sotchi-Moscú

¡Ah, los buenos abkhasianos, que hicieron cuanto estuvo en su mano por sernos agradables y que nos van a maldecir! Pero ¿van a ser ellos solos a maldecirnos? Toda esta "sexta parte de la tierra" y toda la Internacional, que se parece a ella, habría de maldecirnos también.

Así sea. "Toda" y "toda" son un decir.

Cuando acaben las maldiciones, empezará a abrirse paso la verdad. Entonces se me encontrará en mi puesto, el que conservo desde que vine al mundo, y en el cual pienso seguir.

El Cáucaso ribereño del clemente Mar Negro, de Batum a Novorossisk, se ve habitado con frecuencia por griegos y por rumanos. Algunos de ellos acuden como lobos por un plato de lentejas, lo mismo que la mayoría de los grandes centros industriales. No por eso he dejado de encontrar algunos hombres. A ellos les debo, en primer lugar, la verdad que me ha abierto los ojos, antes de debérsela al monstruoso tumor que va a reventarme al instante en plena cara, como una implacable confirmación de la verdad que no puede permanecer oculta hasta el infinito.

No sospechábamos la existencia de este tumor, ni más ni menos que no sospechamos lo que sucede en el planeta Marte. Y, sin embargo, sentíamos que iba a producirse una ruptura definitiva en nosotros.

Así, dejamos de entusiasmarnos por los esplendores terrenales que desfilan ante nuestros ojos, mientras el "auto" nos lleva a través de la divina región de Sukhum, Novi-

Sochi, siendo capital en la línea del Cáuca-

...ntes y provocan! Sonríen de desgracia, que
...Rusia, que idiomas. Proyectan la cons-
...tra en defensa de la U. R. S. S., sueño que costó a la
...del mañana.

...No se reparten desconsolo pueblo, pueblo libre, pe-
...pulcramente a bulgar de cuando ya nada, como en
...Ellos, la industria, la cultura, el ejército, la
...¡Ante todo vosotros que sois
...de explotados, a sangre ajena y a vuestros propios
excrementos!

...mos, de pronto, los vemos. Si no fuera
...ellos, entre borrachos de sudor. Pero hace un
...que formaremos en todo punto un pelotón de
...contra vosotros, los explotadores, y que acaso
...sobre todos con todas nuestras fuerzas.

...Sonríen tranquilos entonces para dentro mientras pelo-
...duelos y después cuentan una vida rápida. Vosotros, en

Moscú: llamamiento supremo

Las verdes estepas del sur de ayer, las estepas pi-
...del norte, están ahora enterradas bajo la nieve. El ve-
...el confortable tren ruso, los destrozó pobres, lo-
...fango.

Ya lo comienzo todo. Estoy ya en mi segundo invierno
...Y, sin embargo, no puedo olvidar su crepitar de
corazón está muerto.

Nuestro compartimento, que supo de tantas discusiones acaloradas, de tantas risas, no es ahora más que el frío dormitorio. Dejamos de dirigirnos la palabra. En las estaciones, cada cual baja a comprarse los víveres que más le gustan, vuelve a subir, come, duerme, sueña o piensa solo.

El cretense está más sereno que yo. Lo comprende y lo acepta todo. Nos vemos un poco separados por cierta

tible divergencia. Habíamos decidido proseguir nuestro viaje al Turquestán y a Siberia, hasta Vladivostok, y, a ser posible, hasta la China y el Japón. Pero yo, por mi parte, considero perdida la causa que quería defender; me niego a aceptar billetes de favor ni las fastuosas recepciones que me obligan a sonreír, a sonreír... y a callar. Sin mí, el cretense sabe muy bien que todo se va al diablo.

Todo se ha ido al diablo ya, pues me encuentro con un Moscú al corriente del cambio que se ha operado en mí. Me hablan de ello antes de que abra la boca.

Por otra parte, Moscú habla de un montón de cosas a la vez y lanza una serie de porquerías. El clan de una de estas que ha dado ya en las narices en el Occidente; se afirma de arriba abajo que el estrangulador de Gorki y las fantásticas y arbitrarias ediciones que se han hecho de sus obras completas, han costado un millón de rublos a la princesa harapienta.

Voy a informarme en la propia fuente, pues también yo tengo mis pequeños y mis grandes rumores. Y me confirman que sí, que es verdad.

—El hombre a quien la confianza Gorki sus intereses soviéticos, no nos habla jamás de treinta o cuarenta mil rublos, sino de cien mil, y en dólares.

Acude a mi memoria una observación de Upton Sinclair, refiriéndose a Jack London: *Es imposible que un hombre tenga un contrato de treinta y seis mil dólares por año con los Hearst Magazines y conserve su alma en vida.*

Es exacto. Y Jack London lo ha pagado *suicidándose a la edad de cuarenta años.*

Debemos saber tragar láudano o, mejor aún, conservar nuestra alma en vida.

El ejemplo de podredumbre que se da así desde la cima de la inteligencia artística, demuestra que todo va al mismo compás en torno nuestro. Dejemos de lado los cien pequeños escándalos que se producen todos los meses en toda la Unión. Mas no podemos olvidar el horrible tumor

[illegible]

[illegible]

[illegible]

marados cambian sus pisos de la ciudad y se trasladan a sus nuevos locales.

Stalin, explotando estos dos escándalos en su animosidad contra Tomski, presidente de los sindicatos *albaneses*, obtiene de los crápulas lanzarotes el voto que sobretaba contra su propio presidente, y los toma dispuestos bajo su protección, ahogando ambos asuntos.

Y en provincias:

Un soviet del pueblo hace que se tienda en el suelo toda la población local, y le da una paliza soviética.

En una ciudad del Caspio, dos comunistas importantes recogen a una mujer en su "auto", la llevan a su casa y la violan. La mujer, desgraciadamente, es la esposa de un miembro del partido, que arma el consiguiente escándalo. Acaban excluyéndolo.

En Leningrado se producen tres escándalos de primer orden, uno de los cuales no se ha hecho público:

1.° Todo el Comité de las Juventudes comunistas (como he dicho ya en otra parte), es acusado de robo, violación, de crímenes de derecho común;

2.° La administración superior-especialista de una prisión de la ciudad cobra un "derecho de especie" por cada mujer honrada que quiere ver a su marido encarcelado. Es un proceso lleno de detalles horribles;

3.° No se trata más que de una pequeña juerga—ahogada—, cuyos héroes son personajes importantes y que tiene un desenlace muy soviético. Tres presidentes: el de la Comisión de Control, el de la Guepeú y el del Soviet de Leningrado, se encierran una noche en un hotel local, en compañía de unas mujeres, y se gastan, desde ese momento hasta la mañana siguiente, la suma redonda de setecientos rublos. Esto hace cerca de dos mil francos. Pero la Guepeú manda a dos de sus linces a espiar a su propio presidente y a sus comparsas. Los pobres diablos redactan un informe de lo que han visto; se abre una encuesta en Moscú; se absuelve a los crápulas (porque el dinero gastado correspondía a las gratificaciones del aniversario, que se les debían legalmente) y se *destituye a los dos pequeños espías*.

[redacted]

[redacted]

[redacted]

—No. Esos libros no los lee nadie y usted no puede ni debe escribirlos.

—¿Entonces?

... ...

... ...

Hasta las cuatro de la madrugada, una lucha de las más sinceras, de las más amistosas, de las más fraternales, hasta que caemos agotados, y yo estoy dispuesto a todo, a todo, con tal de que acepten la verdad públicamente, en interés de la clase obrera del mundo.

No. Imposible. Sucédense las noches; pasa un mes. No es posible hacer nada. Nos estrechamos las manos amablemente, con ojos tristes, y nos separamos, encerrando cada cual su mentalidad.

En la negra noche, un gran coche cerrado por un landau me lleva al hotel. Miro hacia las ventanas iluminadas de todas las casas, y me digo:

—Y, sin embargo, son *los obreros* (parece ser) que están hoy todos esos pisos.

El asunto Russakov o la U. R. S. S. de hoy

Digo bien: "El asunto Russakov o la U. R. S. S. de hoy".

Un "asunto", aun cuando fuese de los más lamentables, si no se tratara más que de un caso aislado, y si los rasgos que lo caracterizan no revelaran el espíritu y los sentimientos de una amplia humanidad, no merecería que lo recordáramos aquí.

Pero el asunto Russakov no es más que un síntoma. Desde las causas que lo provocaron hasta el desenlace que acaba de tener, pasando por las múltiples peripecias de su desarrollo, encontramos en juego a toda la Unión Soviética: en su *política*, en su humanidad y, sobre todo —¡ay!—, en su *moralidad*.

Yo no me he *ido* a vivir a Rusia para descubrir que los obreros de la "patria proletaria" disfrutan de un bienestar *material* superior al de los obreros de los países burgueses. No. Es más: dispuesto estaba a cerrar los ojos a la carencia de *todo bienestar material*; y no hay nada de eso. Pero estaba firmemente convencido de que, desde el punto de vista de la *justicia elemental*, la "dictadura del proletariado" no dejaba nada que desear, pues si resulta dificilísimo crear el confort, no hay nada, absolutamente nada que impida ser *justo y honrado*.

¡Qué monstruosa revelación!

¡Si pudiera tener, a lo menos, el inhumano consuelo de

[illegible]

[illegible]

[illegible]

mientos (el Jakt), las ocupan los miembros de esta cooperativa.

¿Cómo hubiera podido imaginarme que una simple cuestión de vivienda pudiera alcanzar un día tales proporciones que se llegase a pedir públicamente la muerte de un hombre inocente, del hombre que dormía profundamente en un jergón, en un cuartucho oscuro y destartalado detrás del cuarto de baño?

Entusiasmado, ganado por "la obra soviética", y del cual me veían durante las horas del trabajo gozosamente los pobres diablos no me hubieran creído capaz sobre sus existencias. Tan sólo supe que, por ser Vladimir Jorge opositicionista (poco peligroso, por cierto), los nazis no podían esperar más que los rigores de un régimen despiadado para con todos aquellos que no se encuentran en la "línea". Ahora bien: precisamente el viejo Russakov se encontraba menos aún que en ningún "en la línea".

Trabajador manual desde hace más de cuarenta años, revolucionario independiente de siempre, Alejandro Ivanovitch Russakov no es otro que el buen judío Jonelevitch, obrero tintorero de Rostov. Durante la revolución de 1905, toma parte en la defensa del barrio judío de esa ciudad contra los ataques de los cien negros, se ve en casa saqueada, y se lanza el mundo adelante. Pasa en prisión durante quince años, arrastrando consigo a una mujer valiente y a siete hijos, en su mayoría de corta edad. Y sigue siendo revolucionario y realizando por doquiera su pequeña agitación.

La realiza en Marsella, donde vive durante largo tiempo, zurciendo los trajes de los marinos y sin olvidarse nunca, al entregárselos, de entonar a sus clientes su vieja cantinela de judío errante, arrojado por los pogromes. Y tan bien la realiza, que en 1919 el gobierno francés lo encuentra indeseable, lo encierra en un campo de concentración, y lo canjea, en compañía de otros varios detenidos, contra oficiales franceses, rehenes de los bolcheviques.

Llegado a Petrogrado con toda su prole, Russakov llora de alegría, y besa la tierra de la revolución. Pero su

[illegible]

[illegible]

[illegible]

en un milímetro, durante su sueño o mientras se zambulle. Y en cuanto al pan...

El pan lo es todo en la vida, cuando la vida no es más que un hilacho. Cuando el derecho a pensar y a moverse no es más que un recuerdo, todo el pan desaparece, se evapora, lo es todo. El dictador lo sabe muy bien. Hunde su mano, negra o roja, en el vientre del hombre, y le hace contorsionarse de agonía. "Morir así no es nada. Todos los hombres son capaces de morir, y eso es lo de menos en las guerras y las revoluciones. La muerte pone fin a un estado de gobernar, te preguntas qué piensa. Y explica lo que piensa, temblando o dejando de temer por y después."

—¡Qué qué piensa! —contesta el hombre—. ¡Nada! y le ruega que diga qué es lo que debe pensar. Y saber todo, recalcitrando todos los días.

—¡Qué qué piensa! —replica Russakov—. Pues que sois unos gansos, unos bestiales, que cogéis a todo el mundo a vuestra voluntad, que manejáis todos los medios de existencia, que tenéis en el bolsillo a todo aquel que no baila al son de vuestra gaita y lo metéis en la cárcel en cuanto protesta a la luz del día. Así sabréis lo que pienso.

Dichas con la franqueza que hemos visto, esas palabras, nada más que esas palabras, no provocan ninguna catástrofe en espíritus ajenos que el dictado ha provocado de una dictadura. Lo más que os ocurre es que os llamen "murmurador" y que os pongan a la puerta. ¡Y vaya un problema! En Rumania se dice: "Con tal de que exista el lago, habrá ranas como se quiera".

Con tal de que un obrero sea capaz de trabajar... Trabajo, aun cuando no lo haya en tanta abundancia como hay ranas, siempre se encuentra, a pesar de todo. Por ser un obrero eternamente "murmurador"—tal como los honrados Russakov, a quienes se da hoy de latigazos en Rusia—, me ha sucedido, más de una vez al mes, y por espacio de treinta años, poner el grito en el cielo contra una injusticia, defenderme o salir a la defensa de otro y reu-

[illegible] la vida [illegible] "mono" o a la de un [illegible]
que [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]
[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]
[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]
[illegible]

no distribuir el trabajo más que con arreglo a cómo piense aquel que quiere comer trabajando. Son los sindicatos rojos quienes ponen la ley en la fábrica, en el taller, en el almacén, en la oficina, en la vivienda, por todas partes. No hay nadie que pueda encontrar trabajo sin intervención del sindicato. Y una vez expulsados del sindicato, no os queda otro recurso que saltaros la tapa de los sesos, ya que se os veda toda actividad lucrativa, toda posibilidad de que os ganéis la vida.

Imagínese el espantoso poder de los sindicatos, puestos en manos de hombres a quienes las escuelas oficiales enseñan que la *moral* y la *humanidad* son "prejuicios burgueses", y que sólo el *materialismo* tiene fuerza de ley en la tierra.

Y, dicho esto, alcemos el telón.

El 1.º de febrero de 1928, desmoralizado, vencido por un cúmulo de decepciones, estaba los preparativos para mi salida de Rusia, en mi habitación del hotel Passage, de Moscú, cuando vi entrar a Victor Serge, tranquilo, pero pálido como la muerte.

"Ya está—dijo, dejándose caer en mi silla—: nos ha llegado la vez de ser devorados".

Y me leyó un telegrama que los suyos acaban de mandarle de Leningrado. Se trataba de un artículo abominable, publicado la víspera en el principal órgano regional del partido, *Leningradskaia Pravda*, la *Pravda* de Leningrado. El viejo Rusakov era denunciado a la vindicta pública como enemigo del proletariado. Se pedía su detención inmediata y un castigo ejemplar. ¿Y qué castigo? El título del artículo lo indicaba bien claramente: *Kalganovskaia tarada*, es decir: *de la ralea de Kalganov*. Ahora bien: Kalganov, hijo de un antiguo propietario y asesino de un presidente de cooperativa, había sido fusilado algunas semanas antes.

Con los brazos colgando, fija la mirada en el suelo, Victor Serge parecía anonadado.

"¡Vamos, hombre!—le dije—. No me vas a hacer creer

De la ralea de Kalganov

como miembro de la Dirección, se arroja sobre ella dando gritos y profiriendo insultos: "En tu Dirección son todos unos bandidos, lo mismo que tú".

En ayuda de Rumakov salieron, de las habitaciones por él ocupadas, tres mujeres y un hombre elegantemente vestido, que se pusieron también a insultar a Svierdóva. Cuando Svierdóva recogió el dinero que había abandonado con tal desorden la bandida, el desconocido respondió que era un escritor y que los hijos no se habían escrito para él. Seguidamente, poniendo un dedo sobre la orden de la bandera roja, con la que la había condecorado la camarada Svierdóva, el "escritor" exclamó: "Hemos hecho justicia por primera vez a los perros que llevaban esta orden".

Los agresores no se limitaron a las palabras. Una de las mujeres, hija de Rumakov, empujó a Svierdóva por un hombro, mientras Rumakov la golpeaba en la cara. Después, los cinco, con Rumakov a la cabeza, arrastraron a Svierdóva por el pasillo, hasta la escalera, golpeándola con todo lo que encontraron a mano. Rumakov daba de puñetazos a Svierdóva, su hija la golpeaba con un cubo de qué objeto duro, y el "escritor" no cejaba en su empeño de arrancarle la orden de la bandera roja. Svierdóva perdió el conocimiento, y cuando volvió en sí se encontró en los peldaños de la escalera, cubierta de contusiones.

Al volver en sí la camarada Svierdóva, con ayuda de los habitantes de la casa, se trasladó al hospital Jrenkaia en busca de un médico, el cual certificó que su cuerpo presentaba fuertes contusiones, derrames de sangre, cardenales y arañazos. Su ropa estaba destrozada. La insignia de la bandera roja estaba retorcida.

¿Quién es Rumakov? De las once habitaciones de su piso, alquila nueve, con las cuales especula como quiere. En una de las habitaciones alquila las por él mismo dos *lomomolki*, emigrantes rumanas, a quienes ha golpeado y aterrado más de una vez, hasta el extremo de que temían hacer la correspondiente declaración. En las habitaciones de la casa, Rumakov observa siempre una conducta

como miembro de la Dirección, se arrojó sobre ella dando gritos y profiriendo insultos: "En tu Dirección son todos unos bandidos, lo mismo que tú".

En ayuda de Russakov acudieron de las habitaciones por él ocupadas, tres mujeres y un hombre altamente respetado, que se pusieron también a insultar a Sviertsiéva. Cuando Sviertsiéva preguntó al escritor que acababa de abordarla con qué derecho la insultaba, el desconocido respondió que era un escritor y que los hyes no se habían escrito para él. Seguidamente, poniendo un dedo sobre la orden de la bandera roja, con la que la había condecorado la camarada Sviertsiéva, el "escritor" exclamó: "Nosotros hemos fusilado por pelotones a los poseedores de esa orden".

Los agresores no se limitaron a las palabras. Una de las mujeres, hija de Russakov, cogió a Sviertsiéva por un brazo, mientras Russakov la golpeaba en la cara. Después, los cinco, con Russakov a la cabeza, arrastraron a Sviertsiéva por el pasillo, hasta la escalera, golpeándola con todo lo que encontraron a mano. Russakov daba de puñetazos a Sviertsiéva, su hija la golpeaba con no se sabe qué objeto duro, y el "escritor" no cejaba en su empeño de arrancarle la orden de la bandera roja. Sviertsiéva perdió el conocimiento, y cuando volvió en sí se encontró en los peldaños de la escalera, cubiertos de escupitajos.

Al volver en sí la camarada Sviertsiéva, con ayuda de los habitantes de la casa, se trasladó al hospital Pirogovskaia en busca de un médico, el cual certificó que su cuerpo presentaba fuertes contusiones, derrames de sangre, cardenales y arañazos. Su ropa estaba destrozada. La insignia de la bandera roja estaba retorcida.

¿Quién es Russakov? De las once habitaciones de su piso, alquila nueve, con las cuales especula como quiere. En una de las habitaciones alquiladas por él viven dos *komsomolki*, emigrantes rumanas, a quienes ha golpeado y aterrado más de una vez, hasta el extremo de que temían hacer la correspondiente declaración. En las reuniones de la casa, Russakov observa siempre una conducta

[illegible]

[illegible] el derecho a [illegible] de [illegible] los [illegible] [illegible] la [illegible] de [illegible] donde tenía un taller de sombreros.

¿Y quién es Samsonov? He aquí algunos datos sobre su biografía, de todos los revolucionarios. Veinte años de edad; una de las organizadoras del primer Congreso de mujeres de Rusia. Durante la guerra civil, sirve en el ejército rojo como jinete. Después trabaja ilegalmente en Polonia. Por sus méritos militares, se le condecora con la orden de la bandera roja. Miembro del Soviet de Leningrado; miembro del partido.

Esta es la biografía de una del ejército y de la clase. Marcel a diario se codea con obreras de todo el país, entusiastas de su profesión, que tienen una vida de duro trabajo.

Russakov es de la misma madera que el camarada Sergio, Alejandro Kalganov. Después encabeza la revolución proletaria, preparada en sus mínimos pormenores, la cual da comienzo en ella en la noche de [illegible] Sobre [illegible], [illegible] de [illegible] así como la de Kalganov, armada de un [illegible] una [illegible] de [illegible] de los [illegible] [illegible] contra nuestras filas y nuestro trabajo creador.

La opinión proletaria exige la inmediata detención de Russakov. Debe efectuarse un gran proceso, que sirva de escarmiento y que ofrezca el mismo carácter de ejemplaridad que el proceso de Kalganov en Madrid.

Es necesario castigar severamente a los elementos del proletariado, que operan en el frente de las violencias y de la vida cotidiana, y que abogan a puñetazos y a cuchilladas.

El asunto Russakov debe salir del [illegible] pasillo de un *piso burgués*. Un gran proceso ejemplar, seguido de una severa sentencia, quitará a los demás las ganas de imitarle.

TOUR"

Así, pues, la opinión proletaria exigía la inmediata detención de Russakov, a quien el camarada Tom describe como acabamos de ver, *sin haberle visto ni interrogado nunca, sin conocer nada su vida, sin haber puesto jamás los pies en su casa, sin haber asistido a la escena de la agresión.*

Pido perdón a los oyentes que no han hecho mucho caso de una "opinión proletaria" como esa, nacida del bolsillo de los *Tom*, los *MOLK* o los *Coar*, como de la "opinión" de que habla la Prensa burguesa democrática o reaccionaria, por boca de sus respectivos *Tom*.

"Ahora—dijo Víctor Serge—la consigna bajará de todo esto será una lluvia de "resoluciones" de fábrica, y otras; como la detención del viejo, de mí compañera y quizá de mí mismo; nuestra expulsión del P..., que hace ya tiempo que nos quieren arrojar, y, por último, "un proceso y un castigo ejemplares".

—Ahora—le dije—, lo que vamos a hacer es deshacer nuestros equipajes, prolongar nuestra visa y nuestros billetes y aplazar nuestra salida hasta nueva orden. ¿Qué dices tú, compañera?

—Estaba pensando lo mismo.

¡Qué felicidad es tener al lado de uno, en la desgracia, a una gran compañera para toda la vida!

Nos pusimos de acuerdo sobre cómo hemos de proceder lo más rápidamente posible. Debemos impedir, sobre todo y a toda costa, la *detención de Russakov*, que provocaría otras y que desencadenaría esa lluvia de artículos demagógicos, tan frecuente en la U. R. S. S., que alimenta a la plebe y permite al poder *mantenerse*.

En este momento, Víctor Serge recibe la primera carta de su casa. Y la verdad es que no ha habido ni más ni menos que una incalificable provocación por parte de la jinete roja Sviertsiéva, la cual, sin haber sido provocada, se arrojó sobre la mujer de Víctor y le llenó la cara de sangre a puñetazos. Nos echamos a la calle.

El doctor Nikolaenko, anarquista y *hombre*, de regreso de la frontera de Mongolia, adonde lo había mandado el

Así, pues, la opinión proletaria exigía la inmediata detención de Russakov, a quien el camarada Tour describe como acabamos de ver, *sin haberle visto ni interrogado nunca, sin conocer nada su vida, sin haber puesto jamás los pies en su casa, sin haber asistido a la entrada de la agresión.*

Pido perdón a los *chinos* que me leen; pero hago un poco caso de una "opinión proletaria" como esa, tanto del bolchevique de los *Tour*, los *MOUR* o los *Caur*, como de la "opinión" de que habla la Prensa burguesa democrática o reaccionaria, por boca de sus respectivos *Tour*.

"Ahora—dijo Víctor Serge—la consigna bajo de todo esto será una lluvia de "resoluciones" de fábrica y otras; como la detención del viejo, de mi compañera y quizá de mi mismo; nuestra expulsión del país, que hace ya tiempo que nos quieren arrebatar, y, por último, "un proceso y un castigo ejemplares".

—Ahora—le dije—, lo que vamos a hacer es dedicarnos a nuestros equipajes, prolongar nuestros visados y sacarnos billetes y apresurar nuestra salida hacia cuanto antes. ¿Qué dices tú, compañera?

—Estaba pensando lo mismo.

¡Qué felicidad es tener al lado de uno, en la desgracia, a una gran compañera para toda la vida!

Nos pusimos de acuerdo sobre cómo hacer las gestiones: lo más rápidamente posible. Debemos impedir, sobre todo y a toda costa, la detención de Russakov, que provocaría otras y que desencadenaría esa lluvia de artículos demagógicos, tan frecuente en la U. R. S. S., que alimenta a la plebe y permite al poder mantenerse.

En este momento, Víctor Serge recibe la primera carta de su casa. Y la verdad es que no ha habido ni más ni menos que una incalificable provocación por parte de la jinete roja Sviertsiéva, la cual, sin haber sido provocada, se arrojó sobre la mujer de Víctor y le llenó la cara de sangre a puñetazos. Nos echamos a la calle.

El doctor Nikolaenko, anarquista y *hombre*, de regreso de la frontera de Mongolia, adonde lo había mandado el

[redacted]

—Pero—dijo yo—[redacted]

—Según lo que tú entiendes por "agarrar los cuernos y los pies". En las aguas andaluzas, el que se agarra a [redacted] no suele conseguir más que chamuscarse [redacted]

Pero Víctor Serge es de mi misma opinión, y por [redacted] nos pusimos de acuerdo para [redacted] telegrama, que en la casa [redacted]

La [redacted] de Moscú, el 1.º de [redacted] el siguiente telegrama. El [redacted]

"*Redacción de la "Pravda"*, de Leningrado.—Como [redacted] de desde hace veinte años, [redacted] emigrados en Francia, al [redacted] revolucionario Russakov protesto con indignación contra el calumnioso artículo de Tour, y exijo que se lleve a cabo una encuesta imparcial."

Víctor Serge, telegrafía:

"*Redacción de la "Pravda"*, de Leningrado.—Protesto contra la ignominiosa y calumniosa campaña realizada en la *Pravda* de Leningrado, con la firma de Tour, contra el

viejo obrero, emigrado político, Russakov. Esta campaña sucede a una larga serie de mezquinas provocaciones por parte de una *kombanda* del tipo Smolensk (1), provocación que ha conducido a una agresión contra mi mujer, en su propio domicilio."

Y yo:

"*Al presidente del T. S. I. K. de la U. R. S. S., Kalinin.*—La *Pravda*, de Leningrado, ha publicado, bajo el título *Kulpurnerische parade*, contra el viejo revolucionario Russakov, a quien admiro bien y cuya honradez es fácil de probar, un artículo calumnioso que constituye una intolerable incitación a las persecuciones políticas y a otras. Deliendo almorzar la U. R. S. S. dentro de cuarenta y ocho horas, dirijo un llamamiento a su espíritu de justicia, y solicito para esa familia de trabajadores una reparación pública."

A la "Pravda", de Leningrado.—Respecto al artículo *Kulpurnerische parade*, publicado en su diario, ruégoles tomen nota de lo siguiente:

Conozco a la familia Russakov, por haber vivido en su seno en Leningrado, y estoy absolutamente convencido, no sólo de su inocencia, sino además de las persecuciones de que es víctima. Sepan que estoy dispuesto a obrar con la mayor energía, aquí y en el extranjero, contra semejantes ignominias."

Estos telegramas fueron expedidos por la tarde. El destinado a Kalinin sembró el pánico entre los empleados del telégrafo, que me conocían muy bien. No era la primera vez que se presentaba el caso. Pero aún no había importunado al Presidente de la Unión. ¿Dónde encontrarle? Llaman a un jefe, a otro. Telefonean a derecha, a izquierda...

---

(1) Durante un par de años, las más altas autoridades de Smolensk—magistrados, milicia, G. P. U., sindicatos—, practicaron, impunemente, el pillaje de la ciudad, desvalijaron a los habitantes y violaron a las mujeres.

...—Hay un telegrama para [illegible] Kalinin.

—Mándelo a la Central".

Los minutos pasan. Y yo escribo con ellos, a pesar de mi cansancio, que no espanta los gritos en mí y que no te-

[illegible] a las nueve y media de [illegible].

Al día siguiente, a las diez, recibo la primera señal de [illegible] Kalinin, [illegible] la entrevista [illegible] de Lunacharski [illegible] una [illegible], [illegible] de [illegible] que [illegible] [illegible] [illegible]

ra de nosotros pagaría eso con la Siberia, sin necesidad de más".

¿Quién querrá creer que el primer efecto del progreso social es que, entre hermanos de lucha, no es posible tratarse ya de asesinos y de bandidos, como se gritan entre sí los burgueses más retrógrados, sin exponerse por ello a hacer un viaje a la Siberia? ¿En qué consiste, entonces, ese derecho de crítica, ese derecho de control, ese preciado poder concedido al obrero para que sea libre libremente en su casa? ¿Se trata de un poder, o de una barbarie digna de la Inquisición, cuando, después de haber asesinado toda libertad los crímenes más abominables y los más monstruosos abusos de poder se cometen bajo un velo de silencio al sol, ocultado el hombre y dormido, en medio de un silencio de cementerio?

Refiero con todo detalle esta página de mi vida, no para enorgullecerme de ella, pues soy un novato, sino para que la humanidad laboriosa y revolucionaria pueda sacar de esto las mayores enseñanzas posibles, en beneficio de sus luchas de mañana, oxígeno para los hombres de la generosidad humana.

Después de haberme callado durante más de un año, me encuentro aquí ahora para manchar mi propia. Unos ojos que no olvidaré nunca, unas voces que resuenan todavía en mi corazón, me han arrojado sobre los hombros una carga que me aplasta y que no puedo soportar por más tiempo. Veo surgir en mis cuartillas la imagen de esos hombres lívidos, esqueléticos, con miradas de locos, tambaleándose de cólera tanto como por las privaciones, y decirme:

"Según como nos hables nuestras *Pruebas de ti*, sabremos si has cumplido tu palabra en el extranjero o si no eres más que un bribón".

Y esos hombres no eran "blancos". Eran emigrados políticos, esos *"polit-emigrant"*, víctimas del fascismo, que vagan errantes, por decenas de miles, por la Unión, mientras los peores canallas viven confortablemente en el

"Linea", porque están "en la linea". Uno de ellos citándome a nuestro Lenin por fin me gritó una vez:

"Debes a nuestro camarada de allá abajo, que debe defender sangre a la U. R. S. S., a costa de su vida, y nuestra tranquilidad. Pero que no hagan lo que nosotros, que no vengan aquí, ni una revolución cómoda, a perder el pan de la revolución".

Era uno de los murmuradores a la Bucaille.

"[illegible] contra la burguesía [illegible] Que a los Soviets, pero en mi tierra no [illegible] en [illegible] en [illegible] en todas las direcciones".

El día 2 de febrero en la pequeña celda del calabozo Para la justicia, para la Prensa y para la prudencia, yo era la verdadera fisonomía de Rusakov. Dejaba la vida del hombre y del revolucionario, empezaba a ir hacia el acto de banderismo a que me arrastraba la burocracia Soviética, condecorada con la orden de la bandera roja. Y decía: *Si miento y me pongo de parte de la "contrarrevolución", decidido por mí mismo, debo ser fusilado al mismo tiempo que él.*

Creo que no cabe ser más claro.

Con un artículo en el bolsillo, vuelvo a ver a algunos de esos "grandes amigos", jefes de redacción, que con tanta frecuencia han solicitado de mí que colaborara en sus periódicos. La redacción de la *K* [illegible] *Pravda*, el periódico más importante de Moscú, después de la *Pravda*, me recibe con gritos de alegría:

"¡Hola! ¿Nos trae usted algo?

—Precisamente vengo a traerles un artículo. Aquí está. Es moderado, corto, y les ruego que me lo publiquen en seguida, *sin cambiar nada*. Se trata de un asunto [illegible] y cuento con ustedes".

Una ojeada a mis cuartillas, y todas las narices se bajan hacia el suelo. Sin embargo, me prometen dar mis cuartillas tal como van.

Ahora veremos cómo cumplieron su promesa. Reproduzco aquí este artículo para que todos puedan formarse una idea de la arbitrariedad comunista y de la imposibilidad en que se encuentra un obrero de defenderse, cuando una organización lo aplasta en fuerza de mentiras.

Pongo en *cursivas* las partes suprimidas por la redacción.

El asunto Russakov

Desde hace un año vengo recorriendo en todos sentidos la U. R. S. S. He pasado varias veces por Leningrado. *En varias ocasiones he hallado refugio al lado de un amigo, escritor francés, en el seno de una honorable familia.* Allí he conocido las estrecheces y las alegrías de un verdadero proletario ruso, que ha luchado largo tiempo contra la miseria, en no pocos puertos del mundo: en Hamburgo, en Nueva York, en Buenos Aires, en Marsella. Arrojado de Rusia en 1905 *por los pogromos y la represión*, acabó por fijarse en Francia, donde vivió durante largos años, manteniendo a costa de no pocas penalidades, y con el trabajo de sus manos, a siete hijos (conozco personalmente a seis de ellos, y dedicando sus veladas al sindicato de los marinos rusos. Durante la intervención en Rusia, la agitación a que se entregó le valió ser expulsado de Francia con toda su familia. Llegó a Petrogrado en pleno invierno de 1919, en calidad de "rehén volchevique" canjeado contra los oficiales franceses detenidos en Rusia. *En los momentos de hambre y de peligro mortal, este viejo obrero llevaba, feliz, a sus hijos, al país de la revolución.*

En Leningrado fué sucesivamente organizador *de casas de niños, gerente de una gran casa de niños instalada en el hotel de Europa, director de un lavadero. Después estuvo sin trabajo algún tiempo. Desde hace cerca de dos años tra-*

...so y que conserva de su pasado de ...y generalmente valeroso.
...Ivanovitch Russakov. Vive en la ...koy, número 19, KB. 4.
...lo de diciembre. Le conozco bien. ...de el comienzo de mi propaganda ...Insensatka, que vive en el mismo ...hasta cuyo cuarto a menudo me ...de baño, donde duermo, y especialmente para el Año Nuevo ...que la crisis de alojamiento es grave en la U. R. S. S., ...que los amigos de mis amigos no son, desgraciadamente, ...ros. Pero es el caso que un periódico de Leningrado, el ...ículo publicado por la *Pravda*, de Leningrado, el 31 de ...enero, bajo el título ESTUPENDA PARODIA, ...les cito aquí. *Iba* a recomendarle aquí a dos camaradas ...cesa, *Pedro Pascal* y *Víctor Serge*, que viven en Leningrado ...desde hace largo tiempo y que conocen muy bien el tema ...Russakov. *He encontrado* a un soldado, el Dr. K., que a ...cerca desde hace veinte años. *Hago constar* con dolor, por ...el artículo de la "Pravda", de Leningrado, a una inadmisible opresión moral. Y no cesa de preguntarme cómo es ...posible que semejante cosa pueda darse en la segunda ...pal de la U. R. S. S. ¿Cómo es posible calumniar, ...dar y denunciar así al disgusto y a la hostilidad de la ...Nación, como a un malhechor, como a un contrarrevolucionario, a un viejo obrero revolucionario, que ha pasado y un presente irreprochable? El artículo de la *Pravda* la cabeza de "bolchevique", de "agente de la contrarrevolución". Son tres mentiras infames y tres ...cosas. Ignorado que estuviera tomando parte en ...esas palabras. El artículo la presenta también como ...especulador". Cuenta mentira. Como "colaborador" ...lario de una cooperativa en Leningrado". Otra mala

"Como perseguidor de dos jóvenes comunistas [nombres]" [illegible] y cada día de los vacilaciones del autor, que compara al obrero Rosales con un soldado valientemente fusilado

Se le acusa, así como a su hermano, de haber hablado de una conspiración que estalla de lugar a su caso. Fue detenido para aquellos que han intentado el suicidio, de nuevo muy bien a la gente de que se trata. Esto ha dicho [illegible] ha empezado por la tortura cruenta contra una mujer [illegible] pegada y vejada en su casa, en su propio domicilio, por una persona que le era desconocida, que había dicho de fuera y que había entrado sin su permiso. De la persona que ha practicado dichas violencias sólo sabemos [illegible] supo después las consecuencias de ello, "no debía ocuparse, ante todo, a sí misma".

Se ha conseguido poner fuera de la ley a otra persona: el viejo obrero a quien le han sacado, "de quien es la culpa". Toda paciencia tiene un límite.

Desde hacía varios meses, el obrero Rosales venía que sufrir los continuos ataques de la burocracia en cuanto, que la Ingala incitaba a denunciarlo abiertamente a la milicia criminal. En cuatro años incesantemente [illegible] contra él, los tribunales le han dado la razón [illegible] la redacción me hace decir exactamente lo contrario: "los tribunales NO le han dado la razón"). Hace algunas semanas se dirigió *multilmente y de palabra* a la redacción de la *Pravda*, de Leningrado, pidiendo que se pusiera término a esta mezquina persecución. Mi amigo Víctor Serge ha prevenido, verbalmente, a dos miembros de la fracción comunista de la casa (Jalut), a la cual había dirigido ya hacía varios meses una queja por escrito. TODAS LAS TAS GESTIONES NO HAN SERVIDO DE NADA. Más aún: no han recibido respuesta alguna.

Me duele ver que se practican tales costumbres en una de las capitales de la revolución. Me duele ver que los komsomols y los comunistas se portan de esta manera con

...

...

...

obrero, cuya muerte podía pedir en diez periódicos y cada día, el primer Tour a quien se le antojase.

Era una cosa que yo no sabía. Agito las manos y los pies. Corro de un lado para otro, a pesar de un frío de 35° bajo cero, siempre con mi ligero abrigo, como los "polit-emigrant", a noventa kopeks diarios, y a pesar de los *trece mil rublos* de derechos de autor que los Soviets me habían pagado en quince meses, pero que yo me había gastado a mi modo.

De mis carreras por las redacciones para salvar la vida de un hombre y el pan y el honor de dos familias, recordaré siempre la entrevista que tuve con el famoso comunista Koltsov. Estábamos en buenas relaciones. Nos recibió, a Victor Serge y a mí, en su despacho del *Ogoniok*. Le expusimos el caso. Nos escuchó atentamente, tranquilo, un poco hastiado.

Ante mi ruego de que interviniera inmediatamente con su gran autoridad, me respondió:

"Consiento en ello; pero quisiera conocer el asunto a fondo, clasificar los documentos... Cuestión de una semana, de quince días.

—En Leningrado, las "resoluciones" de fábrica y las reuniones "obreras" del *Jakt* exigen que se fusile a Rossakov sin oirle.

—No le fusilarán sin oirle, pero pueden fusilarle después de haberle oído. ¿Qué vamos a hacer nosotros?"

E indicándome un montón de cartelas sobre su mesa:

"—Fíjense lo que tengo a mano. *Todo son asuntos llegados esta mañana.*

Había una cincuentena. Víctor Serge examinó cinco o seis y *cayó sobre dos suicidios a consecuencia de persecuciones burocráticas.*

"En la mayoría de nuestros hogares—dijo Koltsov—las mujeres se echan agua hirviendo por la cara. Entre ellas se encuentran a veces esposas de ex comisarios del pueblo".

Si es así, pensé yo, ¡vaya una dictadura la vuestra!

[illegible]

"¿Qué es lo que quieres de mi esposa [illegible]? Es una [illegible]".

Y una [illegible] la [illegible] de la [illegible] de [illegible] [illegible] [illegible]

el cuerpo, les hizo la siguiente pregunta, que dejamos sin respuesta:

—¿Qué harían ustedes si una Inteligencia cualquiera viniera en su ayuda y les ordenara que dejasen de existir, simplemente porque ha sido condenada con la humana raza? ¿No la creyerais capaz de esto?

El Gobernador de Kuvalsky no sabía lo que era hablar por los codos.

El 4 de febrero ruega al presidente que se ponga en relación a mí y a Kuvalsky. Nos recibe al día siguiente, a las once. Viene con su ayudante.

Los pueblos y los seres buenos, fuera de la gente más heterodoxa que darse pueda, hombres y mujeres de edades diferentes, de todas las regiones, de todas las sectas, con caras llenas de inquietud, cada cual con su papel en la mano y con los ojos fijos en la puerta del salón-dor. Están aquí—desde hace varios días, varias semanas, varios meses—esperando su turno, después de aguardar por Marcú sus mineros, sus desfiles, sus discursos que nadie tiene tiempo de escuchar. Para el gobernador Kuvalsky, mejor que aquel a quien dar noticias y exhortar ánimos, debe escuchárseles. Para eso están aquí. No tienen otra cosa que hacer. Eso se sabe hasta en el fondo de la Siberia, del Cáucaso y del Turquestán. Debe recibir a todos los Kuvalsky y a todas las Kuvalsky. Debe escucharles, aun cuando no sea más que el tiempo justo para tomarles el papel de las manos y decirles:

—¡Qué, camarada; qué pasa?

—Pues pasa, camarada Mikhail Ivanovich, que un día, al volver de...

—Bien, bien: ya examinaremos eso... Vayase en paz.

El pueblo no llega nunca a comprender que en toda parte en la vida es el celo, que los pobrecitos de la tierra se guardan muy bien de destruir, para, lo mismo que los médicos, viven de la esperanza de sus crédulos clientes.

Pero nosotros, que venimos a pedir al presidente algo más que un aprecio de manos y una palmada paternal en

[illegible] secretario y recibirlos inmediatamente.

Durante una hora de reloj...

Kalinin es un hombre nervioso, pero que sabe escuchar e interrogar. Quiere comprender. Hojea febrilmente nuestra exposición, apunta hechos, confronta fechas, cara una pregunta de Rumiantsev, subrayando aquello que le parece [illegible], dando tres o cuatro golpecitos a [illegible] el mismo con rapidez aguda, y después, ya al corriente, decide con conocimiento de causa.

Se nota, como acostumbrado, una oficina. Sus ojillos [illegible] leyendo pequeñas resplandores bajo los párpados, para disimularse en seguida.

Escucha, más que a mí, a Rumiantsev, que habla como un sordo rudo. A mí me dirige de vez en cuando una mirada de desprecio, que quiere decir: "¡Malditos imposturas!"

El propio Kalinin se asombra de que la carga publicada del artículo de Tour, el 31 de enero, haya podido, al día siguiente, provocar la evolución del viejo de su cabeza, así como la expulsión de la fábrica donde trabaja desde hace dos años. No sabe si Rumiantsev es o no lo que afirma Tour, pero piensa un hecho flagrante: que un trabajador ha sido condenado a morirse de hambre, prácticamente horas después de la publicación de un artículo injusto.

Hace sonar el timbre, coge su pluma y escribe sobre la queja de Rumiantsev:

"Al camarada Komarov, presidente del Soviet de Leningrado, o al camarada Chudov, secretario del partido, en la misma ciudad:

Les ruego insistentemente desembrollen este asunto. Creo que es una historia muy oscura. Les ruego me informen de cuanto suceda.

M. I. KALININ."

Entra un secretario, lo coge todo y vuelve con un gran sobre cerrado.

"Echate esto al bolsillo —le dice el Presidente de la

[illegible]

[illegible] a Rusakov — y largate en seguida a Leningrado". [illegible] comunicados y el viejo preso casi a echarse a llorar. Kolvin hubiera podido añadir: "Y sabed, de una vez para siempre, que aun cuando os recibo por la escalera de los artistas, lo que no me ocurre casi nunca, es bajo de una nueva alegoría, de palabra que los arrojo a los infiernos como vosotros".

Pero esto no lo sabremos sino más tarde. Después, cuando ya no me será posible decir al primer magistrado del poder comunista lo que opino de la detención del "provocador" y de sus ayudantes.

Sepalo aquí, al mismo tiempo que la abogada del muerto entera, y sepa, también, a su vez, que todo se paga en este mundo.

Rusakov se larga a Leningrado inmediatamente después de la entrevista con el periodista

Rusakov: la Komsomolskaia Pravda, el publicar mi artículo, le ha traído la bronca a su hermano de Leningrado: dos, según me comunican, no contento el Kolvin con haberme prohibido publicar un artículo sobre el asunto, (No ha dicho una palabra: es un comunista que no quiere perder sus comodidades). Dos de los más altos personajes del partido, de quienes he solicitado una audiencia, se niegan a recibirme; pero uno de ellos siente bruscamente un remordimiento de su conducta, que le impide cumplir su palabra, y la otra me manda a decir que un coche vendrá a buscarme, a las once, para conducirme al Kremlin, pero a la once menos cuarto me telefonea que también ha recibido una recado—ahora que política—, cuyas consecuencias le colocan en la imposibilidad de sostener una conversación conmigo. Algo tercero, sin embargo, sigue: la apostilla de Kolvin. Es una orden que llega de muy alto para que los hombres se permitan pasar por encima de ella. Lo único que pedimos es luz y justicia.

Mas al día siguiente, 6 de febrero, cae sobre mi cabeza un documento que me hace dudar por anticipado de la eficacia de la intervención presidencial. Se trata de una

respuesta de Rafail, presidente del Comité de redacción de la *Pravda*, de Leningrado, a una amarga carta que le había dirigido yo el día 4, confirmándole y ampliándole el sentido de mi telegrama del 1.º.

He aquí dicha respuesta:

"Leningrado, 5-2-28, a las once de la noche.

Moscú, a Bandin Rurgo [illegible] hoy mismo mi carta a P Istrati:

"Querido camarada: he recibido hoy su carta del 4 de febrero. La redacción de la *Pravda*, de Leningrado, desde el día siguiente de la declaración de Russakov, ha dado comienzo a una encuesta rápida, circunstancial y minuciosa, sobre este asunto de vivienda. Aun antes de recibir su carta, encargamos a un camarada del partido que estudiara todas las circunstancias del asunto. Puede usted estar tranquilo: si llega a demostrarse que el artículo publicado contiene inexactitudes, que la Cooperativa de alojamientos ha calumniado conscientemente a Russakov, o que se ha cometido la más mínima falta, rectificaremos con rapidez y enérgicamente a Russakov.

No poseo en este momento documentos que me permitan comunicarle una conclusión definitiva cualquiera.

La *Pravda*, de Leningrado, órgano del Comité regional del partido, examina siempre con cuidado y tacto los hechos que publica. No creo que pueda usted tener motivos, cualesquiera que fuesen, para poner en entredicho las costumbres de nuestro país y de nuestra Prensa. No dudo que si se hubiera encontrado usted en Leningrado, y en posesión de los documentos que nuestros periodistas poseen actualmente, usted-mismo hubiera exigido un juicio público e imparcial. Usted mismo hubiera insistido para que dichos documentos fueran publicados. He aquí la declaración presentada por la asamblea general de la fábrica Samoilova: "Aprovechándose de su etiqueta de obrero, caracterizándose de proletario en la fábrica, Russakov no es más que un vil apéndice de la contrarrevolución interior, un miserable "cien-negro" y un pequeño burgués antisemita encarnizado.

"Sosteniendo en el taller una manifiesta agitación de pogromo contra la U. R. S. S., Russakov no se atreve a pasar de las erupciones verbales; pero en su aspecto de "dueño de un piso", el pequeño burgués Russakov no se contiene ya, y pasa de la agitación de pogromo a las acciones de pogromo".

Permítame asegurarle que el asunto Russakov será estudiado por camaradas imparciales y que gozan de autoridad.

Saludos comunistas,

RAFAIL."

Escuchadme ahora, "proletarios de todos los países". Escuchadme y comprended, que no os será difícil. Trabajamos teniendo a la vista documentos oficiales, auténticos.

1.º El camarada Rafail hace publicar un artículo cuyas acusaciones son alarmadoras para el acusado: compárase a éste, en su artículo, a un hombre que acaba de ser fusilado. Consecuencia fulminante y sin precedente, que deja estupefacto al propio Kalinin: el viejo es excluído de su sindicato y echado a la calle por su fábrica; se lanza una orden de detención contra él. La cosa está clara.

2.º *Pregunto yo*: ¿en qué "*documentos, que permitan llegar a una conclusión definitiva*" se ha basado la decisión de entregar a un hombre a la vindicta pública y dejarle en la calle, en espera de las balas de la ejecución? *Contesto*: EN NINGUNO. Y la misma respuesta tendré que darme al cabo de una prolija instrucción, que habrá de durar seis meses, y que llevará consigo dos procesos: *el primero, que acabará con una absolución triunfal, en medio de una sala llena de obreros*, y el segundo—obra de una venganza de la tiranía comunista—, que tenía que abortar lamentablemente con la condena de tres inocentes *a penas muy benignas* (uno, dos y tres meses de trabajos obligatorios), de cuya vergüenza jamás se lavará la justicia soviética, pues nunca podrá probar que dichas penas sean las que merece un *especulador*, un *miserable ciennegro* convicto de *agitación de pogromo*, un *vil apéndice de*

la contrarrevolución bolchevique, un orgullo francés, un *fleuron* de la burguesía, definitivamente consolidada, un monstruo que hace cinco años vuelve a caer a sus honorables, un ser superconsciente, en fin, para el cual el dogma del progreso indefinido, en el cual el "evolucionismo eterno" han perdido toda y un carácter de "revelaciones eternas" han podido la pena exponer, hasta exigir que Russakov fuera "fusilado sin ser oído".

Por consiguiente, no existe un solo documento que permita arrojar a dos familias, que ya se encuentran en la miseria desde hace seis meses, y que seguirán encontrándose en tanto sigan en poder de sus perseguidores. No existe ningún documento que permita exigir la muerte de un hombre.

3.° Pero existe quizá al contrario algún documento irrefutablemente una decisión legal irrefutable cualquiera que sea que pueda ignorar, cualquiera? Los siguientes. No dispongo, en este instante, de documentos que me permitan comunicarlo una confusión deplorable.

¡Lo sé, sé! No *dispongo* de documentos para responder, pero he *dispuesto* de ellos para decirlo:

HAN BASTADO VEINTICUATRO HORAS PARA ARROJAR A UN HOMBRE FUERA DE SU SINDICATO Y FUERA DE LA FABRICA-OKRANA PERO NO BASTAN CINCO DIAS PARA SOLICITAR, POR LO MENOS, SU REINTEGRACION EN ESAS MISMAS "OKRANAS", QUE LE ASEGURAN UN PAN GANADO EN MEDIO DE UNA INQUISICION COMO JAMAS HA CONOCIDO OTRA IGUAL EL MUNDO.

4.° Pero quizá el grave "militante responsable"—así se hacen llamar los asesinos del mayor de los ideales humanos— no pueda solicitar esa reparación porque posee los documentos que le han permitido herir a Russakov. Los posee, en efecto. Tiene en su poder las DECLARACIONES. No discutimos esas DECLARACIONES, esas RESOLUCIONES que tiran a la cabeza de la clase obrera, y con ayuda de las cuales se estrangula a todos aquellos que se atreven a moverse, es decir, a las siete décimas

partes de ciento cincuenta millones de habitantes. No dirémos que esas DECLARACIONES, esas RESOLUCIONES, sean—en todos los países no sometidos al comunismo o al fascismo—trapos para limpiarse el trasero. No. Las tomamos en serio, puesto que así se nos pide. Nos lo dice Rafail. Escuchad:

"...Usted mismo hubiera exigido un juicio público e imparcial. Usted mismo hubiera insistido para que dichos documentos fueran publicados. He aquí la declaración presentada por la *asamblea general* de la fábrica SAMOILOVA: "Aprovechándose de su etiqueta de obrero, disfrazándose de proletario en la fábrica, Ryssakov no es más que un vil ayudante de la contrarrevolución interior, un miserable "cien-negro" y un pequeño burgués, antisemita encarnizado.

"Cuando en el taller estalla una manifiesta agitación de pogromo contra la U. R. S. S., Ryssakov no se atreve a pasar más allá de las exageraciones verbales; pero en su aspecto de "dueño de un piso", el pequeño burgués Ryssakov no se contiene ya, y pasa de la agitación de pogromo a las *acciones de pogromo*".

Muy bien. Esto, por lo menos, está claro. Es una DECLARACION DE ASAMBLEA GENERAL. Con este documento en la mano, la *Pravda*, de Leningrado, ha aplastado a nueve criaturas humanas.

¿Pero cuándo se ha celebrado esa "asamblea"? ¿Cuándo ha empleado ese lenguaje?

Sabedlo, obreros del mundo entero, y no lo olvidéis nunca: ESA ASAMBLEA SE HA CELEBRADO Y ESAS DECLARACIONES HAN SIDO HECHAS EL 1.º DE FEBRERO. Y EL CRIMINAL ARTICULO QUE SE BASA EN LA UNA Y EN LAS OTRAS ES DEL 31 DE ENERO. EL FALSARIO RAFAIL, EL PERIODICO DEL PARTIDO FALSARIO, EL COMUNISMO BUROCRATICO FALSARIO SE RASAN, PARA ESCRIBIR UN ARTICULO Y PARA ASESINAR A DOS FAMILIAS, EN LAS DECLARACIONES DE UNA ASAMBLEA QUE SE HA CE-

LEBRADO UN DIA DESPUES DE LA PUBLICACION DEL ARTICULO Y QUE SE HA BASADO PRECISAMENTE EN ESE ARTICULO PARA FORMULAR SUS DECLARACIONES, DICTADAS POR EL ORGANO DEL PARTIDO PARA ECHAR A LA CALLE A UN TRABAJADOR QUE SE HA PASADO CUARENTA AÑOS DE SU VIDA "DISFRAZANDOSE DE PROLETARIO" Y "ARTISTA" VECHANDOSE DE SU ETIQUETA DE OBRERO".

Así, pues, cuatro organizaciones comunistas se hacen una en las declaraciones de la otra, para acosar a los trabajadores y para batir el "record" de no sabe el lo cual es responsable de las declaraciones que respectivamente se atribuyen todas cuatro: el *Jelt* propala una agresión la *Pravda* refiere la agresión, acusa al culpable y pide su muerte; el sindicato lee la *Pravda* y excluye a diez mil; la *fábrica Samoilova* expulsa al hombre al cual ha excluido el sindicato; la *Pravda* registra las declaraciones de la fábrica; el *Jelt* celebra después sumisiones desde que lee la *Pravda* y se exige la inmediata ejecución del acusado. Después, cuando yo haya ido a Leningrado y mire a Rafail en los ojos, éste me enseñará los documentos, las declaraciones, las resoluciones con que le han acribillado todas las fábricas de Leningrado. Estas fábricas se hacen eco de la *Pravda*, ésta se hace eco de las fábricas, y todo el engranaje de una dictadura se hace en la Guepeú para asesinar a millones de desdichados y corromper para siempre las enseñanzas que hace veinte años leía yo en los *Libros del socialismo, o el Programa de Erfurt*, de Kautsky.

¿Y es éste el régimen que quieren ustedes implantar en toda la tierra? Mil gracias. Mussolini lo ha establecido con mucha más franqueza y sin ofender a la clase obrera diciendo, como ustedes, que es *ella quien construye el régimen*. Mussolini, por lo menos, tiene el valor de responder de sus crímenes. Para asesinar a Italia, para taparle la boca, para pacificarla como un cementerio no ha tenido necesidad de fabricar *resoluciones obreras* ni *declaraciones de asambleas de fábrica*. Ha dicho: "Yo soy quien

pera, y no la masa. Yo soy quien dicto, y no el proletariado". Así, cuando menos, el prestigio y la honradez del proletariado se conservan intactos.

¡Plaga burocrática, deja de hablar en nombre del proletariado! ¡Gobierno, oprime, mata; pero cállate!

El 6 de febrero, veinticuatro horas después de la salida de Russakov, salgo yo para Leningrado, en compañía de Victor Serge, que vuelve a su casa, donde encuentra a su mujer herida, con las huellas de la agresión todavía en la cara. El viejo se encuentra con el jefe de instrucción.

La casa parece sumida en esa atmósfera de terror que conocen los perseguidos la víspera de las detenciones en masa. Si no tuviera la certidumbre más absoluta de la inocencia de los seres entre los cuales me encuentro, creería estar siendo hora ya de retirarse del juego. Pero no es posible dudar. Conozco el alma humana. El fondo del corazón de cada uno de los miembros de esa familia, el más pequeño rasgo de sus caracteres me son familiares. Su trabajo, su perfecta sobriedad, la simplicidad y, frecuentemente, la dureza de su existencia al día, las estrecheces que sufren a consecuencia de la moralidad de sus valores y de la independencia de sus convicciones, bajo un régimen burocrático absoluto, todo ello lo hemos debatido durante largas veladas, entrando incluso en los más íntimos detalles de la vida de una familia numerosa.

Bien es verdad que no eran "comunistas"; pero ruego que se me diga qué significa hoy en Rusia ser comunista. Y, por otra parte, acabemos de una vez con los equívocos: *¿es que sólo han de poder vivir en la tierra los comunistas?* ¿Qué debe hacerse, en ese caso, del obrero, del campesino, del intelectual, del empleado, de la aplastante mayoría de la humanidad que no comprende nada del comunismo? ¿Hay que dejarla sin trabajo? ¿Expulsarla? ¿Mandarla a Siberia? ¿Matarla?

Si un Russakov o un Victor Serge—el uno arrastrándose en la fábrica, el otro traduciendo las obras de Lenin al francés, y ambos colaborando así, aunque sea "mutu-

mulo", a lo mejor que hacen los Soviets el [illegible] hablan con tono "[illegible]" digno de la luna, con propósito que sería de gran beneficio el día en que el comunismo de los Soviets y de los Kolkhozes, el que produce el pleno empleo, el de los "Kolkhoz" con los mejores frutos del esfuerzo (1), el de los koulaks que el Gobierno a la Sombra, el de los jueces soviéticos que hallan al cabo de la guía de la Corrupción, y en fin, del que mucho hay en la U. R. S. S., no [illegible] digna, que le guarda al mundo el día en que los comunistas hayan [illegible] para hacer un [illegible] actual.

No y no. Otra vez no. El mundo no se [illegible] posible tal cosa es. Y si un día [illegible] humano, mejorándole, es [illegible] lucha.

Tengo [illegible] de lo que hago oyó. Si pudiera [illegible] todo el alcance de mis palabras. Pero [illegible] de todo, menos de ignorar y de [illegible] una sentencia, dada hace [illegible] *cuando [illegible] de la Unión en perfecto acuerdo con la Policía, me decido a publicarlas.*

La orden de Kalinin no es más que una farsa. El pueblo de Instrucción no la toma en consideración. Sabe que no tiene la menor significación. A menudo Engels nos enseñaramos de que a Rusakov no le han permitido llevar el sobre con los cinco sellos presidenciales a un destacamento, Komarov o Chubov. Y nos encontramos al viejo, con el sobre en el bolsillo, sentado desde hace largas horas [illegible]

---

(1)) Los "Kaloudai", miembros del Comité del [illegible] de la Construcción, de Moscú, habían fundado una liga para [illegible] fiestas, orgías, violaciones, todo ello con el dinero de la caja. Un día se les vió recorrer las calles de la ciudad [illegible] bolas y embadurnados de [illegible]

un reloj muy grueso, el juez de instrucción, que le acompaña, le hace las preguntas de costumbre, que le sabe de un tropezón, ajena de su competencia, explica su larga fe y hace todo lo posible por ofrecer al menos un texto para poder leer.

Nuestra entrada "en pelo pensado" no parece que sorprenda a nuestros acompañantes. Luego supe, durante nuestros recorridos, cuál era el procedimiento para "interrogar" "con respeto", y la preocupación que les hacía del sobre que debía salvarle.

—"Aquí la tengo, pero no han entrado que sea aquí en seguida.

—¿Le sube el camarada juez?

—Claro que sí! Pero es cuenta de hombre."

Llego a Nuestro Tiempo que la Gaceta no sube al juez hasta que se llega a Odessa al Mediodía hasta de que hayamos visto al presidente del Soviet de Leningrado y de que le hayamos entregado el sobre, salgo a la Nevsky y a gritos el pueblo cuanto al sobre el camarada y su dirección. Pero Víctor me tranquiliza y le sube al juez que me señale una cita para hoy mismo, para hacerle mi declaración, lo cual queda aceptado. Después regresamos al sobre y corremos hacia Smolny.

En Smolny, todo se cumplimenta [illegible] nos recibe inmediatamente. Su despacho es modesto. El rostro del hombre es pálido, lleno de gravedad. Nos escucha, parece sinceramente entusiasmado. Es uno de esos muchos que no ignoran nada, pero que todo pueden hacer.

Le pido que me autorice a llevar a cabo una encuesta personal en la fábrica Putilov. Coge el teléfono y habla. Entra un joven alto. Es Chudov, el secretario del partido de la región de Leningrado. Serio, sencillo, simpático.

Poco después dejamos a Komarov para seguir a Chudov. El despacho de Chudov es el modelo de lo que debería ser todo: el orden, la severidad, la claridad, la simplicidad comunistas, en lo material como en lo moral.

Se nos da una autorización escrita, que debe permitir-

un señor muy guapo, el juez de instrucción, que lo aterra. Le busca las cosquillas, lo desnuda, se aprovecha de todas sus torpezas, abusa de su simplicidad, explota su buena fe y hace todo lo posible por obtener el menor pretexto para ponerle bajo llaves.

Nuestra entrada "sin pedir permiso" no parece que nos conquiste las simpatías del juez. Tanto peor. Decimos nuestros nombres, estrechamos efusivamente la mano al "miserable "cien-negro", y le preguntamos que ha hecho del sobre que debía salvarle.

—"Aquí lo tengo; pero me han ordenado que vuelva aquí en seguida.

—¿Lo sabe el camarada juez?

—¡Claro que sí! Pero se encarga de hombres".

Ruego a Victor Serge que le diga en ruso al joven burócrata que si llega a detener al inculpado antes de que hayamos visto al presidente del Soviet de Smolny y de que le hayamos entregado el sobre, salgo a la Nevsky y le grito al pueblo cuanto sé sobre el [redacted] y su dictadura. Pero Victor me tranquiliza y le dice al joven que me señale una cita para hoy mismo, para hacerle mi declaración, lo cual queda aceptado. Después cogemos el sobre, y corremos hacia Smolny.

En Smolny, todo es completamente diferente. Komarov nos recibe inmediatamente. Su despacho es modesto. El rostro del hombre es pacífico, lleno de gravedad. Lee, nos escucha, parece sinceramente entristecido. Es uno de los muchos que no ignoran nada, pero que nada pueden hacer.

Le pide que me autorice a llevar a cabo una encuesta personal en la fábrica Samoilova. Coge el teléfono y habla. Entra un joven alto. Es Chudov, el secretario del partido de la región de Leningrado. Serio, sencillo, simpático.

Poco después dejamos a Komarov para seguir a Chudov. El despacho de Chudov es el modelo de lo que debería ser todo: el orden, la severidad, la claridad, la simplicidad comunistas, en lo material como en lo moral.

Se nos da una autorización escrita, que debe permitir-

[illegible]

[illegible] el viejo. Son apuntamos en broma la especialidad de Rafail: la novela a la manera, para hacerle toda clase de reproches. La verdad de [illegible] Tour!

El corresponsal de la *Komsomolskaia Pravda*, de Moscú, vino a hacer una entrevista en el piso. Es un tanto alto y flaco de la. De la entrevista a que sólo [illegible] a que interrogue a todos los huéspedes y a que nos dijo a Russakov "especula", no ya con *nuevas* [illegible], sino con una sola (1).

El resultado de esta entrevista no lo sabemos todavía.

El comité de redacción del honorable Komsomolskaia Pravda se reúne para nada. Por fin, mi querido camarada Rafail, nos vemos cara a cara. Y aquí está Tour, un *dandy* con pantalones que no tienen la raya. Le pregunto:

"—¿Quién es usted?

—Tour.

—No acostumbro a dar la mano a los "Tour".

Y le dejo con la mano tendida. La impresión es penosa. Pero Rafail es todo [illegible], todo sistemas, todo lemas.

"¡Si no hubiera sido usted, camarada Ilenati, quien ha escrito ese artículo, en Moscú, contra nuestro órgano! Hemos "resoluciones de fábrica"...

—¡Alto! No he venido aquí a examinar sus "resoluciones"

---

(1) En realidad, Russakov cuenta la alquilada [illegible] sala habitación del piso, puesta a su disposición por el [illegible] amueblada por él, fue la cantidad de 12 rublos, cuando la ley le autorizaba a exigir un alquiler de 30 rublos.

ciones de fábrica", sino para escucharles y que me prueben que Russakov es: 1.°, *un espía francés*; 2.°, *un antisemita "cien-negro"*; 3.°, *un especulador*; 4.°, *un ex fabricante en Francia*; así como todo lo que han afirmado ustedes".

Tour se explica. Dice que escribió su artículo basándose en una "resolución" adoptada por el *Jalt*: *cuatro miembros del comité de casa*. Ha sido la Rotman quien lo ha movido todo.

Y esto basta, en la Unión Soviética, para poner en movimiento todo un monstruoso aparato político y judicial, para fusilar a un trabajador y obtener una habitación más

Hago mi declaración ante el juez de instrucción. El procedimiento consiste, sobre todo, en averiguar si el testigo (o el inculpado) pertenece a los "nuestros" o a los "suyos":

"—¿Origen? —Obrero. —¿Padres? —Obreros. —¿Instrucción? —Ha aprendido a leer, y a escribir. —¿Ha estado usted en la cárcel bajo régimen burgués? —Sí." (Quizá haya de conocerla también bajo un régimen comunista).

Etcétera, etc. Papeles. Declaraciones que serán explicadas en el primer proceso y que ni siquiera serán leídas en el segundo, ya que, mientras tanto, ha llegado de arriba la orden: *hay que anular la imprudente absolución, y condenar, pues nosotros debemos tener razón siempre: por algo somos infalibles*. Así es la justicia comunista. La historia la juzgará.

En la fábrica Samoilova.

Para llegar a la oficina de la dirección, atravesamos, en pleno mediodía, la *stolavaia* (restaurante) e inmediatamente me siento ganado por la mejor impresión que jamás haya podido producirme una muchedumbre obrera, sorprendida en su medio de trabajo.

Una juventud aturdida, simpática—hombres y mujeres—, da fin a los restos de la comida y baila a los sones

de un gramófono. Todos gritan, embriagados, con rostros radiantes. Las huellas de la fatiga, que tan bien conozco, han sido borradas en los unos y permanecen visibles en los otros—, en la mayoría, según sean solos a mantenerse o tengan otras bocas que mantener en casa. Nada de servilletas. Cada cual lleva lo que quiere y el conjunto forma una especie de merolanza... Limpieza regular. Libertad total en el recreo.

Nuestra entrada llama la atención. Se alargan las caras. Abren los ojos cuan grandes son. El ruido disminuye hasta el completo silencio, y todas las caras evidencian viva curiosidad. Nos siguen hasta el despacho del "camarada director".

Nos recibe el comité de fábrica, y todo cambia. Sin embargo, un moso simpático, cogido de improviso por nuestras preguntas, deja escapar algunas verdades.

"¿Qué es lo que ha provocado la asamblea del 1.° de febrero y el despido de Rusakov?

—El artículo de la *Pravda*, publicado la víspera; la intervención de los miembros del *Jabi*; la exclusión de Rusakov de su sindicato, exclusión que se había pronunciado el mismo día, ante la intervención de los mismos miembros del *Jabi*, después de la lectura de dicho artículo de la *Pravda*".

La ley es formal: *ningún obrero puede ser despedido más que por un crimen o delito cometido en la fábrica o por su incapacidad de trabajo* (art. 47).

"¿Era Rusakov un mal obrero? —No es posible decir eso. —¿Había llegado alguna vez borracho a su trabajo? —Nunca. —¿Se ausentaba alguna vez? —No. —¿Se peleaba con sus camaradas? —No; pero gritaba constantemente contra la elevación de los alquileres y la disminución del salario del trabajo a destajo; nos trataba de "bandidos".

Era todo lo que yo quería saber.

El anuncio de las razones que nos han traído aquí ha corrido como la pólvora durante este tiempo. Los obreros

se apretujan a la entrada del despacho, llega ya Entra, con gran trabajo, el director.

El tal director es un puerco, del crimen al vientre. En torno suyo comienza a unirse todo lo que la "dictadura del proletariado" cuenta de más puerco y de más salvajemente estúpido.

He aquí de qué manera estaban informados sobre la familia Russakov:

"¿No está llena su casa de ícones y de lámparas?—¡Imbéciles: Russakov es judío: Jonovitch! ¡Vaya una documentación!"

(Y aun cuando llevara cuarenta mil "iconos y lámparas" colgados de la nariz, tendría derecho al trabajo y a la paz, brutos).

Antes de abandonar el despacho, tendremos un beso al director. Cae en él con todo su peso:

"Esperamos probar la inocencia de Russakov. *En ese caso, habrá que devolverle su plaza.*—¡Aquí! ¡Nunca!

Gracias. Viniendo de semejante sujeto, esta confesión da a las leyes más claras del sovietismo, cuando éstas ahogan en favor del obrero, vale mucho.

Antes de pronunciar ese absoluto "¡nunca!", el "camarada" director no ha olvidado más que una cosa: que es preciso convocar a una asamblea de la fábrica, y hacer que ésta adopte una "resolución".

Salgo de la U. R. S. S. más miserable que en los tiempos en que yo mismo era uno de esos obreros explotados bajo todos los regímenes. Explotar a los hombres, permitirles que vivan con un pedazo de pan negro, negándoles hasta el pobre derecho a murmurar, y después fusilar al que grita un día—*nada más que gritar*—un poco más fuerte que de costumbre, *eso no se da en parte alguna en el mundo, ni siquiera en la tierra de Mussolini.*

Y he aquí la conclusión, el perfecto acuerdo entre el poder supremo y la última histérica del comunismo:

1.° Ocho meses de instrucción, durante los cuales los inculpados se mueren de hambre.

[illegible]

4° Lidia Vidal Serge declara el 11 de mayo, una vez más, con apoyo de un expediente judicial, que ha sido víctima de una agresión en su propio domicilio. Contrariamente a la ley, no se hace un caso más en pro.

5° Primer proceso. Del 12 al 13 de abril, en el Tribunal Popular del radio central: [illegible] de todo lo acusable. Un detalle que recuerda a la Inquisición: culpable al extremo, la acusación solicita el perdón a puerta cerrada. Pues tiene que hacer una confesión. Se le concede, y, ¿qué es lo que declara? "HOITMAN HABÍA SIDO PUESTO ALLÍ POR LA GUEPEU PARA ESPIAR A VICTOR SERGE". Entonces el Tribunal, que vuelve a declarar pública la sesión y absuelve a los acusados, entre los aplausos de una sala llena de obreros, lo cual prueba que Rusia puede disponer aún de hombres y verdaderos jueces. Pero, ¡espera!

6° La ley, ahora, no deja lugar a dudas: dudas y pruebas que deben alcanzar al hombre privado de razón desde el 1° de febrero, extraterritorial, reparación pública por medio de la Prensa.

¡Vírgenes mártires al diablo! Hay algo más importante que hacer:

7° Fines de abril: ante la demanda del procurador municipal, el Tribunal Regional apela contra la absolución como "contraria a los datos". Invitando así a la condena. Y, en efecto, del 10 al 12 de mayo, el Tribunal Regional vuelve a la acusación hacer cuanto quiera. Pregunta incluso a gritos en plena sesión: "¿No tenemos ninguna relación de intelectuales en la U. R. S. S.?" Se da de lado a declaración del Dr. Nikolaenko —que dice que la Sociedad está exenta de histerismo—, así como su verso testimonio en favor de Rousakov. Se niegan a leer mi declaración, no obstante ser yo el único testigo que habla visto de un cabo de los Russakov, y de que los rumores a todos los empleos el terror contra todos los testigos de la defensa.

¿Y cuáles son los castigos obtenidos a costa de tanta

violencia? Según los artículos del Código, correspondientes al presente caso, el acusado debería ser condenado a penas que oscilaban entre seis meses y tres años de prisión.

No se les condena más que a los siguientes: [illegible] meses a Russakov, dos meses a su mujer, y [illegible] Viuda Victor-Serge (la que había recibido los golpes). ¿Meses de cárcel? No. El juez envidioso de [illegible] quiere privar a la gente de su libertad, y los condena no más que a *todos* los *obligatorios*.

Y ¿qué quiere decir en el lenguaje [illegible] *obligatorios*? La cosa es sencillísima: LOS CONDENADOS IRAN A LA CARCEL COMO A LA FABRICA, CON LA UNICA DIFERENCIA DE QUE NO SERAN NI PAGADOS NI MANTENIDOS. MAS AUN: TENDRAN QUE REALIZAR UN TRABAJO A DESTAJO, CUYA CANTIDAD DIARIA NO SE LES SEÑALA NUNCA, Y QUE LES ARRANCAN DE LA MANERA MAS ARBITRARIA QUE PUEDA IMAGINARSE, ATENDIENDO AL GRADO DE SUMISION Y A LA SOPLONERIA DE QUE SE MUESTREN CAPACES.

NO SE SACA A RELUCIR NINGUN REGLAMENTO. NO HAY QUIEN SE ATREVA A PEDIR QUE LE ENTEREN DEL CONTENIDO DEL QUE PODRIA EXISTIR. ES UN LUGAR INMUNDO, DONDE UNO PUEDE VOLVERSE LOCO O "APRENDER A VIVIR".

Tal es la cara de la "patria proletaria". Tal es su justicia.

Esta hiere despiadadamente a todos los Russakov que se atreven a salirse de la "línea" establecida. Hiere, inclusive, a los propios revolucionarios extranjeros que se han hecho condenar a muerte en sus países, por defender a la U. R. S. S., y a quienes la "patria proletaria" ha reclamado y recibido como a sus mejores hijos. Tal es el caso, por ejemplo, de ese Francesco Chezzi, a quien conozco bien, hombre de una fe irreprochable, y a quien la

Guepeú acaba de condenar a tres años de prisión, sin juicio y sin explicaciones.

De un extremo al otro del imperio, castigado por el látigo del fascismo comunista, las Siberias están llenas de Russakov, de Chezzi, *de otros hombres, a quienes el comunismo ha empleado primero para ciertos menesteres y ha arrojado después a la prisión.*

Ya no se trata del socialismo, sino de un terror que ve en la vida humana un material de guerra social, del cual se sirven para el triunfo de una nueva y monstruosa casta, apasionada de fordismo, de americanización, de productos Coty, de tocados parisienses; una casta cruel, ávida de dominio y belicosa, hasta el extremo de mostrarse dispuesta a saltar sobre esa China que se atreve a quitarse de encima esa concesión del tiempo del zarismo, una vergüenza en la que no tienen por qué intervenir los comunistas. (Oh, *Temps*: por fin estás al lado de los "comunistas" para acusar a China de "haber violado un contrato" semejante a todos esos contratos que los imperialismos quieren imponer al respeto!)

Esta casta, ignorante, vulgar, perversa, se compone, en su mayoría, de una juventud que ha llegado al mundo después del comienzo de nuestro siglo. Esta juventud ignora y quiere ignorar cuanto ha constituído la grandeza y la fuerza revolucionaria rusa de antaño, hoy objeto de museo, triste andrajo catalogado entre las cosas muertas. No conoce más que las consignas de un poder cuyo cemento y armazón constituye. Despliegue de banderas; la *Internacional* oída en pie; "rincones de Lenin"; Telegrafía sin Hilos; carteles cubiertos de frases, frases para juzgar la vida, frases hechas para sustituir con ellas las ideas; la Gepeú sustituyendo a los argumentos; la Censura para evitar la crítica: un vacío universal, que le permite asegurar su dominación.

No hemos dejado de recurrir a ningún medio para arrancarle de las manos algunas de sus victorias. Pero todas las gestiones realizadas por los interesados, con posterioridad a mi partida; mis telegramas y mis cartas a

Kalinin, a Rafail, al procurador Krilenko, han quedado sin efecto y sin respuesta.

He aquí el final de mi carta del 1.º de Julio al procurador de la U. S. F. S. R., Krilenko:

"...*He dicho que si esta familia es culpable, quiero que me condenen con ella, y compartir su suerte. Y he aquí que, después de haber sido brillantemente absueltos, en el pasado abril, tres de sus miembros, Russakov el primero, acaban de ser condenados de una manera tan injusta que me es imposible dejar de señalarle el escándalo y recordarle aquí que me solidarizo con los condenados: estoy dispuesto a trasladarme a Leningrado y sufrir la misma pena que ellos sufren.*

Camarada Krilenko, no tome esta declaración por una frase hueca: si el juicio llega a ser definitivo, le pediré que me permita compartir la suerte de aquellos con quienes me he solidarizado; y, si es necesario, se lo pediré públicamente, no sin haber sometido antes el asunto al juicio público de la Internacional comunista.

El juicio se ha convertido en definitivo el 3 de junio. El 5 de junio, la humana *Pravda* comunista publica, de esta vez, el veredicto, calificando a los acusados de elementos antisociales y comparando de nuevo a Russakov con Kalganov.

¡Oh Kalganov, asesino que abriste el vientre a un presidente a lo Svierdlóva y a quien han hecho pasar por las armas: permite que un enemigo de tu "clase" hunda sus ojos en tu sangre y se pregunte si no eras, en fin de cuentas, un Russakov empujado a la desesperación! Después de tu gesto, más de un obrero auténtico ha repetido tu acto por venganza, matando a presidentes semejantes a aquel cuyo terror armó tu brazo y te hizo cometer aquel crimen, *diez años después del día en que se llevó a cabo una expropiación que de sobra has tenido tiempo de olvidar*. Pero tú no encontraste a nadie, a nadie en el mundo, que interviniera en favor tuyo para importunar a los Kalinin, los Krilenko, los Komarov, los Chuov, los Rafail: no has encontrado más que el oscuro pasillo desde donde

"un comunista de la línea" dispara su bala, que reciben a bocajarro todos aquellos que se atreven a gritar: *¡socorro!*

En nombre de cuarenta años de sufrimiento, y de una vida que puedo someter al examen de cualquier hombre honrado, pido justicia para todos los Russakov y para todos los Kalganov que viven y mueren en la *Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas de hoy.*

Conclusión para combatientes

Sólo es un combatiente, a mis ojos, aquel que subordina sus intereses individuales a los intereses de la humanidad mejor que ha de venir.

Yo creo en esta humanidad. Existe hoy ya, como existe el sol durante la noche. Mi barro la ha rozado más de una vez. Y, más de una vez, en mis innumerables horas de angustia, su mano me ha alzado del suelo.

Cuanto he hecho de bueno y de hermoso a ella se lo debo. Y no sólo he hecho el bien y lo bello: he tenido mi parte de barro; la tengo todavía; la tendré siempre. Pero me siento desdichado cuando ese barro desborda de mí, y feliz hasta morir cuando logro apresar un rayo de luz de la hermosa humanidad.

Por eso, precisamente, quiero consagrarle todas mis fuerzas, ayudar a todos aquellos que combaten por ella.

Ya no creo en ningún "credo". No quiero escuchar lo que dicen los hombres, sino mirar tan sólo a lo que hacen.

—Decidme qué sois capaces de sacrificar de vuestra vida, y os diré el precio en que estimáis la vida de los demás.

Sólo escapamos al envilecimiento amalgamando nuestra existencia con aquello que vive. Sólo así podemos ser libres: sintiendo cuanto hace en torno nuestro el bien y el mal.

Una llama, después de otras mil, acaba de apagarse, en una vastísima tierra de esperanzas. Hoy, en esta tierra, no sopla más que el aire frío del egoísmo, que hiela la vida.

Pero sigue siendo la tierra de donde nacen las flores más bellas que calientan a la humanidad. Por eso es hoy día y pletórica de porvenir.

Ayudémosle a abrir sus entrañas generosas a nuestra alma sedienta de bien y de belleza.

Vamos hacia la otra llama.